

Revista Boliviana de Investigación

—*Bolivian Research Review*—

DOSSIER

**Trayectorias, aprendizajes y territorios:
Infancias y juventudes andino-amazónicas
en las migraciones internas**

*Sophie Lewandowski, Patricia Urquieta
y Robin Cavagnoud, eds.*

LIBROS

Capitalismo en las selvas de Córdoba, Bossert y Richard

Behold the Black Caiman de Lucas Bessire

A History of Bolivia's Petroleum Sector de Stephen Cote

Construyendo la Bolivia imaginada de Pilar Mendieta

Obra completa de René Zavaleta Mercado

Edipo Rey de Sófocles. Traducción de Mario Frías Infante

Los afectos de Rodrigo Hasbún, **Serena** de Sulma Montero

y **Plato Paceño** de Alfredo Grieco y Bavio

Descentralización y democracia

popular en Bolivia de Jean-Paul Faguet

Volumen 13, número 1 / mayo 2018

Asociación de Estudios Bolivianos
Bolivian Studies Association

Revista Boliviana de Investigación
Bolivian Research Review

VOLUMEN 13 / NÚMERO 1
MAYO, 2018



50
años de
Cooperación
Científica en Bolivia



Editor

Mauricio Souza Crespo
souzamm@yahoo.com

Las opiniones expresadas por los autores son de su absoluta responsabilidad y no reflejan necesariamente las de los editores de esta revista.

© CIDES-UMSA / IRD / UNICEF
© AEB, Asociación de Estudios Bolivianos
© Plural editores

Primera edición: mayo 2018

D.L.: 4-1-44-18
ISSN: 2616-8928

Producción
Plural editores
Av. Ecuador 2337 esq. calle Rosendo Gutiérrez
Teléfono: 2411018 / Casilla 5097 / La Paz
e-mail: plural@plural.bo / www.plural.bo

Impreso en Bolivia

Índice

DOSSIER

TRAYECTORIAS, APRENDIZAJES Y TERRITORIOS: INFANCIAS Y JUVENTUDES ANDINO-AMAZÓNICAS EN LAS MIGRACIONES INTERNAS

Introducción. Jóvenes migrantes en Perú y Bolivia: Educación, familias y territorios en recomposición <i>Sophie Lewandowski, Patricia Urquieta y Robin Cavagnoud</i>	9
Vulnerabilidades medioambientales y migraciones juveniles desde las comunidades altoandinas cercanas al lago Titicaca, Perú <i>Robin Cavagnoud</i>	25
Un estudio sobre jóvenes migrantes en una ciudad andina de América Latina: La dinámica urbano-rural en El Alto, Bolivia <i>Mariela Paula Diaz</i>	53
Trayectorias infantiles y juveniles en la Amazonía boliviana. Educación, trabajo y movilidades rural-urbanas en el Beni <i>Sophie Lewandowski, Patricia Urquieta y Robin Cavagnoud</i>	75
Los mojeños trinitarios: Migrantes de retorno <i>Daniel Bogado Egüez</i>	103
Tránsitos en zapatillas de marca: Jóvenes limeños en contextos de crecimiento económico <i>Mariel García Llorens y Francesca Uccelli</i>	117

Asimetría y no linealidad: Procesos migratorios de los asháninka de Ate Vitarte. Lima, Perú <i>María Claudia Peñaranda Vargas</i>	133
--	-----

LIBROS

LORENA CÓRDOBA, FEDERICO BOSSERT Y NICOLÁS RICHARD, eds.: <i>Capitalismo en las selvas: Enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas (1850-1950)</i> Isabelle Combès.....	147
LUCAS BESSIRE: <i>Behold the Black Caiman. A Chronicle of Ayoreo Life</i> Diego Villar	153
STEPHEN COTE: <i>Oil and Nation. A History of Bolivia's Petroleum Sector</i> Carmen Soliz	157
PILAR MENDIETA: <i>Construyendo la Bolivia imaginada</i> Ximena Soruco	163
RENÉ ZAVALA MERCADO: <i>Obra completa. Tomos I-III</i> Hugo Rodas Morales.....	167
SÓFOCLES. <i>Οιδίππου Τύραννος. Edipo Rey.</i> Traducción de Mario Frías Infante. Marcelo Villena Alvarado.....	173
RODRIGO HASBÚN: <i>Los afectos</i> ; SULMA MONTERO: <i>Serena</i> ; ALFREDO GRIECO Y BAVIO: <i>Plato paceño.</i> Guillermo Delgado P.	179
JEAN-PAUL FAGUET: <i>Descentralización y democracia popular: Gobernabilidad desde abajo en Bolivia</i> Marco Antonio Del Río Rivera	187
COMITÉ EDITORIAL DE LA RBI.....	201

Dossier

Trayectorias, aprendizajes y territorios:
Infancias y juventudes andino-amazónicas
en las migraciones internas

Introducción

Jóvenes migrantes en Perú y Bolivia: Educación, familias y territorios en recomposición

Sophie Lewandowski,¹
Patricia Urquieta²
y Robin Cavagnoud³

Es posible sostener que los países denominados andino-amazónicos –como Perú y Bolivia– han construido identidades y una imagen a nivel internacional más bien “andino-centrada”. Sin embargo, la realidad demográfica actual podría definirlos mejor como países “amazónico-andinos” o “costero-andinos” dada la importante migración interna hacia las zonas bajas en las últimas décadas.

Este dossier de la *Revista Boliviana de Investigación* se ocupa del tema de la migración. En concreto, explora cómo las trayectorias de niños, niñas, adolescentes y jóvenes –NNAJ– que migraron a algún otro lugar del país funcionan como marcadores, señas –y a veces impulsores– de transformaciones a nivel de la familia, del

-
- 1 Socioantropóloga del conocimiento y de la educación, investigadora del Laboratorio de Población, Medio Ambiente y Desarrollo (LPED) del Instituto Francés de Investigación para el Desarrollo (IRD) y de la Universidad Aix-Marsella (AMU).
 - 2 Docente del Postgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés (CIDES-UMSA), coordinadora del programa de Maestría en Desarrollo Social de CIDES-UMSA, investigadora en temas urbanos.
 - 3 Sociodemógrafo, profesor en el Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), coordinador del grupo de investigación Edades de la Vida y Educación (EVE-CISEPA) e investigador asociado al Instituto Francés de Estudios Andinos.

ámbito educativo y del territorio. Efectivamente, las trayectorias funcionan como sistemas de aprendizaje dentro y fuera de la escuela (en el trabajo, mediante las redes sociales, en las agrupaciones culturales y deportivas, en las actividades de pares, a través de los viajes, etc.) y en ellas los NNAJ se posicionan de diversas maneras dentro de la composición familiar y de las organizaciones económicas y territoriales.

Abrimos este dossier con un panorama de los principales aportes de la literatura científica existente sobre la relación entre la migración interna y la recomposición del territorio. Sobre todo, nos interesa aquella literatura que estudia la situación de la juventud. Luego, describiremos brevemente los aportes al estudio de este tema de los artículos que presentamos aquí.

Migración interna y recomposición del territorio

Los países andinos tienen una tradición migratoria secular en la que la movilidad espacial, de diferentes escalas y/o pisos ecológicos, es una estrategia integrada en el ciclo de vida de los hogares y su desarrollo (Rodríguez Doig, 1999; Matos Mar, 1990). Junto a la migración internacional que involucra a proporciones significativas de la población en busca de mejores condiciones de vida (Cortes, 1995; Godard y Sandoval, 2008), las formas de movilidad interna, regional o local constituyen un fenómeno de primer orden, particularmente desde las zonas rurales hacia las ciudades (Ansión & Iguñiz, 2004), o en su forma circular con varias etapas, retornos y residencias múltiples (Antequera y Cielo, 2011; D'Andrea, 2007).

En el caso de Perú y Bolivia, estudios sobre el aumento de la población en el campo y el deterioro de los recursos disponibles demuestran la implementación de sistemas familiares multi locales (Cortes *et al.*, 2014) que incluyen locaciones en el campo, la ciudad y las zonas periurbanas; y además identifican diversas formas de movilidad que transforman los vínculos de los actores con el territorio contribuyendo a la construcción de una continuidad urbano-rural. La implementación de este tipo de organización

familiar situada entre lo rural y lo urbano, evidenciada en diferentes contextos bolivianos, particularmente en el departamento de La Paz (Antequera & Cielo, 2011), visualiza un modo de funcionamiento que exige redefinir el peso de la agricultura dentro de las actividades económicas familiares e interrogarse sobre las interacciones sociales, económicas y territoriales de las sociedades rurales dada la nueva organización de las familias y la inscripción multi espacial y temporal de sus actividades. Así, la noción de “sistema familiar multilocalizado” resulta útil para analizar las nuevas dinámicas de las ruralidades en torno a las estrategias familiares de poli actividad y de constantes flujos entre distintas zonas rurales para la diversificación de fuentes de ingresos (Cortes *et al.*, 2014). Esto implica lógicas tanto de dispersión, circulación y articulación de los miembros de las familias, como de sus bienes y actividades en diferentes unidades y escalas de observación (Cortes, 2008).

Paralelamente, la multi residencia o multi localidad, sea percibida como un piso ecológico adicional –entre el campo y la ciudad– que las poblaciones aymaras principalmente agregan a su sistema de organización residencial (Jorgensen, 2011; Poupeau, 2011), o como una integración vertical, plantea efectivamente cuestiones importantes de carácter tanto económico como territorial. Los barrios urbanos no representan simples lugares de paso en la trayectoria de los migrantes de las familias andinas sino espacios de reinversión económica, política y simbólica. La multi residencia pone de esta manera en evidencia, por un lado, el medio rural de origen y, por otro, el lugar de instalación en la ciudad, cada uno con coacciones específicas, diferentes identidades y redes, que producen nuevas formas de relación con el territorio y los recursos así como nuevas prácticas urbanas y rurales.

En Bolivia, la migración interna es tres veces mayor que la migración externa y engendra grandes impactos sociales y territoriales (Mazurek, 2007). Los datos de los últimos censos muestran que los municipios de tierras altas son “expulsores” de población, en tanto que los municipios de tierras bajas son zonas de “atracción” de migrantes, y que la expulsión de la zona altiplánica, principalmente de áreas rurales, tiene como causas principales la degradación de

los suelos para la agricultura, la reducción de los suelos disponibles para el cultivo debido al crecimiento demográfico y la consecuente urbanización, y los índices de pobreza. La idea de que “son los pobres los que siempre migran”, según Mazurek, parece estar respaldada por datos estadísticos. Las áreas urbanas y principalmente las capitales de departamento atraen a la población rural de su entorno, que se asienta en los alrededores de las ciudades creando los anillos de pobreza en los que viven familias de bajos ingresos, en condiciones muy precarias y generalmente carentes de servicios básicos, dando lugar a la llamada *urbanización de la pobreza*. De acuerdo a Pereira y Montaña (2012), los migrantes llegados a la ciudad se incorporan al sector informal –que se constituye en una suerte de refugio para cerca del 60%– y lo hacen integrándose como mano de obra barata dada su baja cualificación promedio.

Entre las muchas causas del hecho migratorio, aunque el factor principal recurrente –citado por muchos autores– es la situación económica y la búsqueda de mejor calidad de vida, se citan factores de diversa índole: “las oportunidades de empleo, los niveles de vida, los diferenciales del nivel salarial, así como las oportunidades educacionales” (Pereira y Montaña, 2012: 20). Según Mazurek (2006: 2) “la migración es una diferencia de apreciación entre una situación donde la persona está y a dónde quiere irse, vale decir, que en la decisión de migrar entran en juego las valoraciones acerca de la realidad actual que se vive y las representaciones que se tienen acerca de lo urbano o las posibilidades económicas y sociales en otros contextos”. En Bolivia, desde la década de 1970, la migración fue un recurso común de mitigación de las condiciones de pobreza, principalmente desde las zonas rurales más desfavorecidas y alejadas hacia las ciudades, lo cual ha significado una transferencia de la pobreza dentro del país, remediada solo en parte por una mejora de los servicios básicos en las ciudades (O’Hare y Rivas, 2007).

En el caso de los jóvenes, las razones para migrar pueden estar ligadas simplemente a la atracción que ejercen las ciudades por un sentido de aventura y por el sentimiento de libertad individual que suponen. La migración podría ser vista como la “consecuencia

de una decisión racional que toma en cuenta costos y beneficios” (Pereira & Montaña, 2012: 21). Si bien se puede tratar de una acción individual en la que intervienen componentes psicológicos e incluso simbólicos, en distinta medida está también presente el rol del entorno familiar, los vínculos tanto de la familia nuclear como de la familia extendida. En muchos casos, la decisión de migrar puede ser una decisión colectiva.

Cuidado, adaptación y escolaridad

La migración puede provocar una ruptura en la composición familiar: la decisión de migrar afecta a toda la familia porque implica un cambio en el modo de vida e impacta sobre todo a los niños y niñas (Bastia, 2009 y 2012; Cavagnoud, 2014 y 2016; Cavagnoud & Bruslé, 2013). En el caso de la migración de madres de familia hacia el extranjero, por ejemplo, se activan redes migratorias basadas en la familia extensa (Wanderley, 2010) y, en aquellos casos en que no se hagan otros arreglos, los padres migrantes pueden dejar solos a los hijos en el lugar de origen (Coronel, 2013; Cortes, 2011; Guaygua *et al.*, 2010).

Por otro lado, la llegada a un lugar nuevo genera variaciones en el clima psicológico de las personas. Los migrantes buscan mecanismos para adaptarse al nuevo medio social y así se dan procesos de transculturación y adquisición de valores culturales del nuevo entorno. El cambio puede generar además sentimientos de miedo, soledad y nostalgia en los sujetos migrantes, en especial en los niños y niñas (Vera *et al.*, 2011). El grado de transculturación está dado a su vez por el grado de similitud del medio social al que se llega en relación al de origen: si no son muy distintos, la adaptación del migrante es más fácil. Esto explica, en parte, la existencia de zonas en las áreas urbanas que agrupan a población de un mismo lugar de origen.

Coronel (2013) hace notar que la adaptación en niños y niñas puede ser más complicada pues a los problemas psicológicos mencionados deben sumarse su poca madurez física y

mental. Los niños de padres migrantes pueden desarrollar sentimientos de inseguridad, soledad y abandono que repercuten en su desempeño no solo social sino también educativo; muchos estudios evidencian que los alumnos migrantes tienen un menor desempeño que los alumnos no migrantes: “los resultados nacionales muestran cómo los alumnos/as migrantes consiguen sistemáticamente menores resultados educativos en comparación con los estudiantes que no migraron” (Vera *et al.*, 2011: 37). Esta situación obedece también al hecho de que “la probabilidad de migrar se incrementa con la edad y resulta mayor la probabilidad de interrumpir la asistencia escolar” (2011: 39) y a la dificultad de adaptarse a un nuevo ritmo y sistema escolar en las zonas urbanas de destino.

De forma general, las decisiones familiares referidas a la migración incluyen una serie de arreglos domésticos de los miembros de la familia entre aquellos que parten (sea por motivos laborales, educativos u otros, establecidos de manera individual o colectiva) y aquellos que se quedan en el lugar de origen y cuyos ingresos dependen en gran parte de las remesas enviadas por los miembros migrantes (Hinojosa, 2009; Román, 2009).

La migración estudiantil –referida a la movilidad de estudiantes cuyo lugar de origen es diferente al lugar de la escuela donde están inscritos en el momento de relevar la información– puede ser categorizada como reciente (del último año), de los últimos cinco años, o antigua (de más de cinco años); temporal (de solo un período escolar) o provocada por otros motivos relacionados a la actividad de la familia. Vera, Gonzales y Alejo (2011) sostienen que los alumnos migrantes que se encuentran en nivel inicial o en la primaria con mayor probabilidad migraron en los últimos cinco años, y los alumnos de secundaria probablemente lo hicieron hace más de cinco años o incluso pueden ser migrantes antiguos; y que la migración temporal interna se presenta sobre todo en estudiantes de secundaria por la necesidad de acceder a este nivel de educación, que puede no existir en sus comunidades de origen o ser de mala calidad, además que tienen la edad para poder enfrentar un traslado sin la familia (Vera *et al.*, 2011: 25).

Los estudios sobre los procesos migratorios desde o entre los países andino-amazónicos son numerosos, pero no así las investigaciones sobre la migración interna; y son todavía más escasos los que se han enfocado específicamente en las dinámicas de migración interna de la niñez y juventud, de forma individual o colectiva. Una diversidad de situaciones se visibiliza entre los adolescentes y jóvenes de ambos sexos de las zonas rurales que se trasladan a ciudades cercanas y de aquellos de las zonas urbanas afectados por la precariedad del mercado laboral que migran hacia zonas agrícolas. Las migraciones de niños, adolescentes y jóvenes muestran diversos y complejos motivos, que pueden nacer del deseo de mejorar sus condiciones de vida, el interés de descubrir el mundo o la posibilidad de realizarse al margen de las obligaciones familiares y domésticas.

Movilidad pendular en la migración interna juvenil

En este dossier, los textos de Cavagnoud (*cf.* pp. 25-51) y de Díaz (*cf.* pp. 53-73) abordan la situación de los NNAJ migrantes del altiplano. Cavagnoud analiza la movilidad de 203 familias que radican en cinco comunidades altoandinas ubicadas alrededor del lago Titicaca en el lado peruano, mientras que Díaz estudia la migración hacia la ciudad de El Alto, colindante con La Paz, de poblaciones altiplánicas que en gran parte proviene de provincias próximas al lado boliviano del mismo lago Titicaca.

Según el estudio de Cavagnoud, en casi la mitad de los casos (45,7%) la decisión de migrar de los jóvenes fue motivada por objetivos de trabajo y empleo fuera de la comunidad altoandina de origen. Se trata mayormente de migraciones laborales del campo hacia las ciudades. Dos tercios de las familias declaran tener al menos un miembro radicando fuera de la comunidad de origen; y el 53,9% de los miembros migrantes se ubica entre los 20-24 años, 25-29 años y 30-34 años, correspondiente al periodo de formación y/o de actividad profesional. El perfil de las familias muestra una poli actividad que combina actividades agrícolas y ganaderas;

condiciones de vida dominadas por diferentes formas de vulnerabilidad socioeconómicas (falta de ingresos, difícil acceso al sistema escolar para los adolescentes, etc.) y medioambientales (sequía y frío). En numerosas familias se observan procesos migratorios de ida y vuelta entre la comunidad de origen y los lugares de destino con oferta económica atractiva para los jóvenes.

Díaz describe también movimientos pendulares entre El Alto y las comunidades de origen de los migrantes. Analiza la multilocalidad urbano-rural como un rasgo particular del desarrollo en la ciudad de El Alto, es decir, no solo como una estrategia de reproducción material frente a la inestabilidad laboral, presente en muchas urbes latinoamericanas periféricas, sino también como una forma particular de apropiación urbana. Sostiene, por ejemplo, que las prácticas cotidianas como la cría de ganado y la presencia de huertas en las viviendas o en espacios públicos comunes no forjan islas de ruralidad (Jaramillo & Cuervo, 1993) sino territorios *rur-urbanos*. La interacción y retorno a la comunidad se debe también a la necesidad de preservar la tenencia de su tierra y a que parte de la familia permanece allí. Dice textualmente: “La intensidad desigual en la relación de los migrantes con sus lugares de origen depende de su localización y especialmente del tipo de inserción laboral. Lo que permite cuestionar la visión que postula la tendencia progresiva a la descampesinización, presente en los análisis estadísticos, y reflexionar sobre los procesos complejos y contradictorios de descampesinización-recampesinización”. La movilidad y sus trayectorias configuran relaciones territoriales –entre las comunidades de origen y las de destino– que permiten a los migrantes sostener relaciones sociales, económicas y políticas *multilíneas* o *plurilocales*: “se mueven entre diferentes culturas, con frecuencia mantienen más de una vivienda y persiguen diversos intereses...”.

Tanto el artículo de Lewandowski, Urquieta & Cavagnoud (*cf.* pp. 75-100) como el de Bogado (*cf.* pp. 101-113) abordan la problemática de la migración en la región amazónica boliviana del Beni, principalmente entre las provincias y la capital, Trinidad. En ambos análisis se postula el patrón histórico de movilidad en la región, vinculado a modos de vida que reflejan pautas culturales,

sociales y económicas, a coacciones medioambientales y a hechos ocurridos en el pasado.

Bogado analiza los diversos motivos de la migración actual y describe las representaciones y las formas de organización de vida de los benianos llegados a Trinidad: gran parte de ellos no se sienten migrantes, sino “de regreso” a su “pueblo histórico”; al mismo tiempo, en muchos casos, sufren por las malas condiciones materiales, la exclusión y el desprecio. Según este autor, muchos padres llegados a Trinidad expresan su voluntad de mantener y recomponer las tradiciones, y la juventud opta más bien por abandonar algunas prácticas de su cultura para integrarse a la modernidad urbana.

El estudio de Lewandowski, Urquieta & Cavagnoud, focalizado en los NNAJ, demuestra que la movilidad infantil y juvenil *histórica* traduce una ocupación del territorio ligada al trabajo familiar, mientras que la movilidad infantil *actual* presenta una nueva configuración de la migración urbana desencadenada por razones escolares. Describe además una migración escolar que enfrenta los desafíos de una vida urbana monetizada, que en general demanda que los jóvenes, paralelamente al estudio, trabajen, del mismo modo que en los casos de embarazo adolescente el cuidado del bebé se dé en condiciones más desfavorables que en el campo. Sin embargo, cualesquiera que sean los motivos y trayectorias de migración, más de la mitad de los NNAJ migrantes consideran que sus niveles de bienestar mejoran en la ciudad, se insertan en redes familiares de cuidado y de apoyo mutuo más o menos fuertes y siguen tejiendo vínculos entre lo rural y lo urbano a través de permanentes “trajines” entre estos ámbitos. El texto se refiere a un nuevo modo de vida de la población migrante que no se identifica completamente con el mundo rural ni con elementos del clásico patrón urbano occidental sino con una cultura en la que ambas prácticas están presentes. En este sentido, puede denominarse a los NNAJ como sujetos que transitan diversos mundos de vida a nivel familiar, territorial y educacional.

Finalmente, los artículos de García & Ucelli (*cf.* pp. 115-130) y de Peñaranda (*cf.* pp. 131-144) describen las migraciones y los

modos de vida de jóvenes en Lima. Peñaranda analiza un fenómeno reciente, presente desde inicios del año 2000: la presencia de indígenas ashaninkas, de origen amazónico, en Lima Metropolitana (cuando históricamente las migraciones más importantes de indígenas a la ciudad fueron las de las poblaciones andinas). Señala la educación como el principal motivo de migración (antes que las razones laborales o de salud): la preocupación de los padres por brindar una mejor educación a sus hijos dada la mayor oferta escolar de Lima. Se comprueban también sistemas de ida y vuelta entre el campo y la ciudad, pero distinguiendo los patrones de migración en tres generaciones, de las cuales la última tiende a trasladarse menos a la selva y a fijarse más en Lima, mientras la segunda presenta un patrón de movilidad más dinámico por relaciones familiares y laborales con la localidad de origen en la selva. Así, se transita de la movilidad a la migración “duradera” al comprar un terreno o una casa en un asentamiento de Lima, fenómeno que sin embargo no significa la disolución de la identidad indígena, en razón de las alianzas matrimoniales con otros grupos amazónicos, dinámicas todas que dan lugar a la noción de “indígena urbano”.

El trabajo de García & Uccelli confirma que la educación sigue siendo la principal vía de movilidad social, pero a diferencia del pasado los jóvenes no solo ansían lograr una educación básica sino completar el bachillerato e incluso ingresar a la universidad. La oferta educativa universitaria se ha ampliado pero tiene calidad muy desigual: “no todas las credenciales universitarias abren puertas a los trabajos de mayor prestigio (y ascenso social)”. Otra estrategia de movilidad social es el emprendedurismo como forma de generar ingresos sostenidos y acumulables; la figura del “emprendedor” como un modelo y como forma de conquista de la ciudad forma parte del imaginario juvenil.

García & Uccelli se detienen en las dificultades actuales que enfrentan los jóvenes: si bien la oferta laboral es amplia, los trabajos formales o informales a los que acceden son temporales y sin mayor posibilidad de convertirse en una “carrera”; la remuneración alcanza para su consumo personal (zapatillas, ropa, tecnología) pero no para su manutención ni ahorro. A diferencia

de la generación anterior, son dependientes o semi dependientes aunque no lo cuestionen mucho. A diferencia de sus padres, estos jóvenes limeños insisten en el esfuerzo y la motivación personal como las razones del éxito en su movilidad social y minimizan el rol del apoyo familiar: “sus conquistas están asociadas a su capacidad de compra y de consumo individual, y a su participación en el mercado, una diferencia radical respecto de sus padres y abuelos que cuando eran jóvenes se sentían ‘conquistadores’ de sus derechos y por ello reclamaban y negociaban con el Estado mejores condiciones de vida”.

Hacia pistas para investigaciones futuras

El conjunto de artículos reunidos en este dossier de la *Revista Boliviana de Investigación* demuestra el interés de combinar el análisis territorial en diferentes escalas (región, barrios, etc.) y los cursos de vida de diferentes grupos poblacionales (nivel individual, familiar, etc.). Se comprueba también la importancia de incluir en el análisis una cierta profundidad histórica que resitúa los fenómenos de las últimas décadas en los sentidos propios de la población y de la zona concernida.

Las dos grandes preocupaciones de la juventud –el estudio y el trabajo– parecen no haberse modificado. Vuelven insistentemente al análisis y su complejidad e importancia relativas se iluminan según los ciclos de vida y sus vínculos con otros aspectos esenciales de la experiencia migratoria, como el cuidado de la familia cercana y la configuración de redes familiares y sociales.

Por otro lado, en todos los artículos se subraya la vinculación urbano-rural y la circulación de ida y vuelta entre el campo y la ciudad. El desafío es precisar y nombrar los tipos de vínculos que se establecen en esta permanente movilidad entre el campo y la ciudad y ver cómo esos vínculos se expresan en el tejido económico, social, político y cultural: territorios rururbanos, continuidad rural-urbana, multipolaridad, etc. Cabe preguntarse si los fenómenos observados en la problemática de la migración de los NNAJ de hoy

son parte de una tendencia que va a perdurar o simplemente solo una etapa hacia un modelo de urbanización andino-amazónico cada vez más desconectado del campo. El análisis de la distribución intrafamiliar de los roles así como el estudio intergeneracional constituyen enfoques valiosos y particularmente interesantes para continuar la investigación.

El análisis de la dimensión identitaria urbana, por último, requiere un enfoque igualmente complejo. Si bien los estudios identifican una fuerte influencia de modelos individualizantes de consumo y emprendedurismo (diferentes de los modelos comerciales andinos o productivos amazónicos), se percibe también una tendencia hacia la reconstrucción socioidentitaria dentro de barrios específicos, lo mismo que estrategias políticas, culturales y otras basadas en elecciones de pareja, por ejemplo. Nada indica, sin embargo, que pueda darse una evolución homogénea y uniforme, sino que diferentes expresiones de lo rural y de lo indígena están y estarán presentes en las ciudades. En las investigaciones aquí presentadas se da cuenta tanto de procesos de individualización y despolitización (como es el caso de los jóvenes en Lima), como de la persistencia de prácticas colectivas y de politización como estrategias frente a la precariedad (como es el caso de los migrantes en El Alto).

Bibliografía

- Ansión, Jean y Javier Igüiníz
2004 *Desarrollo humano entre el mundo rural y urbano*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Antequera, Nelson y Cristina Cielo
2011 *Ciudad sin fronteras. Multilocalidad urbano-rural en Bolivia*. La Paz: GAMLP, PIEB, CIDES-UMSA, OXFAM.
- Bastia, Tanja
2012 “‘I Am Going, With or Without You’: Autonomy in Bolivian Transnational Migrations”. *Gender, Place and Culture: A Journal of Feminist Geography*, vol. 20, núm 2: 160-177.

- 2009 “Women’s Migration and the Crisis of Care: Grandmothers Caring for Grand-children in Urban Bolivia”. *Gender and Development*, vol. 17, núm. 3: 389-401.
- Cavagnoud, Robin
- 2016 “Migrations féminines et reconfigurations familiales autour des enfants left behind en Bolivie”. *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, núm. 31.
- 2014 “El impacto de las migraciones internacionales de mujeres bolivianas en el trayecto de vida de sus hijos no migrantes: El caso de El Alto”. En: María Eugenia Cosío Zavala y Virginie Rozée Gómez, eds. *Género en movimiento: Familias y migraciones*. México: El Colegio de México. 139-158.
- Cavagnoud, Robin y Tristan Bruslé
- 2013 “Le matricentrage comme stratégie de protection des enfants: Le cas des migrations internationales de femmes boliviennes”. *Autrepart*, núm. 66: 115-132.
- Coronel, Franz
- 2013 “Efectos de la migración en el proceso de aprendizaje-enseñanza y su tratamiento desde la escuela”. *Integra Educativa*, vol. VI, núm. 1.
- Cortes, Geneviève
- 2011 “La fabrique de la famille transnationale. Approche diachronique des espaces migratoires et de la dispersion des familles rurales boliviennes”, *Autrepart*, núm. 57-58: 95-110.
- 2008 *Migrations, espaces et développement. Une lecture des systèmes de mobilités et des constructions territoriales en Amérique latine*. Poitiers: HDR.
- 1995 “L’émigration rurale dans les vallées inter-andines de Bolivie”. *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 11, núm. 2: 113-129.
- Cortes, Geneviève et al.
- 2014 *Les systèmes familiaux multi-localisés: Un modèle d’analyse original des ruralités aux Suds*. Documento de trabajo ART-Dev 12.

D'andrea, Nicolas

2007 "Recomposition régionale dans le Sud bolivien et migrations vers l'Argentine". *Revue Européenne des Migrations Internationales*, vol. 23, núm. 2: 173-198.

Godard, Henri y Godofredo Sandoval

2008 *Migración transnacional de los andes a Europa y Estados Unidos*. Lima: IFEA, IRD, PIEB.

Guaygua, Germán *et al.*

2010 *La familia transnacional. Cambios en las relaciones sociales y familiares de migrantes de El Alto y La Paz a España*. La Paz: PIEB.

Hinojosa, Alfonso

2009 *Migración transnacional y sus efectos en Bolivia*. La Paz: PIEB.

Jorgensen, Kaylen

2011 "El 'archipiélago vertical' andino. Un control vertical de los pisos ecológicos y dinámicas contemporáneas de migración". En: Antequera, Nelson y Cristina Cielo, 2011: 71-91.

Matos Mar, José

1990 *Las migraciones campesinas y el proceso de urbanización en el Perú*. Lima: UNESCO.

Mazurek, Hubert

2007 "Las migraciones internas en Bolivia provocarían cambios en diferentes ámbitos de la sociedad". PIEB Noticias, 6/07/2007. www.Pieb.Com.Bo/noticia.Php?Idn=1584 (Consulta realizada el 28 de abril de 2016).

O'Hare, Greg y Sara Rivas

2007 "Changing Poverty Distribution in Bolivia: The Role of Rural-Urban Migration and Urban Services". *Geo Journal*, vol. 68, núm. 4: 307-326.

Pereira, René y Jaime Montaña

2012 "Migración interna: Una aproximación a sus factores asociados". *Temas Sociales*, núm. 32. La Paz: Instituto de Investigaciones Sociales.

Poupeau, Franck

2011 "L'envers de la 'ville aymara'. Migration rurale, mobilité intra-urbaine et mobilisations politiques à El Alto

(Bolivie)”. *Revue d’Études en Agriculture et Environnement*, vol. 92, núm. 4: 417-440.

Rodríguez Doig, Enrique

1999 *Entre el campo y la ciudad: Estrategias migratorias frente a la crisis. Estrategias de supervivencia y seguridad alimentaria en América Latina y en África*. Buenos Aires: CLACSO.

Román, Olivia

2009 *Mientras no estamos: Migración de mujeres-madres de Cochabamba a España*. Cochabamba: UMSS, CESU.

Vera, Miguel; Susana Gonzales; Juan Carlos Alejo

2011 *Migración y educación: Causas, efectos y propuestas de cambio para la situación actual de migración escolar*. La Paz: PIEB.

Wanderley, Fernanda *et al.*

2010 *Migración, cuidado y sostenibilidad de la vida*. La Paz: CIDES-UMSA - Plural.

Vulnerabilidades medioambientales y migraciones juveniles desde las comunidades altoandinas cercanas al lago Titicaca, Perú

Robin Cavagnoud¹

Introducción

El Perú es uno de los países de América del Sur más vulnerable a las degradaciones climáticas (Amat y León *et al.*, 2008). Se encuentra expuesto a deterioros medioambientales que se manifiestan de diferentes maneras según las regiones de la Costa, la Sierra y la Selva. En las zonas altoandinas, la carencia creciente de precipitaciones y la disminución del chorreo en las cuencas glaciares afectan las reservas hídricas de las napas freáticas, pozos y lagos que proporcionan agua a la población para los rebaños, la agricultura, el consumo humano, la producción de energía y la integridad de los ecosistemas. Esta falta de abastecimiento de agua y la desaparición de los pastos para los animales en lugares ubicados por encima de los 3,500 metros de altura explican en parte el abandono de la ganadería de parte de varias familias. Además, las modificaciones de las temperaturas y de los sistemas hídricos han provocado una irregularidad en la alternancia entre la temporada de lluvias (noviembre a marzo) y la temporada seca (abril a octubre) en la Cordillera de Los Andes. Esta variabilidad

1 Sociodemógrafo. Profesor en el Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), coordinador del grupo de investigación Edades de la Vida y Educación e investigador afiliado al Instituto Francés de Estudios Andinos. Correo: rcavagnoud@pucp.pe

del clima debida a la multiplicación de los episodios de sequía afecta directamente la agricultura de subsistencia, los sistemas de producción y de organización del trabajo en el seno de las familias campesinas, lo cual supone una forma de inseguridad alimentaria.

Si las migraciones y los problemas medioambientales han sido estudiados de forma conjunta en el Perú (Altamirano, 2014) y a nivel internacional (Hugo, 2008; Kaenzig & Pigué, 2011; Kniveton *et al.*, 2008), la correlación entre ambas variables merece una mayor atención de parte de las ciencias sociales (Véron & Golaz, 2015). Los países andinos tienen una tradición migratoria secular en la cual la movilidad espacial, de diferentes escalas y/o pisos ecológicos, representa una estrategia integrada en el ciclo de vida de las familias. Además de las migraciones internacionales, las formas de movilidad internas, regionales o locales constituyen en el país un fenómeno central, particularmente desde las zonas rurales hacia las ciudades (Ansión & Iguñiz, 2004), o en su forma circular con varias etapas, retornos y residencias múltiples. El aumento de la población en los campos y la degradación de los recursos disponibles acarrea también la implementación de sistemas familiares multilocales entre el medio rural andino y las zonas urbanas (Cortes *et al.*, 2014).

El artículo presenta los resultados de una investigación exploratoria realizada en 2015 y 2016 centrada en las estrategias domésticas frente a los problemas medioambientales en una muestra de 203 familias que radican en cinco comunidades altoandinas ubicadas alrededor del lago Titicaca en el departamento de Puno: San José de Yungo, Chili Chambilla, Sico Pomaoca, Chila Pucará y Jatucachi. En estos territorios, la alteración de los recursos hídricos modifica el calendario agrícola y afecta el nivel de bienestar de las familias que ya se encuentran expuestas a múltiples formas de precariedad (debilidad e irregularidad de los ingresos, dificultades para enfrentar eventos inesperados, incertidumbre hacia el futuro, restricción de las posibilidades de movilidad social por los estudios y/o el trabajo, etc.), lo cual se refleja en las tasas de pobreza que alcanzan a 52,2% de los hogares en las zonas rurales andinas del

Perú (INEI, 2014). En el marco de esta investigación, un equipo de encuestadores multilingües de la ONG *Derechos Humanos y Medio Ambiente* aplicó un cuestionario sobre las condiciones de vida de las familias, su nivel de bienestar, la composición del hogar entre miembros migrantes y no migrantes, los problemas medioambientales y sus consecuencias. En el 10,9% de los encuestados el idioma usado fue el castellano, en el 81,1% el aymara y en el 8% el quechua. Las comunidades de Chili Chambilla y Jatucachi son demográficamente las más importantes con un número total de aproximadamente 150 familias, mientras que las de San José de Llungo, Sico Pomaoca y Chila Pucará tienen una población de 120 familias aproximadamente. En las cinco localidades, las encuestas fueron dirigidas a 31, 33, 35, 53 y 51 familias, respectivamente. Adicionalmente, se realizaron 26 entrevistas a profundidad con familias con al menos una persona radicando fuera de la comunidad y considerada como miembro *migrante*.

Más allá de las nociones de “refugiados climáticos” o “ambientales” y de “migrantes climáticos” (Hugo, 2003; Myers, 2002; Kaenzig y Piguet, 2011), el artículo propone observar en qué medida las familias que radican en comunidades altoandinas se apoyan en estrategias migratorias para mitigar las consecuencias de las degradaciones ecológicas en sus condiciones de vida. Para ello, se analizan las actividades de cada miembro de las familias y en particular la distribución entre el trabajo y los estudios entre las diferentes generaciones –adolescentes, jóvenes, adultos y ancianos–, distinguiendo la población migrante de la no migrante. La originalidad de este trabajo radica en la atención prestada al rol de las diferentes generaciones frente a los cambios medioambientales y en particular a los jóvenes: su importancia demográfica los hace inevitables para entender la estructuración actual de las economías domésticas locales y las mutaciones en curso en los territorios rurales de la zona andina con respecto a los crecientes problemas medioambientales (Chaléard y Mesclier, 2010).

Primero, se presentan las condiciones de vida de la muestra de familias encuestadas en las cinco comunidades altoandinas, con énfasis en su perfil socioeconómico y en varios indicadores

de bienestar. Luego, se exponen los problemas medioambientales evidenciados en las cinco comunidades estudiadas, los cuales se encuentran en numerosas zonas rurales del Altiplano peruano. Por último, se observa la importancia de las estrategias migratorias implementadas por las familias, y en particular aquellas que involucran a los jóvenes, como formas potenciales de adaptación frente los problemas medioambientales que alteran las condiciones de vida en el campo.

Foto 1

Aplicación del cuestionario en la comunidad altoandina de Chila Chambilla



Fuente: Derechos Humanos y Medio Ambiente (DHUMA).

1. Caracterización de las familias de las comunidades altoandinas encuestadas

1.1. Familias dedicadas a la ganadería y agricultura de subsistencia

El 95,1% de las familias encuestadas tienen una actividad vinculada a la ganadería (vacas, llamas, alpacas, ovejas) y el 82,6% de ellas

vive también de una actividad agrícola (papas, zanahorias, habas, etc.). Ambos resultados convergen hacia un perfil mayoritario de las familias, describiendo una poli actividad basada en una combinación entre la agricultura y la ganadería. La crianza de animales de corral (gallinas, patos, cuyes) (36,9% de las familias) aparece más bien como una actividad complementaria. El 87,7% de las familias tiene al menos dos actividades (ganadería y agricultura) y el 44,8% de ellas tiene hasta tres (ganadería, agricultura y crianza de animales de corral). La artesanía y el comercio son actividades que solo conciernen al 15,8% y 2% de las familias encuestadas, respectivamente.

Cuadro 1
Actividades económicas de las familias encuestadas
por orden de importancia (en %, n = 203)

Actividades económicas	Orden de importancia				Total
	1	2	3	4	
Agricultura	44,3	36,5	2	0	82,8
Ganadería	49,3	45,3	0,5	0	95,1
Animales de corral	0,5	0,5	32	3,9	36,9
Pesca	0,5	0	0	0	0,5
Artesanía	3	3,9	6,9	2	15,8
Comercio	0	0,5	1,5	0	2
Otros	1,5	1	2	1,5	5,9
Total	99	87,7	44,8	7,4	

Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Por otro lado, el 76,6% de las familias poseen entre 1 y 10 parcelas, lo cual las clasifica en la categoría de minifundistas. Solo el 5,5% de ellas tienen más de 30 parcelas en las comunidades estudiadas. Entre las familias que tienen como actividad más importante la agricultura (n = 90), la extensión promedio de sus terrenos es de 6,4 ha mientras que las familias que se dedican mayormente a la ganadería (n =100) tienen terrenos que ascienden hasta 23,1 ha.

Asimismo, el 98,8% de las familias que se dedican a la agricultura –sea esta actividad la más importante o no entre sus fuentes de ingresos– cultiva al menos dos productos, el 90,5% de ellas al menos tres productos y el 57,1% de ellas al menos cuatro productos. La producción de papa es mayoritaria, es el principal producto cultivado para el 89,3% de las familias. En segundo lugar la quinua (39,9%) y luego la cebada (22%). La totalidad de las familias encuestadas cultivan papa mientras que el 78,6% y el 66,7% producen tanto cebada como quinua. Otros productos con cierta importancia en el sistema de producción agrícola de las familias campesinas son la cañahua (35,1%), las habas (32,7%), la avena (29,8%) y la oca (18,5%). Se estima, por otro lado, que el 96% de la producción agrícola –de las familias que se dedican mayormente a la agricultura– se destina al consumo doméstico, mientras que esta proporción asciende al 86% en el caso de las familias ocupadas principalmente en la ganadería.

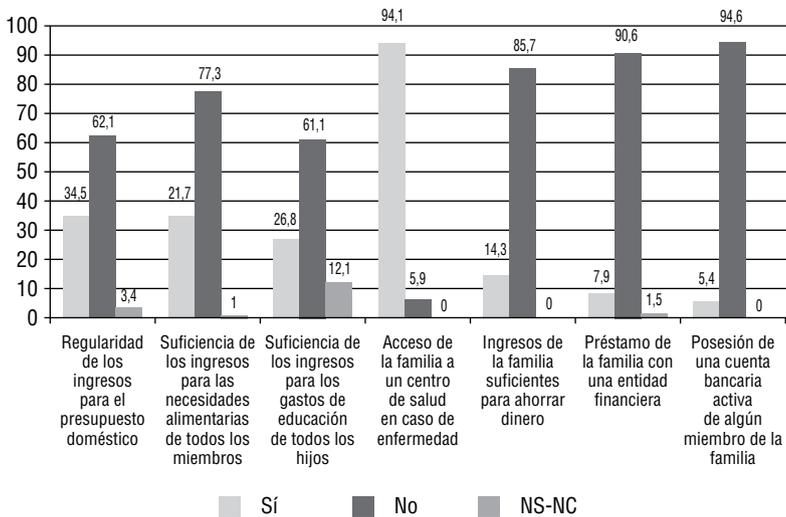
1.2. Un nivel de bienestar precario

En lo que se refiere al nivel de vida y de bienestar de las familias encuestadas, la mayoría de ellas (64,4%) no recibe ingresos distintos a aquellos generados por las actividades agrícolas y/o ganaderas. Con respecto al grupo de 68 familias que se benefician de ingresos adicionales a la agricultura y ganadería (35,6%), una mayoría de los ingresos proceden a otras actividades económicas no relacionadas al mundo campesino como la construcción (19,1%), la minería (17,6%) o el comercio (10,3%), mientras que otros derivan de programas sociales como Juntos (8,8%) o Pensión 65 (16,2%). Sin embargo, de manera general, estas fuentes de ingresos adicionales conciernen a un número limitado de familias, la gran mayoría subsistiendo únicamente de la agricultura o ganadería.

El siguiente gráfico (Cuadro 2) proporciona un conjunto de información valiosa para describir el nivel de vida general de las familias encuestadas. Estos datos enseñan que las familias tienen una irregularidad en sus ingresos (62,1% de ellas), los cuales resultan

insuficientes para cubrir las necesidades alimentarias de todos los hijos (77,3%) y sus gastos de educación como los relacionados a su escolaridad (61,1%). Estos criterios indican el importante nivel de precariedad de los hogares estudiados y las distintas formas de vulnerabilidad en los planos sociales y económicos, sin aún abordar la cuestión medioambiental.

Cuadro 2
Indicadores sobre el nivel de bienestar
de las familias encuestadas (en %, n = 203)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Por otro lado, el acceso de las familias al sistema financiero a través de los bancos es muy escaso como indica la proporción de ellas que reciben ingresos suficientes para ahorrar dinero (14,3%), aquellas que tienen algún préstamo con una entidad financiera (7,9%) o aquellas que tienen una cuenta bancaria activa (5,4%). Estos datos muestran un perfil de familias poco insertado en el sistema capitalista, con intercambios que se realizan mayormente a través de la economía de subsistencia y del trueque entre familias y comunidades.

**Entrevista a Martina Huayta Quijotani,
50 años, comunidad de Chila Chambilla (27/10/2015):**

¿Lo que trabajas en tu chacra eso es para tu consumo o para la venta?

No, para el autoconsumo, e inclusive me falta, a veces me compro trabajo, tengo que trabajar otra cosa, no solo esto nomás es mi trabajo, por eso crío animales.

¿Todo lo que trabajas en la chacra y el ganado te alcanza para educar a tus hijos?

No, me falta mucho, a veces hasta mis hijos se ponen a trabajar, día a día consumimos y no nos alcanza, si nos alcanzaría tendríamos buena comida, buena ropa, no estamos así, a veces estamos delicados de salud porque las medicinas cuestan caro.

1.3. Vivienda y multirresidencia

Con respecto al tipo de material usado por las familias en la construcción de su vivienda, se trata en la gran mayoría de un uso único de adobe (97,5%), el cual consiste en una mezcla de arcilla/barro, arena y paja, moldeada para producir bloques que luego se secan al sol para obtener un aspecto consolidado. Estos bloques parecidos a ladrillos son usados por las familias para la construcción de las paredes y los techos de las viviendas en las zonas rurales del Altiplano y ciertos barrios populares de las ciudades. Ninguna familia de la muestra recurre a los ladrillos de tipo “moderno” para la construcción de su casa sino a este material tradicional en las áreas andinas. Cabe resaltar también que el 88,2% de los hogares encuestados posee electricidad y el 70% tiene acceso a servicio de agua en su domicilio, mientras que el 30% restante recurre a un pozo en su terreno para asegurar un acceso y uso doméstico de agua.

Por otro lado, una proporción significativa de los hogares (37,9%) declara poseer una segunda vivienda. Estas residencias “no principales” no se concentran en un lugar específico de la región, ni en medio urbano, sino que se encuentran diseminadas en un conjunto de comunidades rurales alrededor de la de origen. En cuanto al uso de estas residencias, dos tendencias se distinguen. La primera remite a un uso como espacio de apoyo para las actividades agrícolas y ganaderas de la familia (depósito para

las herramientas, semillas y los productos cultivados, establo para los animales, refugio durante la época de lluvias). La segunda se refiere a la escolarización de los niños y adolescentes que pueden contar con esta vivienda para dormir cerca de su colegio cuando continúan estudiando en la enseñanza secundaria. Estas viviendas permiten por lo tanto en algunos casos implementar proyectos de migración escolar para los hijos e hijas.² No obstante, estos resultados no permiten evidenciar la implementación por parte de las familias de sistemas de multirresidencia entre la comunidad rural de origen y otra localidad ubicada en zona urbana o rural. Esta práctica no parece pensada como una estrategia de movilidad y un espacio de recursos dando lugar a una migración circular de acuerdo a las estaciones, oportunidades de trabajo y de diversificación de los ingresos en el presupuesto doméstico.

Foto 2
Comunidad campesina de San José de Lluno



Fuente: Derechos Humanos y Medio Ambiente (DHUMA).

2 En un solo caso de la muestra se declara que esta vivienda permite cobrar un alquiler y generar un ingreso.

2. Problemas medioambientales observados en las comunidades rurales

2.1. El frío y la sequía como principales problemas

Los problemas medioambientales más frecuentes en las comunidades altoandinas estudiadas se relacionan con los episodios de frío y de sequía así como con las plagas y enfermedades vegetales, las granizadas y la contaminación del agua y/o de la tierra, los cuales afectan sin excepción la producción agrícola. El cuadro 3 tiene una lectura horizontal y vertical. Muestra la importancia relativa de cada uno de los problemas mencionados por los miembros de las familias en las condiciones de vida así como la frecuencia en el número de problemas mencionados.

Cuadro 3
Problemas medioambientales que han afectado o afectan a las familias encuestadas según orden de importancia (en %, n = 203)

Problemas medioambientales	Orden de importancia								
	1	2	3	4	5	6	7	8	Total
Sequía / escasez de agua	32	33,5	25,6	7,4	1	0,5	0	0	100
Frío	61,6	34	3,4	1	0	0	0	0	100
Plagas y enfermedades vegetales	3,4	12,3	23,2	7,4	0,5	0	0	0	46,8
Granizadas	2	11,3	5,9	2,5	1	0	1	0	23,6
Contaminación de la tierra o del agua	0	1,5	4,4	5,4	3	0,5	0	0	14,8
Tormentas	0	3	5,4	2,5	1	0,5	0	0	12,3
Inundaciones	0,5	1,5	0,5	2	0	0,5	0,5	0	7,4
Truenos y relámpagos	0,5	0	3	1,5	0	0,5	0	0,5	5,9
Nevadas	0	0	2,5	0,5	0	0	0	0	3
Deforestación	0	0	0	0,5	0	0,5	0	0	1,5
Total	100	97	75,9	30,5	6,4	3	2,0	0,5	/

Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Entre todos los problemas medioambientales observados, el frío y la sequía afectan a todas las familias de las comunidades encuestadas. El 61,6% de ellas ubican el frío como el problema más importante, seguido por la sequía en el 32% de los casos. Las plagas y enfermedades vegetales que acarrearán una pérdida de las cosechas (papas, etc.) ocupan también un lugar importante. Por otro lado, las familias mencionan las granizadas, la contaminación o las tormentas como problemas medioambientales con consecuencias en su modo de vida (destrucción de materiales electrodomésticos, etc.). Una lectura vertical de los resultados muestra que todas las familias tienen al menos un problema medioambiental y la gran mayoría de ellas (75,9%) hasta tres.

Félix Mamani Parisaña, 50 años, comunidad de Sico Pomaoca (24/10/2015):

¿Y cómo los problemas medioambientales afectan su familia?

Ya no hay forraje. A veces cuando llueve demasiado, el río empieza a bajar más en los riachuelos, y empieza a comer el terreno. Y alguno de sus parcelas pierde y el río está amplio.

¿Cómo afecta en su alimentación?

Ya no da mucho. La alimentación disminuye, y otros así nomás estarán sobresaliendo.

¿El sol es fuerte ahora?

El sol es fuerte, está quemando, parece que si nos echaríamos caliente agua, parece que se quiere pelar. Hace mucho frío, hasta a los huesos pasan. Ya no es normal.

¿Cuántos años ya están pasando así?

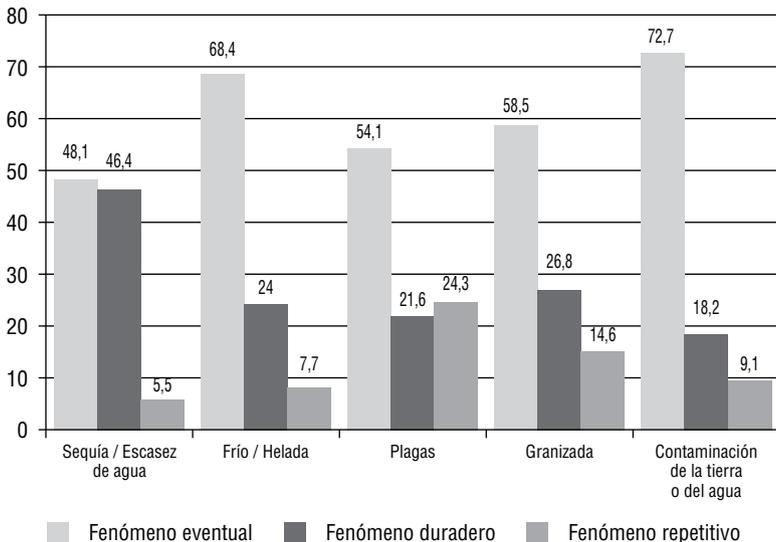
Desde hace 7 años está afectando.

¿Y cómo afecta en sus cultivos?

Afecta, hasta al agua, y hace secar las manantiales, ya no está saliendo, el agua potable gota nomás está saliendo.

Por otro lado, si se seleccionan los cinco problemas medioambientales más frecuentes –la sequía, el frío, las plagas y enfermedades vegetales, las granizadas y la contaminación de la tierra o del agua– se puede examinar el tipo de caracterización atribuido por las familias entre los calificativos de fenómeno “eventual”, “duradero” y “repetitivo”.

Cuadro 4
Calificación atribuida a los problemas medioambientales
según las familias encuestadas (en %, n = 203)



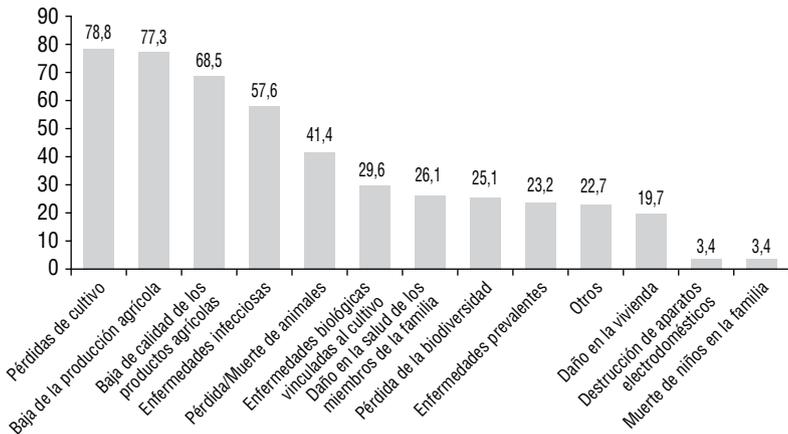
Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Los problemas ecológicos mencionados por las familias se caracterizan por ser fenómenos “eventuales”, es decir irregulares e inesperados. En el detalle de los resultados presentados, la sequía aparece como el fenómeno más duradero durante sus periodos de ocurrencia (46,4%), mucho más que la granizada (26,8%) o que el frío (24%). Este resultado es decisivo pues aunque el frío es mencionado por las familias como el principal problema medioambiental, la sequía y escasez de agua resultan siendo los más duraderos e impactantes en la vida cotidiana de las poblaciones encuestadas.

2.2. Consecuencias directas sobre el nivel de producción agrícola

A raíz de los problemas medioambientales señalados, las familias refieren un conjunto de consecuencias más o menos graves en su comunidad rural de origen, presentadas en el cuadro siguiente.

Cuadro 5
Consecuencias de los problemas medioambientales en la vida de las familias
encuestadas (en %, n = 203)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Las consecuencias de los problemas medioambientales conciernen en primer lugar a la producción agrícola con una disminución de los cultivos (78,8%) y de la producción (77,3%) o de la calidad de los productos (68,5%). Una gran mayoría de los hogares testimonian vulnerabilidad frente a los efectos del medio ambiente inscrita y experimentada en la misma evolución de su nivel de bienestar. Los principales problemas mencionados indican una disminución en la producción de los productos procedentes de la agricultura, destinados al consumo doméstico y la comercialización en el mercado regional, acarreado una baja de los ingresos procedentes de este sector de actividad, el cual constituye el más importante en el presupuesto de las familias. Por último, el 98% de las familias reconocen que los problemas medioambientales que las afectan son compartidos con las demás familias de la comunidad. Se trata por lo tanto de problemas de alcance general que tienen un impacto negativo en el conjunto de las comunidades y no solo para unas cuantas familias de manera aislada.

Celedonio Aduviri, 43 años, comunidad de Chila Pucará (15/08/2016):

En este año, ¿qué cosa les ha afectado?

Más que todo no ha caído la lluvia, helada más que todo nos ha afectado.

¿Cuando cae la helada qué cosa malogra?

Cuando hela nos malogra todo: no hay papa, no hay cebaba, hasta forraje no hay para el ganado. Total nos ha afectado.

¿Cuando cae la helada los animales qué hacen?

Todos se enflaquecen...

Una excepción importante remite a las familias cuya vivienda se ubica cerca de los manantiales y que logran por tanto conservar un acceso suficiente para regar sus cultivos y disminuir su exposición a una fuerte baja de la producción durante los episodios de sequía. Por último, el 95,6% de las familias declaran no haber recibido información de prevención de parte de ninguna autoridad sobre los problemas medioambientales que les afectan y que el 91,6% de ellas no han recibido ningún tipo de ayuda de ninguna institución a raíz de los problemas medioambientales enfrentados.

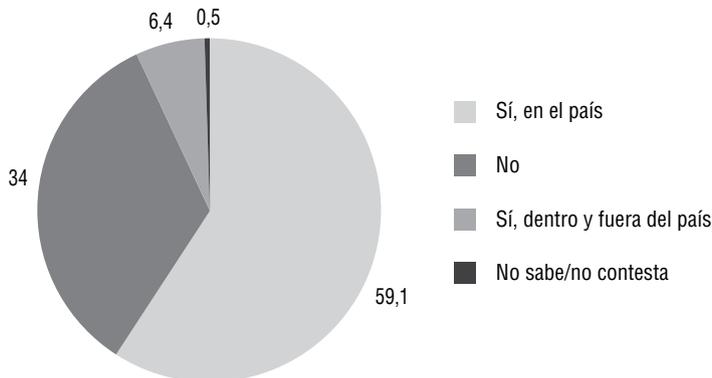
3. Migraciones concentradas en los grupos juveniles y de adultos jóvenes

3.1. Importancia de las migraciones al interior de las familias

Con respecto a la presencia de miembros de la familia que radican fuera de la comunidad rural de origen, la encuesta brinda los siguientes resultados.

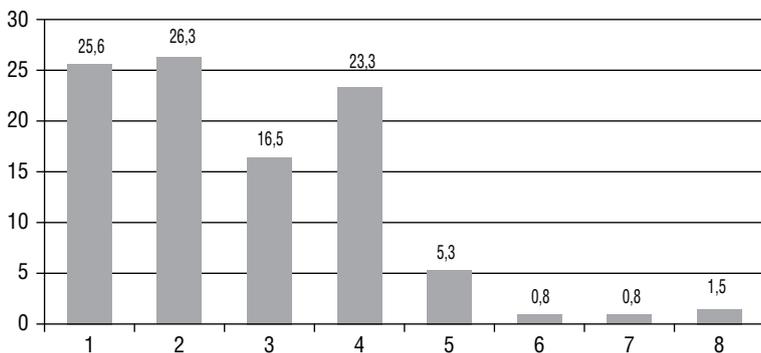
Cerca de dos tercios de las familias declaran tener al menos un miembro radicando fuera de la comunidad de origen. A pesar de su partida, estas personas son consideradas como miembros de su familia, haciendo parte integrante de su organización. Por lo tanto, no se trata de individuos que han dejado su localidad de origen para formar una familia de orientación distinta a la familia de procreación, aun si en algunos casos la salida de la comunidad ocurrió varios años antes.

Cuadro 6
Repartición de las familias encuestadas según residencia de algún miembro fuera de la comunidad (en %, n = 203)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Cuadro 7
Número de miembros no corresidentes respecto a las familias encuestadas con algún miembro fuera de la comunidad (en %, n = 133)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

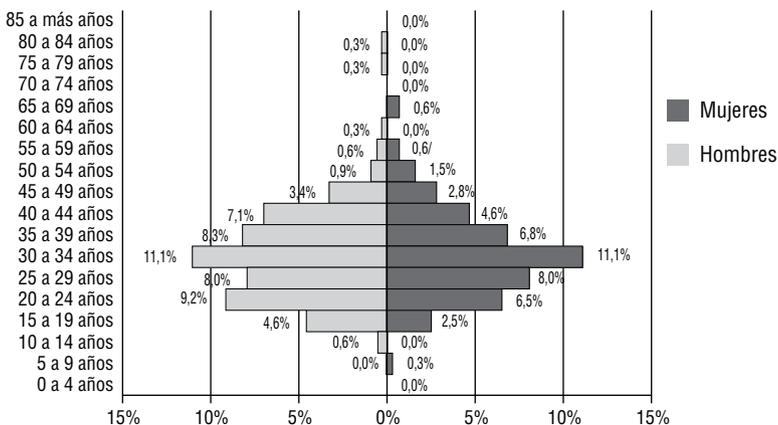
Proporciones relativamente similares de familias tienen a la vez 1, 2, 3 y 4 miembros radicando fuera de la comunidad de origen, la más importante ubicándose en dos miembros (26,3%).

En lo que se refiere a los destinos migratorios, éstos son muy diversificados aunque en más del 90% de los casos se trata de zonas urbanas. Aproximadamente dos de cada tres migrantes se reparten entre Arequipa, segunda ciudad del Perú y ubicada a unas seis horas de las comunidades estudiadas, Tacna ubicada en la Costa Pacífica en la frontera con Chile así como Juliaca y Puno, las dos principales ciudades del departamento, numerosas ciudades de menor tamaño y pueblos provinciales acogen un número significativo de migrantes (Andahuaylas, Moquegua, Desaguadero, Ilo, Juli, Laraqueri, Rinconada, etc.). Se puede notar por lo tanto una relativa dispersión de los miembros migrantes de las familias.

3.2. Migrantes entre 20 y 35 años de edad

Según la siguiente pirámide construida a partir del número de miembros migrantes registrado, es interesante observar la edad y el sexo de este grupo poblacional, el cual en el 94% de los casos representa a personas nativas de las comunidades rurales encuestadas.

Cuadro 8
Pirámide de población de los miembros migrantes de las familias encuestadas (en %, n = 325)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Esta pirámide muestra que el 53,9% de los miembros migrantes se ubica en los grupos de edades de 20-24 años, 25-29 años y 30-34 años, correspondiendo al periodo de formación y/o de actividad profesional. Los miembros migrantes que se ubican en los grupos de edades demográficamente dependientes (menores de 15 años y mayores de 65 años) son, al contrario, sumamente débiles. De hecho, se notan pocos niños migrantes por motivos escolares y aún menos personas mayores instalándose fuera de su localidad de origen por motivos de cuidado o de cercanía con los servicios de salud.

Antonio Maquera Quispe, 60 años, comunidad de Chila Pucará (15/08/2016):

¿Por qué se fueron sus hijos?

Por estos lados no hay vida por eso se fueron.

¿De otras familias sus hijos también se fueron?

Sí, también se fueron, los que nos hemos quedado aquí somos los ancianos, los hijos todos se fueron.

Una leve mayoría de los miembros migrantes son hombres (55,7%). En cuanto al vínculo de parentesco que los une con el resto de su familia, en el 90,1% de los casos registrados se trata de hijos del “jefe” de hogar en la localidad de origen, lo cual indica que estas migraciones conciernen a los miembros más jóvenes de las familias. El 81% de ellos son católicos (7,3% adventistas, 6,7% “sin religión” y 2% evangelistas) y no se distingue un estatus civil predominante dado que se encuentran proporciones bastante similares entre personas solteras (26,3%), casadas (33,9%) o en unión libre (37%).

Los miembros migrantes de las familias encuestadas tienen un tiempo de residencia en el lugar actual ubicado en un rango entre 5 y 9 años y solo el 17,3% de ellos cambiaron de residencia desde su salida de la comunidad de origen. Estos datos los clasifica en formas de migración relativamente duraderas y “asentadas” en la localidad de destino.

Por otro lado, en numerosas familias entrevistadas, los procesos migratorios se observan a partir de una dinámica de idas

y vueltas entre la comunidad de origen y lugares de destino que se caracterizan por cierta oferta económica plasmada en alguna actividad atractiva para los jóvenes. Estas formas de movilidad y de migración circular permiten mantener un fuerte vínculo con la comunidad altoandina de origen y no instalarse de manera definitiva en el medio urbano.

**Gregorio Quispe Quispe, 57 años, comunidad de San José de Ilungo
(27/10/2015):**

En su familia, ¿alguien ha salido de la comunidad a otro lugar?

Sí, mis dos hijos. Salen temporalmente, es decir que van y vienen... Cuando salen, se queda las esposas aquí para el cuidado de los hijos, la chacra y los animales que tenemos.

¿A qué lugares se van?

Arequipa, Camaná por las minas.

¿Por qué se van?

En busca de trabajo. (...)

¿Cada cuánto tiempo regresa aquí?

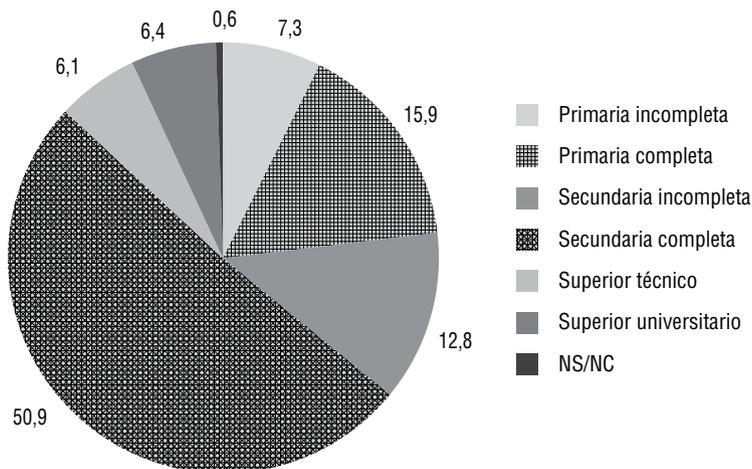
Cada 2 a 3 meses y se quedan aquí unas semanas.

La encuesta evidencia migraciones históricamente ordinarias desde el campo hacia las ciudades (Rodríguez Doig, 1999; Matos Mar, 1990). Los jóvenes migrantes salieron de su comunidad de origen con destino a las capitales regionales como Arequipa, Puno, Juliaca, Moquegua y Tacna, ubicadas a unas horas de bus y que se caracterizan por ser polos urbanos regionales atractivos desde un punto de vista económico y en términos de acceso a servicios de salud y a posibilidades de consumo. En menor medida, algunos jóvenes se aventuran en una migración hacia ciudades más lejanas como Lima o incluso La Paz o El Alto, en Bolivia.

3.3. Escolaridad y mercado laboral

Los resultados muestran que los miembros migrantes de las familias encuestadas en las cinco comunidades altoandinas tienen un nivel escolar promedio equivalente a la culminación de la enseñanza secundaria sin estudios superiores, sean técnicos o universitarios (50,3% de la muestra).

Cuadro 9
Nivel escolar y de estudios de los miembros migrantes de las familias encuestadas
(en %, n = 358)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

La interpretación de estas cifras es ambivalente pues indican que más de la mitad de los migrantes culminaron la secundaria pero al mismo tiempo revelan que más del tercio de esta población de jóvenes migrantes tienen un nivel escolar inferior a la conclusión del colegio, lo cual los ubica en una situación precaria en relación con su integración en el mercado laboral formal, es decir con algún contrato estable y derechos sociales (acceso al sistema de salud, etc.). El 80,7% de los migrantes registrados integran la Población Económicamente Activa (PEA) pero obviamente este dato no refleja la calidad referida a la inserción de estos jóvenes en el mercado laboral.

Los empleos ocupados por los jóvenes migrantes se concentran esencialmente en los sectores de construcción y albañilería, comercio o venta ambulatoria, cobro de los pasajes en los buses, mecánica automotriz, transporte, electricidad, restauración y cocina así como en las actividades domésticas remuneradas, en particular para las mujeres. Algunos trabajan también como profesores en la

enseñanza pública y otros han creado y desarrollado su empresa en el sector textil o de zapatería.

**Petronila Quispe Acero, 49 años, comunidad de San José de Llunco
(19/10/2015):**

¿Me puedes decir quiénes de tu familia se han ido?

Mis dos hijos y mi esposo.

¿Y a dónde se han ido cada uno de ellos y qué hacen por ahí?

Mis dos hijos se han ido a Arequipa, ellos trabajan haciendo puerta de madera.

Y mi esposo está trabajando en Juliaca, él trabaja como chofer.

¿Y cuánto tiempo están trabajando por allá?

Mi esposo siempre trabajaba desde que vivía en Juliaca antes y mis dos hijos se han ido después de que han terminado el colegio.

¿Más o menos cuántos años están trabajando en Arequipa tus hijos?

El Javier se ha ido hace 5 años a trabajar y el Julio se ha ido 3 años.

¿Y los dos de tus hijos han terminado el colegio?

Sí, los dos han terminado el colegio. (...)

¿Por qué se fueron de la comunidad?

Como ellos ya habían terminado el colegio, en aquí así nomás ya estaban caminando, cuidando mis ganados me ayudaban, después ellos querían seguir estudiando por eso se fueron a trabajar y estudiar.

Y tu esposo, ¿por qué se fue a trabajar?

Siempre él trabajaba en Juliaca, manejando carros. A veces nos faltaba plata por eso se ha ido.

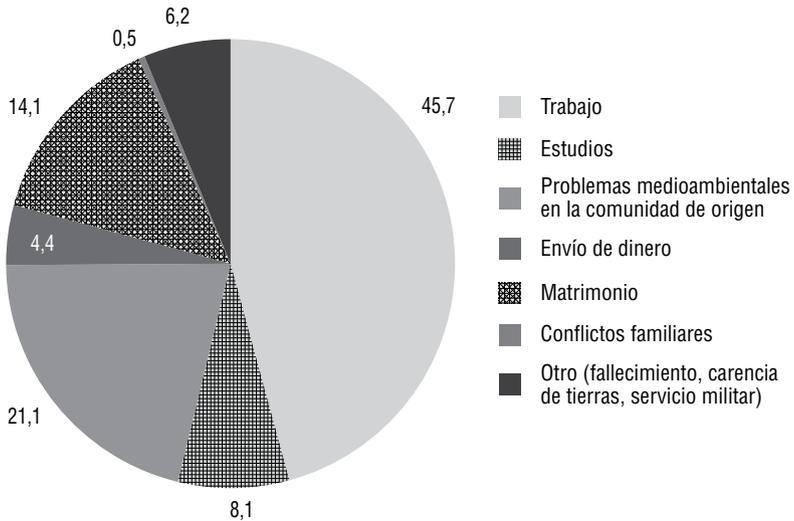
Queda examinar en qué medida las elecciones de movilidad de estas personas responden a una búsqueda de solución a fin de atenuar las consecuencias de los problemas medioambientales descritos líneas arriba.

4. Migraciones poco relacionadas con los problemas medioambientales

4.1. Predominancia de los objetivos laborales

Los motivos y objetivos de la migración del conjunto de la muestra de los miembros migrantes se presentan en el gráfico siguiente.

Cuadro 10
Motivos de salida de la comunidad de origen mencionados por las familias encuestadas (n = 133, en %)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

En casi la mitad de los casos (45,7%), la decisión de migrar de los jóvenes fue motivada por objetivos de trabajo y empleo fuera de la comunidad altoandina de origen. Se trata mayormente de migraciones laborales de los campos hacia las ciudades. El factor medioambiental solo ocupa el segundo lugar entre los objetivos de migración (21,1%). Ello no significa que los problemas medioambientales no se relacionen con los proyectos profesionales en los cuales se basan las decisiones migratorias de los jóvenes en las comunidades estudiadas. No obstante, este factor no aparece como el más evidente y espontáneo en las respuestas de las familias para explicar la elección de movilidad de sus hijos hacia las ciudades del departamento de Puno o de otro colindante. Por último, la migración por motivo de estudio está poco presente en los resultados de la encuesta (8,1%) y se ubican muy por debajo de la elección migratoria por motivo de unión matrimonial (14,1%).

Pedro Chique Rojas, 72 años, comunidad de Chili Chambilla (27/10/2015):

Acerca de sus hijos, ¿dónde están viviendo actualmente?

Actualmente mis hijos ya no están acá; solo vivimos los dos, esposo y esposa. Dos de mis hijos están en Tacna, uno está en Arequipa, Ayaviri, llave otros de mis tres hijos están en Juli. Se han ido porque ya no hay trabajo, no hay animales. No tienen rentabilidad en la chacra. No es seguro las chacras, cualquier rato se lo lleva la helada, no hay trabajo, entonces la necesidad... tienen que salir de la comunidad.

Entonces sus hijos, ¿a qué se están dedicando en las ciudades?

En la ciudad se están dedicando como chofer, otros en el banco. Alberto está en Tacna, Hermógenes también está en Tacna como chofer, Edwin en Ayaviri, está trabajando en una oficina de agro banco, después mi hijo Néstor está estudiando en la Universidad del Altiplano.

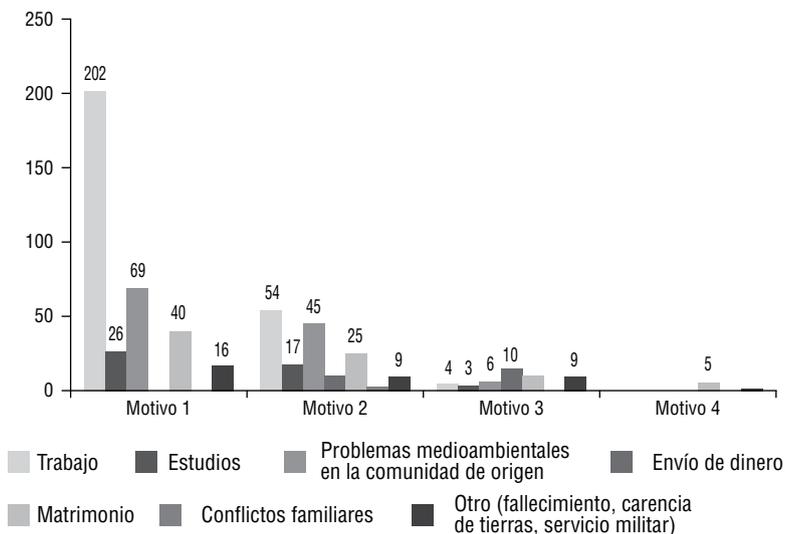
¿Y de qué manera les están apoyando a ustedes?

Me ayudan en la chacra, me ayuda a curar mis animales, me han instalado mi panel solar, me han comprado televisión y traen algunos alimentos para vivir.

Si consideramos ahora los motivos de salida según su orden de importancia desde el punto de vista de los miembros de las familias que permanecen en la comunidad de origen, el motivo laboral es el más predominante con –en valor absoluto– 202 respuestas de las 364 registradas, para explicar la migración de los jóvenes. El factor medioambiental aparece en segundo lugar, antes del matrimonio y de los estudios, pero claramente apartado en comparación con la variable laboral.

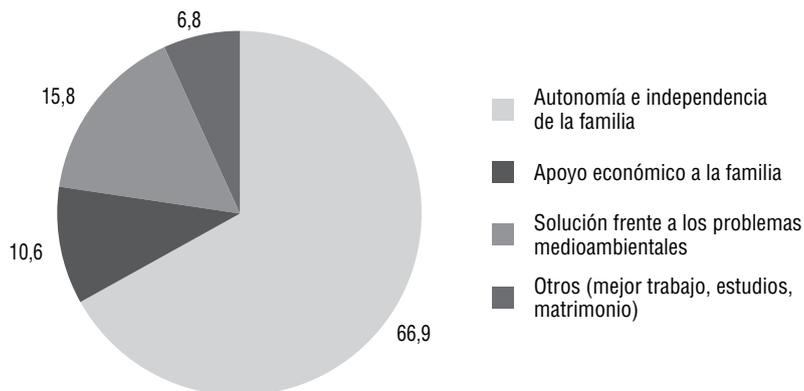
El cuadro 11 muestra que los miembros no migrantes mencionan mayormente un solo motivo (“motivo 1”) para explicar la decisión migratoria de los miembros de su familia. Por último, con respecto al objetivo de la salida de la comunidad altoandina, el gráfico 10 muestra una continuidad con los resultados anteriores dado que en más de dos tercios de los casos (66,9%), los jóvenes decidieron dejar su localidad de origen porque buscan autonomía e independencia de su familia. Nuevamente, el objetivo de encontrar una solución frente a los problemas medioambientales en la comunidad rural donde siguen radicando los padres no es nombrado directamente.

Cuadro 11
Motivos de salida de los miembros migrantes por orden de importancia (1 a 4),
 mencionados por los miembros no migrantes de las familias
(en valor absoluto, n = 358)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Cuadro 12
Objetivo de la salida de la comunidad de origen
según los miembros no migrantes de las familias encuestadas (n = 133, en %)



Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

El deseo de autonomía personal relacionado con la edad de los migrantes (20-35 años en su mayoría) origina en primer lugar el proyecto migratorio de éstos. Los resultados indican una proporción mínima de migrantes “medioambientales” y evidencian una población de jóvenes que buscan mejores oportunidades profesionales y alguna vía de ascenso social a través de la movilidad hacia el medio urbano.

4.2. Poco envío de remesas

El 65,5% de los miembros migrantes no mandan ni dinero ni víveres a su familia en la comunidad de origen. Solo el 29% de ellos mandan dinero y el 4,6% víveres y otros productos. Entre las personas que envían remesas a su familia, el promedio es de 84 soles por mes.

Cuadro 13
Envío de remesas y/o bienes según el motivo de salida de los migrantes
de la comunidad rural (en %, n = 358)

Motivos de salida	Dinero	Viveres y productos	Dinero y viveres	Nada	Total
Trabajo	36,4	1	0,5	62,1	100
Estudios	16	0	0	84	100
Problemas medioambientales	23,2	14,5	2,9	59,4	100
Matrimonio	13,1	5,3	0	81,6	100
Otros	20	13,3	0	66,7	100
Total	29	4,6	0,9	65,5	100

Fuente: Encuesta de campo 2015-2016 (INTE-PUCP, DHUMA).

Considerando el envío de remesas de parte de los jóvenes según el objetivo de la migración, se nota en todos los motivos de salida, quienes menos envían remesas son los migrantes por matrimonio (81,6%) y estudios (84%). Los jóvenes que salieron por motivos laborales o aquellos que se marcharon por problemas medioambientales en su comunidad de origen mandan de forma más regular un monto mensual a su familia (36,4% y 23,2%,

respectivamente). Estos resultados muestran que no existe una organización familiar centrada en la migración como estrategia explícita de adaptación a los problemas medioambientales encontradas en las zonas rurales alrededor del lago Titicaca.

Conclusiones

Las migraciones desde las comunidades altoandinas ubicadas alrededor del lago Titicaca implican mayormente a jóvenes de 20 a 35 años en búsqueda de algún trabajo remunerado y *a fortiori* de mejores condiciones de vida en el medio urbano. A pesar de los problemas medioambientales que afectan a sus familias en la comunidad de origen, los miembros migrantes no pueden ser considerados “migrantes medioambientales” sino jóvenes en búsqueda de proyectos de vida alternativos a aquellos que predominan en las zonas rurales y basados en la agricultura de subsistencia.

Es probable que el nivel de vulnerabilidad medioambiental observado, significativo pero aún no crítico, explique la baja proporción de jóvenes cuya decisión migratoria es motivada por una cuestión ecológica. Convendría cruzar los datos relativos a las dinámicas migratorias de las familias con datos pluviométricos en un periodo de veinte a treinta años para observar la correlación posible entre las elecciones de movilidad de las familias y la evolución del clima en esta región de la Cordillera de los Andes.

Bibliografía

- Altamirano, Teófilo
2014 *Refugiados ambientales. Cambio climático y migración forzada*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Amat y León, C. *et al.*
2008 *El cambio climático no tiene fronteras: Impacto del cambio climático en la Comunidad Andina*. Lima: CAN.

- Ansión, Jean y Javier Igüñiz
2004 *Desarrollo humano entre el mundo rural y urbano*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- Cannon, Terry y Detlef Müller-Mahn
2010 “Vulnerability, Resilience and Development Discourses in Context of Climate Change”. *Natural Hazards*, núm. 55: 621-635.
- Chaléard, Jean-Louis y Évelyne Mesclier
2010 “Introduction. Land Question and Territorial Dynamics in the Countries of the South: New Links, New Approaches”. *Annales de Géographie*, núm. 676: 587-596.
- Cortes, Geneviève *et al.*
2014 *Les systèmes familiaux multi-localisés: Un modèle d'analyse original des ruralités aux Suds*. Documento de trabajo ART-Dev 12.
- Coudrain, A., B. Francou, Z. Kundzewcz
2005 “Glacier Shrinkage in The Andes and Consequences for Water Resources”. *Sciences Journal*, vol. 6, núm. 50: 925-932.
- Hugo, Graeme
2008 *Migration, Development and Environment*. Genève: OIM. Instituto Nacional de Estadísticas e Informática (INEI).
- 2014 *Encuesta Nacional de Hogares (ENAHO)*. Lima.
- Kaenzig, Raoul y Etienne Piguet
2011 *Migration et changement climatique en Amérique latine: quels enjeux*. *VertigO*, vol. 11, núm. 3.
- Kniveton, D. *et al.*
2008 *Climate Change and Migration: Improving Methodologies to Estimate Flows*. OIM Migration Research Series, núm. 33.
- Magrin, Graciela y Carlos Gay García
2007 “Latin America”. En: O. F. Parry *et al.*, eds. *Climate Change 2007: Impacts, Adaptation and Vulnerability. Contribution of Working Group II to the Fourth Assessment Report of the Intergovernmental Panel on Climate Change*. Cambridge: Cambridge University Press. 581-615.

Matos Mar, José

1990 *Las migraciones campesinas y el proceso de urbanización en el Perú*. Lima: UNESCO.

Myers, Norman

2002 “Environmental Refugees: A Growing Phenomenon of the 21st Century”. *Royal Society Review*, núm. 357: 609-613.

Véron, Jacques y Valérie Golaz

2015 “Les migrations environnementales sont-elles mesurables?”. *Population & Sociétés*, núm. 522, INED.

Un estudio sobre jóvenes migrantes en una ciudad andina de América Latina: La dinámica urbano-rural en El Alto, Bolivia

*Mariela Paula Diaz*¹

Introducción

Hacia mediados del siglo XX, El Alto era un barrio periférico de la ciudad de La Paz. Se constituyó entonces principalmente como *dormitorio obrero*, mientras la primera se convertía en la fuente laboral de sus habitantes. Luego, se transformó en la capital de la cuarta sección de la Provincia Murillo del Departamento de La Paz, es decir, en municipio autónomo, a partir de la aplicación de la Ley N°728 en marzo de 1985. Finalmente, en septiembre de 1988 (mediante la Ley N°1014) fue reconocido por el Congreso Nacional su estatus de ciudad.

A partir de marzo de 1985 dejó de llamarse El Alto de La Paz por simplemente El Alto, y en junio de ese año, a través de las elecciones generales, la población alteña eligió por primera vez a sus propias autoridades municipales. Además, en esta década recibió un gran flujo migratorio de las denominadas víctimas del modelo neoliberal: fabriles, mineros y la población rural aymara. Según el Censo de 2012, es la segunda urbe más poblada del país, luego de Santa Cruz, con un importante peso económico y político. En los primeros años del siglo XXI, se constituyó en el epicentro de los

1 Socióloga. Doctora en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente de la materia Sociología del CBC/UBA y de la asignatura Análisis Estadístico en la Maestría en Planificación Urbana y Regional de la FADU/UBA.

levantamientos populares aymaras de octubre de 2003 y de mayo/junio de 2005 (Mamani Ramírez, 2006) que dieron lugar al quiebre del ciclo neoliberal en este país. En los últimos años se transformó en una ciudad mercado por su gran flujo comercial, además de su tradicional función manufacturera e industrial.

Aquí analizaremos los lazos que sostienen los hogares de migrantes con sus comunidades rurales de origen y la relación con sus trayectorias migratorias (residenciales y laborales). En concreto, exploraremos, en esta ciudad andina particular, el supuesto proceso de descampesinización de las urbes latinoamericanas. A su vez, se debatirán los postulados de la teoría de la modernización así como la visión de Lefebvre (1969) sobre la tendencia a la urbanización absoluta. Para ello interesa conocer: cómo se distribuye la población joven migrante de origen rural en la urbe alteña, qué lazos establece con sus lugares de origen y si existen condiciones socioeconómicas en la ciudad que puedan favorecer estos lazos.

Este artículo parte de una investigación de tesis doctoral ya realizada que utilizó una estrategia metodológica que combinó procedimientos cualitativos y cuantitativos. La reconstrucción de las trayectorias migratorias se realizó a partir de entrevistas semi-estructuradas en profundidad y se aplicó una encuesta –con un muestreo estratégico no probabilístico– a miembros de cien hogares en los barrios alteños 16 de Julio y El Porvenir I. La encuesta permitió indagar los grados de intensidad desigual que presentan los lazos campo-ciudad, además de las características sociodemográficas y laborales más generales de la población estudiada.

Además de una presentación breve de las referencias teóricas, se expondrán los principales resultados obtenidos. Concluimos con una breve reflexión final.

1. Aspectos teóricos de la dinámica urbana y de las trayectorias migratorias

El estudio de la dinámica urbana implica una doble dimensión, una vinculada al hábitat y otra al habitar. La primera nos remite a

los accesos diferenciales que ofrece la ciudad según la distribución espacial desigual de los servicios públicos, la infraestructura, los equipamientos comunitarios, las oportunidades educativas y laborales, entre otros, condiciones de posibilidad de la existencia de rentas diferenciales en el suelo urbano (Topalov, 1979; Jaramillo, 2009). En general, las condiciones del hábitat incluyen las características de la vivienda y del contexto urbano (vecindario). Esta diferenciación en el territorio de las condiciones de valorización explica en parte la noción de desarrollo urbano desigual y combinado. Este desarrollo urbano no solo es desigual sino también es combinado en tanto pueden estar presentes lo más desarrollado de la técnica junto a lo más tradicional en un mismo territorio a nivel macro (urbano) y micro (barrial), todo ello condicionado en parte por el proceso anárquico de la acumulación del capital en el periodo del capitalismo globalizado (Smith, 2006; Katz, 2016). De este modo, las zonas periféricas y céntricas, en contraste con la teoría de la modernización, no forman parte de una ciudad dual sino que son las dos caras de un mismo proceso histórico (González Casanova, 1970; Pradilla Cobos, 2010).

La segunda dimensión específica son los diversos modos de habitar la ciudad y de apropiación (material y simbólica) que se efectivizan mediante las prácticas cotidianas que permiten satisfacer necesidades sociales (Vershambre, 2005; Stébé y Hervé, 2011; Lefebvre, 1978). Habitar implica apropiarse del espacio, que no es sinónimo de propiedad, sino de hacer una obra, de modelarla, de ponerle el *sello propio*. De esta manera, *habitar* no supone meramente un acto de reproducción social (Lefebvre, 1978) en tanto la apropiación urbana excede la dimensión jurídica.

En el caso de la ciudad de El Alto, la movilidad urbana es definida como una práctica social significativa de desplazamiento territorial con el fin de concretar actividades cotidianas. La movilidad no solo expresa una manera de habitar, de usar, de representarse y de apropiarse de la ciudad sino también de la configuración territorial o del hábitat (Gutiérrez, 2012; Zunino Singh, 2013). El estudio de la movilidad urbana relacionado con otras dimensiones sociales muestra precisamente movimientos pendulares

campo-ciudad, que no obstante ser un rasgo específico de las urbanizaciones latinoamericanas, se expresan con más intensidad en los países andinos, particularmente Bolivia, Ecuador y Perú, que muestran importantes diferencias con respecto a otras áreas del continente debido al peso del pasado colonial, a la importancia de las culturas indígenas, a sus particulares relaciones entre ciudad y campo, a la mayor debilidad del desarrollo industrial durante el siglo XX y al impulso de una urbanización tardía. Igualmente se destacan recursos públicos limitados, situación que determina un Estado con escasas posibilidades de inversión y que da lugar a una combinación de *islas de riqueza* en un *mar de pobreza* (Adad Torrico, 2004; Cuadros, 2003).

Por otro lado, estos movimientos pendulares pueden convertirse también en un indicador de la *multilocalidad* o *plurilocalidad* (Nuñez Villalba, 2011) en tanto conforman espacios territoriales entre las comunidades de origen y las de destino, mediante los cuales los migrantes sostienen relaciones sociales, económicas y políticas multilineales o plurilocales. Son migrantes que se mueven entre diferentes culturas, con frecuencia mantienen más de una vivienda y persiguen intereses que requieren su presencia en los dos lugares.

En el marco de las trayectorias migratorias se pueden distinguir las laborales y las residenciales, entre otras, que están ancladas y tendidas en diferentes localidades. Las trayectorias residenciales son las del conjunto de los cambios de residencia y/o localización de un hogar en el territorio y las trayectorias laborales se refieren al conjunto de cambios en la inserción en el mercado laboral. Estas trayectorias requieren un análisis longitudinal de la movilidad (residencial y socio-económica) que permita examinar los distintos modos de habitar la ciudad entre (y al interior de) las clases sociales² (Duhau, 2003; Dureau, 2004; Di Virgilio, 2011; Sassone, 2006; Cosavoc, 2014).

2 Un componente crucial para definir el curso de estas trayectorias son las estrategias residenciales (de acceso al hábitat) y las laborales, respectivamente, que forman parte de las estrategias familiares de reproducción en el contexto estructural que las condiciona.

Una investigación de las estrategias habitacionales y laborales de los migrantes de origen rural –y su ligazón con la intensidad de la movilidad urbana– es relevante en la medida en que la movilidad se convierte en un indicador de la condición de pobreza de la población medida por el tipo de hábitat de residencia y de inserción laboral. En otras palabras, se analizará la posición ocupada en el hábitat y en el espacio social (Bourdieu, 2010; Di Virgilio, 2011).

2. La situación habitacional y laboral de los migrantes aymaras en la urbe alteña: Una mirada sobre sus trayectorias migratorias

2.1. Situación habitacional y trayectorias residenciales

El barrio 16 de Julio, del céntrico Distrito 6 (que reúne un conjunto de barrios), es uno de los más antiguos de El Alto: se creó poco después de la Guerra del Chaco (1932-1935). Es una de las áreas con mayor consolidación urbana, aunque esta sea relativa por sus deficiencias estructurales, características de las urbanizaciones periféricas con una baja provisión de valores de uso colectivo (Jaramillo y Cuervo, 1993). La encuesta aplicada para este estudio revela que el 58% de las viviendas del barrio son precarias;³ el crecimiento poblacional y su consolidación urbana “relativa” generaron un proceso de densificación de la ocupación (personas por cuarto) y de la construcción tanto horizontal como vertical (así surgieron los denominados “callejones”⁴ que no cuentan con

3 Retomando las definiciones de Clichevsky (2003) se hizo una tipología de *vivienda precaria* que agrupa a los hogares que cumplieron al menos una de estas condiciones: sin red de gas domiciliario, sin red de agua potable, sin baño, con piso de tierra, con baño (pero sin arrastre de agua), con red de agua potable domiciliaria pero con distribución por cañería solo en el patio o en el baño de la casa. De esta manera, se puede presentar la combinación de un contexto urbano de mayor consolidación con la presencia de viviendas precarias.

4 Estos callejones forman parte del proceso de subdivisión de lotes, de su compra y venta, de la construcción de nuevas viviendas, y de la expansión

los servicios urbanos básicos). Esta heterogeneidad habitacional se inserta en un contexto barrial de mayor equipamiento e infraestructura urbana (Díaz, 2015).

El barrio El Porvenir I, fundado el 2 de febrero de 1999, se halla en el sector noroeste de la periferia de la ciudad, en el Distrito 7, considerado el segundo más extenso de El Alto y el de menor población: es un área periférica en proceso de expansión (Quispe Alvarado *et al.*, 2011). La encuesta aplicada indicó que el 100% de las viviendas son precarias, en un entorno vulnerable de mala calidad socio-ambiental.⁵ La totalidad de las viviendas carece de instalación de gas natural a domicilio, la distribución de agua por cañería llega a las casas pero estas solo tienen un grifo en el patio, aquellas que cuentan con baño no tienen arrastre de agua.⁶ Esta situación habitacional de homogénea precariedad se inserta en un barrio con baja consolidación urbana debido a las reducidas inversiones en obras públicas como infraestructura urbana y equipamientos comunitarios y problemas agudos de acceso a los servicios urbanos y de transporte (Díaz, 2015).

Retomando a autores clásicos y latinoamericanos (Massey y Denton, 1998; Castells, 1974; Sabatini *et al.*, 2001; Améndola, 2000; Groisman y Suárez, 2010; Adaszko, 2013, entre otros), se concluye que en el barrio periférico se configura un tipo de hábitat que se define por la segregación residencial en tanto conlleva un contexto de homogeneidad espacial (urbana y habitacional) y social (dada la situación económica y la pertenencia étnica de los hogares). En este barrio periférico predominan los hogares con adultos nacidos en el área rural (94%), que se autoidentifican con el pueblo indígena aymara. Si se analiza según grupos de edad, se observa que a partir de los 20 años la población es preponderantemente oriunda del campo.

y mejoramiento de las ya existentes. Este proceso redujo el promedio de las superficies de los lotes en unos trescientos cincuenta metros cuadrados.

5 Por ejemplo, se observaron calles desbordadas de basura y el río contaminado debido al defectuoso servicio de recolección de residuos.

6 El 40% de los hogares no tiene sistema sanitario, en su mayoría recurren a un terreno baldío, a un campo abierto o al río más cercano.

En contraste, en el barrio 16 de Julio los hogares con adultos nacidos en la ciudad de El Alto o La Paz son el 60%, de los cuales el 53,5% se autoidentifica con el pueblo aymara. En los grupos de edad de 20 a 39 años y de 40 a 64 años predomina la población nacida en las ciudades de La Paz o El Alto. Sin embargo, en el grupo poblacional de 65 años y más, el 50% provenía de las comunidades rurales, lo que denota que en sus orígenes el barrio 16 de Julio recibió un contingente de migrantes de origen rural.

Esto último se vincula con el proceso de urbanización de La Paz en particular y de Bolivia en general (Blanes, 2006; Diaz, 2015). La conformación de estos barrios sucedió en dos momentos económicos, políticos y sociales distintos. En la década de 1950, la urbanización del país se aceleró bajo el período de capitalismo de Estado cuando se desarrolló una política de industrialización por sustitución de importaciones y se aplicaron diversas reformas políticas, sociales y culturales. En cambio, hacia mediados de la década de 1980, bajo los gobiernos democráticos neoliberales, el crecimiento poblacional en las áreas urbanas y la migración campo-ciudad fueron consecuencia de la política de desindustrialización (relativa), de la apertura económica y de la liberalización de la economía.

La siguiente tabla muestra las diferentes características residenciales de ambos barrios de la ciudad.

Cuadro 1
Características residenciales según barrio

El Porvenir I	16 de Julio
Poca antigüedad de residencia en el barrio	Mayor antigüedad de residencia en el barrio
No suele ser el primer destino de los migrantes	Suele ser el primer destino de los migrantes
De inquilinos en otros barrios, accedieron a ser propietarios de la vivienda	Hay propietarios y también inquilinos
Mayor peso de la autoconstrucción con ayuda familiar	Menor peso de la autoconstrucción, ayuda de albañiles
Semiconcentración	Mayor dispersión

Fuente: Elaboración propia.

Los barrios periféricos alteños no son el primer destino de los migrantes del área rural, que atravesaron varias etapas migratorias previas desde su salida de la comunidad de origen. Es frecuente que en un primer momento arriben a la ciudad de La Paz o a un barrio céntrico de El Alto en calidad de inquilinos. La elección del primer lugar de residencia responde a la presencia de familiares y amigos ya radicados, con quienes trabajan y aprenden un oficio en la ciudad. Luego de un largo recorrido, ya con una familia conformada, se instalan en el barrio El Porvenir I como propietarios informales de su vivienda, a la cual pudieron acceder gracias a los bajos costos del suelo urbano y mediante un proceso de loteamiento irregular (Díaz, 2015).⁷ Como lo indica el título del libro de Jaime Durán (2007), *Casa aunque en la punta del cerro*, los alteños (en este caso, los migrantes) aspiran a adquirir su vivienda propia como un valor absoluto, a pesar de las condiciones del lugar.

La antigüedad de residencia de los hogares de migrantes en la periferia es menor que en el barrio céntrico de la ciudad. En el primer caso, el 59,6% residía desde hace 5 años; y en el segundo, el 60% tenía entre 6 y 20 años de antigüedad, y el 25% se encontraba allí hace más de 20 años. Sin embargo, la residencia reciente en el barrio periférico no es sinónimo de migrantes nuevos en la ciudad: la mayoría de los que residen en el barrio El Porvenir I partieron de su comunidad de origen hace diez o quince años.

En cuanto a su trayectoria residencial, la mayoría de los hogares (86,4%), apoyados en la cooperación familiar, utilizaron la estrategia de la autoconstrucción de las viviendas (de adobe) como modo de acceso al hábitat en la ciudad.⁸ Esta situación no alude meramente a un “saber práctico” aprendido en las comunidades de origen, también muestra que los hogares en cuestión tienen menores recursos económicos: “[el adobe] es más caliente y más económico, yo no tengo plata para comprar ladrillo” (Antonio, 58 años, habitante de El Porvenir I).

7 El tipo de inserción formal en el mercado de vivienda/tierra contrasta con el loteamiento informal que dio origen a los barrios alteños. Esto se debe a una política concreta del gobierno local de regularización de la situación dominial.

8 Otro estudio que aborda esta temática es el de Arbona, 2011.

Es usual que diversos familiares de migrantes se concentren en el mismo barrio y de este modo se construyan en El Alto colonias de diferentes comunidades rurales del departamento de La Paz, fenómeno que fue descrito por Albó (1981) como semiconcentración, y que se pudo constatar especialmente en el barrio periférico.

Por el contrario, el barrio céntrico 16 de Julio aparece más bien como la primera opción de residencia para la población migrante. Existe un número significativo de familias que viven en alquiler y en contrato anticrético (24%) –categorías ausentes en la periferia– dada la menor posibilidad de ser propietarios por el elevado precio del suelo en comparación a la periferia alteña. Respecto a la autoconstrucción, esta se encuentra en el 46,2% de los casos de hogares de migrantes; el contrato de albañiles es más frecuente que la ayuda familiar, lo que indica mayores ingresos en el hogar.

A mediados de la década de 1980, cuando este barrio (junto al área norte de la ciudad de El Alto) comenzó a recibir el desborde poblacional de las laderas de La Paz de familias de composición obrera y rural –o la migratoria causada por las medidas neoliberales del Decreto 21060–, la práctica de la autoconstrucción era predominante. Muchos de los migrantes ocupan viviendas heredadas por familiares que autoconstruyeron.

Hemos hecho nosotros, por eso de adobe, es antiguíta esta casita (...). Esta casita tiene 32 años, y esas veces se practicaba ayuda comunitaria, venían familiares, a veces tíos que radican, que tienen experiencias, le consultábamos cómo se puede construir. Como nosotros llegábamos de provincia no sabíamos y tíos que han venido más antes sabían cómo construir en la ciudad. (Lorenza, 54 años, residente del barrio 16 de Julio)

2.2. Situación laboral y trayectorias ocupacionales

Los jóvenes migrantes de origen rural del barrio periférico constituyen la fracción más empobrecida y precarizada de los sectores populares y trabajadores alteños dada su mayor inserción en empleos informales no consolidados o inestables (54,2% de los

jefes de hogar). Mientras en el barrio antiguo predominan los jefes de hogar en empleos informales pero consolidados (57,5%), indicador de mayores recursos en el hogar (Díaz, 2017; Rojas y Rossel, 2006; Guaygua *et al.*, 2008). Esta característica manifiesta no solo el nivel de informalidad de la ciudad de El Alto, sino de Bolivia en su conjunto. En este país, hacia el año 2010, cerca del 90% de la población económicamente activa (asalariados y cuentrapropistas no calificados) era informal desde la perspectiva legal⁹ (Tornarolli *et al.*, 2014; Portes y Halpern, 2004).

De este modo, la situación de segregación residencial de la población del barrio periférico está asociada a la condición migratoria e indígena de los adultos del hogar y a un tipo de inserción laboral del considerado jefe de hogar. Por consiguiente, el desarrollo urbano desigual y combinado que presenta El Alto entre centro y periferia –e incluso la heterogeneidad del barrio 16 de Julio– así como su diferenciación socio espacial –en tanto distribución espacial desigual de la cultura aymara, de la población migrante y de la estructura poblacional joven en la ciudad, según localización– contradice la supuesta homogeneidad urbana, social y étnica existente en dicha urbe. La tabla a continuación detalla el carácter de las actividades informales de cada barrio.

En el barrio El Porvenir I, la inserción de las mujeres migrantes como empleadas domésticas en la ciudad de La Paz constituyó la principal posibilidad de empleo que permitió emigrar de la comunidad rural de origen; en el caso de los varones migrantes, el trabajo como albañil (oficio informal e inestable) o chofer de minibus es el tipo de empleo más común, aunque en el transcurso de sus trayectorias laborales se hayan desempeñado en el sector de servicios.

9 La definición legal de informalidad incluye a los trabajadores bajo relación de dependencia cuyo empleador no le descuenta nada para los aportes jubilatorios, y a los cuentrapropistas sin empleados a su cargo que no están inscritos en el Servicio Nacional de Impuestos Internos.

Nos conocimos con mi esposa en La Paz trabajando, yo más antes trabajaba en una pensión, en un restaurante como mozo, poco tiempo he trabajado de eso; mi oficio es ser albañil. (Florencio, 32 años, habitante de El Porvenir I)

Cuadro 2
Carácter de las actividades informales según barrio

Barrio El Porvenir I	Barrio 16 de Julio
Inestabilidad	Estabilidad
<ul style="list-style-type: none"> - Obrero temporal - Viviendas productivas: fabricación de productos textiles y perfil comercial no consolidado (kioscos, librerías) - Venta "deambulante" en las ferias 	<ul style="list-style-type: none"> - Comerciante consolidado y obrero bajo relación de dependencia - Viviendas productivas: perfil comercial consolidado (restaurantes, carnicerías) y fabricación de productos de madera - Venta en puestos pagos en las ferias

Fuente: Elaboración propia.

El oficio de albañil puede tener relación con un saber práctico aprendido en la comunidad: "En el campo hacíamos casita de adobe, mirando a los vecinos, ahí hemos aprendido" (Florencia, 32 años, habitante de El Porvenir I).

Es común que las mujeres migrantes, cuando consiguen pareja, se muden de La Paz a El Alto y dejen de trabajar en los hogares de la clase media y media alta para dedicarse al comercio. Esto es símbolo de ascenso social, ya que dedicarse al comercio se visualiza como el principal modelo de éxito. Las mujeres que residen en la periferia se dedican a la costura y al tejido, tarea que realizan en un lugar dentro de la vivienda, lo que configura las llamadas viviendas productivas alteñas.

Estos productos elaborados son vendidos directamente en las ferias de la ciudad deambulando, una muestra adicional de la falta de recursos económicos para acceder a un puesto pago. Algunas familias del barrio El Porvenir I complementan sus ingresos mediante el trabajo de venta en tiendas (pequeñas librerías o kioscos/despensas) que forman parte del predio de su vivienda (otro ejemplo de vivienda productiva).

En otros casos, estas mujeres migrantes previamente fueron trabajadoras del hogar a destajo o se emplearon en un taller textil (microindustrial), ejemplo de la subordinación de las actividades económicas informales al sector formal y/o moderno del capital. Es decir, que el recorrido laboral de muchas mujeres migrantes comienza en el servicio doméstico; luego algunas aprenden un oficio que les permite independizarse como comerciantes o trabajadoras por cuenta propia en la misma rama de actividad. La actividad comercial en el país, en general, presenta una importante participación de mujeres, esta característica se asocia con la construcción del mercado andino como una práctica tradicionalmente femenina.

Primero fui a La Paz, a la ciudad, a trabajar como empleada doméstica, estuve como tres años. Nos conocimos con mi esposo, nos casamos y nos compramos este terrenito para vivir aquí. Ahora, hago mantas, tejo mantas con croché y las vendo en la Feria 16 de julio. No tengo puesto, en las mañanitas voy un rato nomás como una hora. Mi marido trabaja como albañil: albañil es, trabaja en El Alto. Vivimos más o menos. Tratamos de sobrevivir. (Alejandra, 28 años, habitante de El Porvenir I)

Para estas mujeres, convertirse en trabajadoras por cuenta propia constituye una estrategia para sumar recursos económicos en un hogar donde el considerado jefe de hogar posee un trabajo informal e inestable (no consolidado). De este modo, hay una tensión entre la reclusión (aunque parcial) de las mujeres tanto en el hogar como en el barrio, y la relación constante con la ciudad a través de la venta y compra de bienes en las ferias.

En oposición, como ya fue remarcado, el barrio 16 de Julio suele constituir el primer destino de la población migrante en un contexto donde predominan los hogares de no migrantes. Se encontraron indicios que permiten afirmar que los migrantes antiguos de esta zona, cuando El Alto era un apéndice de La Paz, transitaron una trayectoria similar a la vivida por los migrantes jóvenes de El Porvenir I. No obstante, actualmente, dada su

configuración como centralidad urbana, los migrantes poseen –en mayor medida– un perfil comercial de mayor consolidación (ligado al manejo de restaurantes, carnicerías y la fabricación de productos de madera, así como a la tenencia de puestos pagos en las ferias de la ciudad); y en segundo lugar, un perfil de obrero asalariado, categoría ausente en la periferia. De igual manera, se hallan las viviendas productivas, característica de la urbe alteña en tanto se constituyó en una estrategia para paliar el desempleo.¹⁰

Cuando uno termina el bachiller cada uno se va por su cuenta. (...) Por eso yo me dediqué al negocio, trabajaba en un matadero y ahí lo conocí a mi marido. Hace dos años tengo este negocio. (Wendy, 26 años, residente del barrio 16 de Julio, dueña de una carnicería)

Si bien respecto a la inserción y trayectorias laborales de los migrantes en ambos barrios predominan las actividades informales y las viviendas productivas, sin embargo estas actividades se distinguen por el nivel de consolidación y las características del trabajo.

Movimiento pendular campo-ciudad: La multilocalidad urbano-rural

En este contexto sociourbano desigual, cabe preguntarse por la relación de los hogares de migrantes de ambos barrios de la ciudad con sus comunidades rurales de origen, y cómo esta se articula con la posición del jefe de hogar en el mercado de trabajo en el marco de sus trayectorias migratorias.

10 En el contexto de crisis económica y política de la década de 1980 se produjo una masificación del fenómeno de la informalidad que ocultó la estrategia de autoempleo de la población como forma de paliar el desempleo. A su vez, constituye una cuestión estructural de un país dependiente basado en un patrón de crecimiento económico centrado en el sector primario exportador que no genera puestos de trabajo suficientes para el conjunto de la población (Wanderley, 2009).

La inestabilidad en la situación laboral es uno de los factores que explican los diferentes grados (según barrio) de interrelación de los migrantes con sus lugares de origen, es decir, se observan movimientos pendulares que en muchos casos son una expresión de la multilocalidad urbano-rural que indica una doble (o triple) residencia.¹¹ En El Porvenir I, en el 87,2% del total de los hogares con adultos nacidos en el campo estos regresan durante el año –especialmente en los momentos de la cosecha y la siembra– a sus comunidades de origen; en el barrio 16 de Julio, solo el 50%. En la periferia se expresa con mayor intensidad la relación continua entre el campo y la ciudad, constituyendo un mecanismo adicional para garantizar la reproducción material de la familia.

Respecto de los motivos por los cuales las familias regresan a la comunidad se encontró que en ambos barrios la tenencia de tierra y/o familiares es una de las principales causas de retorno durante algún momento del año. No obstante, en contraste con el barrio periférico, en 16 de Julio se halló en mayor medida una cuestión coyuntural ligada a la subida de los precios de los alimentos básicos o más bien visitas esporádicas.

En el barrio periférico analizado, esta mayor intensidad en la relación con las comunidades de origen se traduce en una apropiación urbana pública y privada peculiar, que produce un tipo de hábitat donde se observa una combinación/mixtura de usos del suelo urbano y rural. En otras palabras, coexisten actividades rurales en un entorno barrial donde se destaca el uso residencial del suelo urbano, aunque las viviendas productivas relativizan este término, en tanto puede ocurrir la combinación de un uso residencial y laboral. Las prácticas cotidianas híbridas –asumidas especialmente por las mujeres aymaras–, como la cría de ganado y/o el cultivo de huertas dentro de la propia vivienda o en espacios públicos comunes, no forjan islas de ruralidad (Jaramillo y Cuervo, 1993) sino territorios rururbanos (Ávila Sánchez, 2005; Díaz, 2017; Giarraca, 2004).

11 Esto en parte refleja la estrategia andina de cosechar en distintos pisos ecológicos.

Por su parte, en el barrio 16 de Julio, entre los migrantes que regresan a sus comunidades, se encuentra una heterogeneidad de situaciones, pero se observa especialmente que los productos agrícolas provenientes de sus lugares de origen permiten a las familias potenciar su situación económica y/o complementar la economía familiar.

Vamos a las comunidades de mi mamá y de mi papá, traemos papitas, cosechamos, vamos dos veces al año. (...) Traemos la papa para comer, para vender, para comercializarlo, tenemos una pensión (*un restaurante*), para cocinar, para vender. (Nelson, 32 años, residente del barrio 16 de Julio)

Por el contrario, en el caso de las familias de El Porvenir I, la relación con el campo les permite reproducirse materialmente en la ciudad ante la escasez de recursos económicos y dada la inserción inestable e informal del jefe de hogar. Es decir, mediante relaciones no mercantiles, se proveen de valores de uso (de bienes agrícolas cultivados en su comunidad de origen) que son en buena medida para el consumo familiar.

Volvemos a lo de mi mamá, en la comunidad está mi mamá, mi hermano, mi cuñada, mi abuelito. En el campo hacemos chacras, después le ayudo, hacemos surquitos, papitas nos traemos. Aquí vamos seguidito como es cerca mi pueblo... en media hora. Nos traemos habas, papa y lo comemos nosotros. (Basilía, 30 años, residente de El Porvenir I)

Así, la existencia de estos territorios rururbanos y de los movimientos pendulares campo-ciudad ponen en debate los presupuestos de la teoría de la modernización respecto a un proceso de urbanización/descampesinización absoluto, lo mismo que los elementos de la teoría clásica de la asimilación/aculturación a los que se refirieron los estudios de la Escuela de Chicago de la década de 1920 (Coulon, 2012). Por el contrario, nuestro estudio indica la presencia de un proceso complejo y contradictorio de descampesinización-recampesinización.

Conclusiones

Hemos destacado un tipo de desarrollo urbano desigual (y combinado) y una diferenciación socioespacial de la urbe alteña que contradice la imagen de su supuesta homogeneidad espacial y étnica. Asimismo, es claro que los sectores populares y trabajadores no son homogéneos sino que pueden hallarse capas con distintas situaciones económicas que se distribuyen de manera desigual en el territorio urbano, según su localización en la relación centro-periferia.

La problemática de la segregación residencial de los jóvenes migrantes concentrados en la periferia, fracción empobrecida de los sectores populares alteños, es funcional a la acumulación capitalista periférica que se basa en un régimen de salarios bajos que gira alrededor de un proceso de reproducción de la fuerza de trabajo que no descansa solamente en la relación salarial propiamente dicha (Jaramillo y Cuervo, 1993). Estas formas de consumo no mercantiles son un rasgo distintivo de las urbes latinoamericanas periféricas en términos generales, pero especialmente se halla en los países más pobres de la región por los escasos recursos públicos.

Sin pretender agotar la explicación de este fenómeno, es posible sostener que la inestabilidad laboral es uno de los factores que permite entender las múltiples estrategias de reproducción material de las familias empobrecidas relacionadas con su fuerte lazo con las comunidades rurales de origen además de su forma particular de apropiación urbana.

La intensidad desigual en la relación de los migrantes con sus lugares de origen depende de su localización y especialmente del tipo de inserción laboral. Esto nos permite cuestionar la postulación de una tendencia progresiva a la descampesinización presente en muchos análisis estadísticos y nos obliga a reflexionar sobre los procesos complejos y contradictorios de descampesinización-recampesinización. A su vez, esta intensa movilidad urbano-rural puede ser un indicador de plurilocalidad. Integrar esta dimensión del análisis de las ciudades latinoamericanas constituye un desafío para los estudios clásicos de la movilidad urbana.

Bibliografía

- Adad Torrico, Aida
2004 *La Paz: Proceso urbano, centro histórico y espacio social*. La Paz: Universidad Privada Franz Tamayo.
- Adaszko, Dan
2013 *Segregación residencial socioeconómica y desigualdad en la distribución espacial y en el acceso a bienes urbanos fundamentales en la Argentina de comienzos del nuevo milenio* (tesis doctoral). Bs. Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.
- Albó, Xavier *et al.*
1981 *Chukiyawu. La cara aymara de La Paz*. La Paz: CIPCA.
- Arbona, Juan Manuel
2011 “Dinámicas barriales y espaciales en la construcción de un barrio alteño”. *Colombia Internacional*, vol. 73, núm. 1 (enero-junio): 91-120.
- Améndola, Giandoménico
2000 *La ciudad posmoderna*. Madrid: Celeste ediciones.
- Ávila Sánchez, Héctor, coord.
2005 *Lo urbano-rural ¿nuevas expresiones territoriales?* Cuernavaca: UNAM.
- Bourdieu, Pierre
2010 “Efectos de lugar”. En: *La miseria del mundo*. Buenos Aires: FCE.
- Blanes, José
2006 “Bolivia: Las áreas metropolitanas en perspectiva de desarrollo regional”. *Eure*, vol. 32, núm. 95 (mayo): 21-36.
- Castells, Manuel
1974 *La cuestión urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Coulon, Alain
2012 *L'École de Chicago*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Cosacov, Natalia
2014 *Habitar la centralidad. Trayectorias residenciales y usos cotidianos del espacio urbano de residentes en Caballito, Buenos Aires*. Tesis doctoral. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.

Cuadros, Álvaro

2003 *La Paz*. La Paz: FAU-CDALP-COBBE.

Clichevsky, Nora

2003 “Pobreza y acceso al suelo urbano. Algunas interrogantes sobre las políticas de regularización en América Latina”. *Serie Medio Ambiente y Desarrollo de la CEPAL*, vol. 1, núm. 75: 1-84.

Díaz, Mariela Paula

2015 “Hábitat popular y mercado laboral: El desarrollo urbano desigual de la ciudad de El Alto (Bolivia)”. *INVI*, vol. 30, núm. 85 (noviembre): 111-145.

2017 “La inserción socioeconómica y territorial de los migrantes aymaras en la ciudad de El Alto (Bolivia): un análisis de la dinámica urbana y laboral”. *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. 54, núm. 17 (mayo): 461-489.

Di Virgilio, María Mercedes

2011 “La movilidad residencial: una preocupación sociológica”. *Territorios*, vol. 25, núm. 1: 173-190.

Duhau, Emilio

2003 “División social del espacio metropolitano y movilidad residencial”. *Papeles de Población*, vol. 36, núm. 1 (abril-junio): 161-210.

Durán Chuquimia, Jaime *et al.*

2007 *Casa aunque en la punta del cerro. Vivienda y desarrollo de la ciudad de El Alto*. La Paz: PIEB.

Dureau, Françoise

2004 “Sistemas residenciales. Conceptos y aplicaciones”. *Territorios*, vol.1, núm. 1 (enero): 41-70.

Giarraca, Norma

2004 *Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales*. Buenos Aires: CLACSO.

González Casanova, Pablo

1970 “Sociedad plural, colonialismo interno y desarrollo”. En: Fernando Cardoso *et al.* (comps.). *América Latina. Ensayos de interpretación sociológico-política*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

- Guaygua, Germán y Silvia Escobar de Pabón
2008 *Estrategias familiares de trabajo e inserción laboral de los hogares*. Buenos Aires: CLACSO.
- Gutiérrez, Andrea
2012 “¿Qué es la movilidad? Elementos para (re) construir las definiciones básicas del campo del transporte”. *Bitácora Urbano Territorial*, vol. 21, núm. 2 (julio-diciembre): 61-74.
- Groisman, Fernando y Ana Lourdes Suárez
2010 “Segregación residencial e inserción laboral en el conurbano bonaerense. *Población de Buenos Aires*, vol. 7, núm. 11 (febrero): 7-28.
- Jaramillo, Samuel
2009 *Hacia una teoría de la renta del suelo urbano*. Colombia: Universidad de Los Andes.
- Jaramillo, Samuel y Luis Mauricio Cuervo
1993 *La urbanización latinoamericana*. Colombia: Nuevas Perspectivas.
- Katz, Claudio
2016 “El subdesarrollo en los marxistas clásicos”. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, vol. 9, núm. 5 (septiembre): 119-138.
- Lefebvre, Henri
1978 *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
1969 *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Mamani Ramírez, Pablo
2006 “Territorio y estructuras de acción colectiva: microgobiernos barriales”. *Ephemerá. Theory and Politics in Organization*, vol. 6, núm. 3: 278-286.
- Massey, Douglas y Nancy Denton
1998 “The dimensions of Residential Segregation”. *Social Forces*, vol. 67, núm. 2 (diciembre): 281-315.
- Núñez Villalba, Javier
2011 “La localización de las ciudades de Bolivia y el crecimiento acelerado de la aglomeración urbana paceña”. En: Nelson Antequera et al. *Ciudad sin fronteras. Multilocalidad urbano-rural en Bolivia*. La Paz: CIDES-UMSA.

- Portes, Alejandro y William Haler
2004 *La economía informal*. Chile: CEPAL.
- Pradilla Cobos, Emilio
2010 “Teorías y políticas urbanas ¿Libre mercado mundial o construcción regional”. *Estudios Urbanos e Regionais*, vol. 12, núm.2 (noviembre): 9-21.
- Quispe Alvarado, David *et al.*
2011 *Warmis alteñas en el puesto de la vida. Testimonio económico y político de las mujeres del comercio minorista en la ciudad de El Alto*. El Alto: Centro de Promoción de la Mujer Gregoria Apaza.
- Rojas, Bruno y Pablo Rossel
2006 *Destino incierto: Esperanzas y realidades laborales de la juventud alteña*. La Paz: CEDLA.
- Sabatini, Francisco; Gonzalo Cáceres y Jorge, Cerda
2001 “Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción”. *Eure*, vol. 27, núm. 82 (diciembre): 1-34.
- Sassone, Susana
2006 “Migración transnacional y trayectorias residenciales: Bolivianos en el Área Metropolitana de Buenos Aires”. *Párrafos Geográficos*, vol. 5, núm. 2: 135-162.
- Smith, Neil
2006 “La geografía del desarrollo desigual”. En: Bill Dunn y Hugo Radice. *100 Years of Permanent Revolution: Results and Prospects*. Londres: Pluto Press.
- Stébé, Jean Marc y Hervé Marchall
2011 *La sociologie urbaine*. Paris: PUF.
- Topalov, Christian
1979 *La urbanización capitalista*. México: Edicol.
- Tornarolli, Leopoldo *et al.*
2014 “Exploring Trends in Labor Informality in Latin America, 1990-2010”. *Documentos de Trabajo CEDLA*, vol. 159, núm. 1 (mayo): 1-55.

Veschambre, Vincent

2005 “La notion d’appropriation”. *Norois Revues*, vol. 195, núm. 1 (febrero): 115-116.

Wanderley, Fernanda

2009 *Crecimiento, empleo y bienestar social. ¿Por qué Bolivia es tan desigual?* La Paz: Plural editores.

Zunino Singh, Dan

2013 “El subte como artefacto cultural (Buenos Aires, 1886-1944. La historia cultural como aporte a los estudios de las movilidades urbanas”. *Transporte y Territorio*, vol. 9, núm. 1 (julio): 173-200.

Trayectorias infantiles y juveniles en la Amazonía boliviana. Educación, trabajo y movilidades rural-urbanas en el Beni

Sophie Lewandowski

Patricia Urquieta

Robin Cavagnoud

con el apoyo de Ximena Escobar y Daniel Lucano

Introducción

La migración interna en Bolivia es tres veces mayor a la migración externa y produce mayores impactos sociales y territoriales (Mazurek, 2007). Aunque la población urbana crece más rápidamente que la población rural,¹ el mundo rural sigue siendo esencial en la construcción del territorio y de las dinámicas de la juventud, como lo subrayan Soliz y Fernández:

el mundo rural, como espacio físico y como territorio en el que se desenvuelven los jóvenes y desde donde proyectan su vida y se relacionan con otros mundos rurales y con el mundo urbano, incluso en otros países, seguirá siendo un espacio relevante no solo por la producción de alimentos para el país, pese a los cambios registrados en los últimos años, sino porque es un espacio de generación de cultura, de participación en los procesos sociales y políticos. (2014: 12-13)

1 El incremento poblacional en relación a 2001 en el área rural fue de más de 92 mil habitantes y en el área urbana de más de 480 mil (Censo 2012).

Este estudio se enfoca en la mirada en los niños, niñas, adolescentes y jóvenes –NNAJ– benianos de 11 a 28 años que salen del campo para establecerse en pequeños centros urbanos como San Ignacio de Moxos o en ciudades como Trinidad. Busca entender los vínculos que se tejen entre los territorios rurales y urbanos, las motivaciones de los NNAJ y los factores que determinan sus trayectorias de vida. Se desarrolla en la zona amazónica y en particular en los municipios benianos de San Ignacio de Moxos y Trinidad en el Beni (ver mapa 1) por sus bajas tasas de escolarización y sus modos de vida estrechamente ligados a un territorio natural cambiante. Articula métodos cuantitativos y cualitativos mediante un diseño que combina un cuestionario aplicado a 436 padres o madres de familia y una guía de entrevistas que facilitó la realización de 95 entrevistas en profundidad a adolescentes y jóvenes migrantes.²

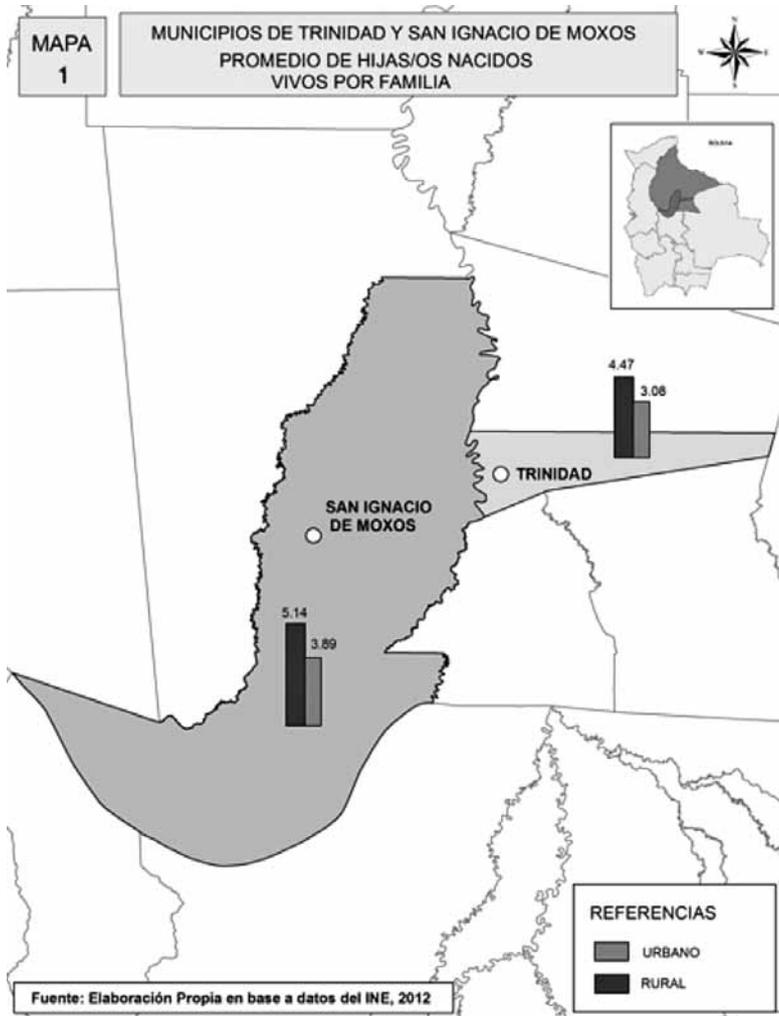
Se concentra primero en la dimensión histórica de la movilidad infantil y juvenil en el contexto del territorio amazónico del Beni, describe luego las particularidades de esta migración –insistiendo en sus características actuales vinculadas al proceso de urbanización y a las necesidades escolares– y finalmente analiza, en trayectorias individuales, las transformaciones engendradas por esta migración.³

1. La movilidad infantil: Un fenómeno histórico relacionado a la ocupación del territorio y a la economía familiar

El territorio beniano ha sido históricamente construido por movimientos de población en ciclos anuales o estacionales. Esta movilidad

2 Los datos provienen de SAVE-MIJ, un programa de investigación financiado por la oficina de Unicef en Bolivia. Agradecemos a Xavier Sire y al equipo de Unicef Bolivia, y a las autoridades, docentes y estudiantes de la Universidad Autónoma del Beni (UAB) que apoyaron esta investigación.

3 En este estudio se entiende la migración como un movimiento no definitivo, realizado por un individuo o un grupo de individuos, desde un lugar habitual de vida a otro y comprobado por un cambio de residencia.



fuere parte de la economía y del modo de vida de las familias benianas desde la época precristiana de la cultura hidráulica de Moxos.⁴

4 Entrevista a Tania Melgar, Trinidad, julio de 2016. Agradecemos a los investigadores especialistas en la zona beniana que accedieron a ser entrevistados, especialmente a Tania Melgar por su análisis sobre las diversas formas de movilidad en la región.

En la época precolombina fueron construidas a mano las lomas o colinas de tierra, algunas de ellas de varios kilómetros de extensión, que servían a las familias para protegerse de las inundaciones en época de lluvias; los rastros hoy en las lomas no derivan solo del sistema de rescate de animales sino también del sistema de cultivo durante las inundaciones y de los movimientos de la población. Este ascenso a las lomas en época de lluvia sigue siendo hoy una práctica. En las etapas de inundación, las familias benianas continúan su vida –familiar y colectiva, productiva y de cuidado de sus animales– en las colinas. Muchas comunidades viven permanentemente en estas alturas; son pueblos que construyeron su hábitat en las lomas y que se juntan con familias o pueblos enteros que buscan las lomas más altas durante las inundaciones extremas, como la ocurrida en 2014. Estas dinámicas son sintetizadas por Cortes:

Los datos arqueológicos disponibles permiten suponer que, desde la raíz de las sociedades originarias del actual Mojos, se fue generando por siglos una relación singular entre estas y la naturaleza, caracterizadas por el manejo complejo e integral del agua, la biodiversidad y la horizontalidad de la tierra que caracteriza estos llanos. Con todas sus complejas mutaciones en el tiempo, este tipo de relación, en sus elementos centrales, ha marcado una impronta en la identidad de las culturas indígenas contemporáneas. En suma, los mojeños siguen siendo hoy, de alguna manera, hombres y mujeres del agua: del agua de la inundación. (Cortes, 2010: 9)

Otra forma muy antigua de movilidad es la búsqueda de la Loma Santa, parte de la cosmogonía beniana y particularmente de la cultura Moxos.⁵ La Loma Santa es un territorio ideal en el que se convive en armonía con la naturaleza, donde los animales para cazar y pescar son inagotables y donde no hay límites ni obstáculos

5 El 32% de la población de Beni se autoidentifica como indígena proveniente de diverso origen. En este departamento se encuentran la mayoría de grupos étnicos de Bolivia: moxeño, sirionó, ignaciano, javierano, loreitano, yuracaré, moré, pauserna, baure, canichana, chacobo, esseja, tacana, chimán, movima, cayubaba, itonama (INE, 2012).

para cultivar o recoger alimentos de la selva. Pueblos enteros salen en busca de la ansiada Loma Santa y terminan instalándose en un nuevo territorio. Estos diferentes tipos de movimientos tuvieron diversas formas según las épocas: durante la colonización y luego durante la República, por ejemplo, campesinos sometidos a la explotación regresaron al campo.⁶ Esta salida de los pobladores urbanos tomó la simbología de la Loma Santa y se la calificó como búsqueda de este lugar sagrado: “Los indígenas trinitarios prefieren la resistencia pacífica y comienza el éxodo en busca de la Loma Santa, reocupando los antiguos hábitats de sus abuelos, entre pampas, bosques y ríos del Isiboro-Sécure” (Lijerón, 2010: 40). Hoy la noción de búsqueda de la Loma Santa no se utiliza de manera frecuente, pero persiste en el lenguaje para significar la importancia del territorio y la salida de las familias para ir a lugares donde es posible vivir con cierto nivel de bienestar. La antropóloga Zulema Lehm registró movimientos colectivos de traslado de esta índole en los años noventa (en entrevista realizada en julio de 2016). En esta forma de migración, los niños siguen a sus familias y el pueblo entero mantiene sus actividades habituales.

La tercera forma de movilidad antigua es aquella de poblaciones enteras que dejan sus tierras para hacerlas descansar y se asientan en tierras nuevas para cultivarlas. La historiadora Tania Melgar describe estos movimientos como circulares: familias que pueden dejar un pueblo entero para ir más allá y construir otro, cultivar por algunos años, dejarlo y seguir adelante, para después regresar al lugar inicial (entrevista realizada en Trinidad en julio de 2016). También Lijerón se refiere a esta práctica: “Poco antes de Colón, y como resultado de aquella desorganización, los habitantes de Mojos solo buscaron complementarse con el ecosistema sin transformarlo, creando una agricultura migratoria en el bosque” (Lijerón, 2010: 40). Esta forma de movimiento poblacional en la que los niños acompañan a sus familias y siguen realizando el trabajo agropecuario parece estar desapareciendo.

6 En la época precolonial las familias vivían de manera dispersa en el gran territorio. Los jesuitas los agruparon en pueblos y así se formaron nueve de las 17 ciudades benianas actuales, antiguas misiones jesuitas.

A estas formas de movilidad de las familias benianas se suman las migraciones de familias de fuera del departamento. La migración de campesinos del Altiplano a tierras bajas es una movilidad de tipo familiar en la que los niños siguen a sus padres que trabajan generalmente en las chacras. Al ser de una raíz cultural distinta, los vínculos con el territorio lo son también. Dadas las políticas de colonización del norte del país propiciadas por el gobierno de Evo Morales, este tipo de migración del Altiplano a las tierras bajas tuvo un crecimiento desde 2010.

El segundo grupo de movilidad externa al departamento es la migración de menonitas: antigua, poco numerosa y cuya característica principal es su uso extensivo de la tierra (uso que tiene un impacto en ciertas zonas por la escasez de tierras disponibles, lo que deja algunas veces sin tierra de cultivo a familias benianas). Otro de los grupos de migración de otros departamentos del país hacia el Beni es de los hacendados cruceños que, al igual que los menonitas, llegan en familia, sobre todo buscando establecerse en el noreste del departamento.

Otra forma de movilidad común de las familias en el Beni es el desplazamiento hacia las haciendas ganaderas con fines laborales. Familias enteras salen de sus comunidades siguiendo al padre de familia que se “empatrona” en una hacienda. Si bien antes este era un sistema que podía calificarse como semifeudal, todavía hoy existen familias que viven en las haciendas por generaciones y a cargo de un patrón, que al proveer de vivienda a toda la familia, se beneficia de la fuerza de trabajo multiplicada a cambio de hacerse cargo además de su salud y educación. Los integrantes menores de la familia aportan al trabajo agropecuario familiar, pero a diferencia de los otros sistemas de movilidad –ascenso a las lomas precolombinas de manera estacional, búsqueda de la Loma Santa y movimiento de asentamientos enteros–, el desplazamiento de las familias a las haciendas y las características del trabajo de sus miembros, incluidos los niños y niñas, parece seguir más bien un modelo de tipo capitalista: se aleja, por ejemplo, de otras formas de participación del niño en la economía familiar, es decir, se trata simplemente de trabajo infantil no remunerado. El impacto sobre

la vida de los niños, niñas y jóvenes se nota en su acceso a la educación. Por el tipo de actividades productivas, muchas haciendas se encuentran muy alejadas de los pueblos con centros educativos y son pocas las que tienen una escuela en la misma hacienda. La fuente de trabajo de los padres –en familias que no tienen otras alternativas de trabajo– parece ser un factor en trayectorias escolares frágiles de muchos niños y niñas. Uno de los jóvenes entrevistados, por ejemplo, no había iniciado la primaria hasta los 12 años porque su familia vivía en una hacienda muy distante y la escuela más cercana era de mala calidad: contar con su mano de obra en la hacienda era más redituable que una mala educación.

También la multirresidencia es una forma común e histórica de movilidad. En el Altiplano, el archipiélago vertical es una forma de aprovechar diferentes niveles ecológicos para la producción y cría de animales de manera complementaria y mediante un sistema de producción planificado y diversificado. En el caso beniano, la multilocalidad y multirresidencia aparecen también como estrategias para complementar y garantizar las economías familiares. Por ejemplo, mediante la posesión de una cabaña a la orilla del río para la época de pesca o para la actividad de extracción de madera, como fuentes alternativas al trabajo en el chaco propio en otro lugar o a diversos otros empleos. Esta forma de multirresidencia puede ser rural-rural o rural-urbana. Esta última forma está presente desde la época jesuita y se ha ido desarrollando en las últimas décadas como una forma de repartir recursos y riesgos económicos en diferentes lugares. En el Beni, las clases pudientes tienen haciendas además de una casa en la ciudad y sus hijos hacen idas y vueltas entre las haciendas, adonde van de vacaciones, y la ciudad, donde estudian. Las familias de escasos recursos pueden migrar a la ciudad pero conservan su chaco: los hijos y a veces la familia entera retornan a trabajar su tierra en épocas de cosecha. En este caso, el trabajo infantil es habitual como aporte a la economía familiar y un intercambio de trabajo al interior de la economía doméstica. Finalmente, hay que considerar la migración del campo a la ciudad sin multirresidencia de familias enteras o de niños, niñas y jóvenes solos; describiremos este tipo de migraciones con más detalle en las dos siguientes partes del artículo (ver esquema 1).

Esquema 1

Formas de movilidad poblacional e infantil en el Beni

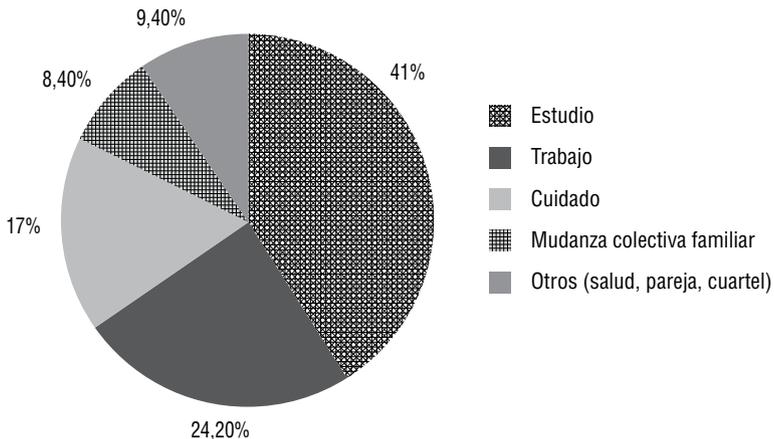
Tipo de movilidad	Niños/as, adolescentes y jóvenes	Prevalencia actual	Temporalidad	
➤ Búsqueda de la Loma Santa	<ul style="list-style-type: none"> - Siguen a la familia - Ayudan en trabajos agropecuarios 	Casi desaparecida	Puntual	
➤ Movimientos de asentamientos para cultivar tierras y dejar descansar otras	<ul style="list-style-type: none"> - Siguen a la familia - Ayudan en trabajos agropecuarios 	Casi desaparecida	Ciclo plurianual	
➤ Subida a las lomas precolombinas en época de lluvias	<ul style="list-style-type: none"> - Siguen a la familia - Vida agropecuaria 	Actual	Ciclo estacional	
➤ Trabajos en haciendas ganaderas	<ul style="list-style-type: none"> - Siguen a la familia - Trabajos con mano de obra agropecuaria 	Actual	Plurianual	
➤ Multirresidencia (haciendas, cosechas, etc.)	<ul style="list-style-type: none"> - Pudientes = haciendas + trabajo infantil rural - De escasos recursos = chacos + trabajo infantil dentro de la familia 	Actual	Ciclo intra-anual	
➤ Salida del campo	<ul style="list-style-type: none"> - Ver estudio 	En crecimiento desde los años 70	Migración	 Salida a otros departamentos o países
➤ Campesinos del Altiplano	<ul style="list-style-type: none"> - Niños siguen a la familia 	En crecimiento desde el año 2010	Migración	
<ul style="list-style-type: none"> ➤ Menonitas ➤ Hacendados de la ciudad de Santa Cruz 				

Fuente: Elaboración propia, 2016

2. La movilidad infantil actual: Preeminencia de la migración urbana escolar

En Bolivia, desde la década de 1970 la migración es un recurso común de mitigación de las condiciones de pobreza, en particular desde las zonas rurales más desfavorecidas y alejadas hacia las ciudades, lo cual ha significado una transferencia de la pobreza dentro del país (O'Hare y Rivas, 2007). La migración infantil rural-urbana actual en el Beni, en concreto, presenta varias causas y formas que subrayan cierta evolución de la economía familiar, y también del lugar del niño y del joven dentro de la familia y de los modos de vida. En nuestra investigación, el 82% de los NNAJ migrantes entrevistados indicaron el estudio, el trabajo y el cuidado (entendido aquí como la atención, la protección, la asistencia) como los principales motivos de su migración.

Gráfico 1
Motivos de migración según los migrantes entrevistados (en %)

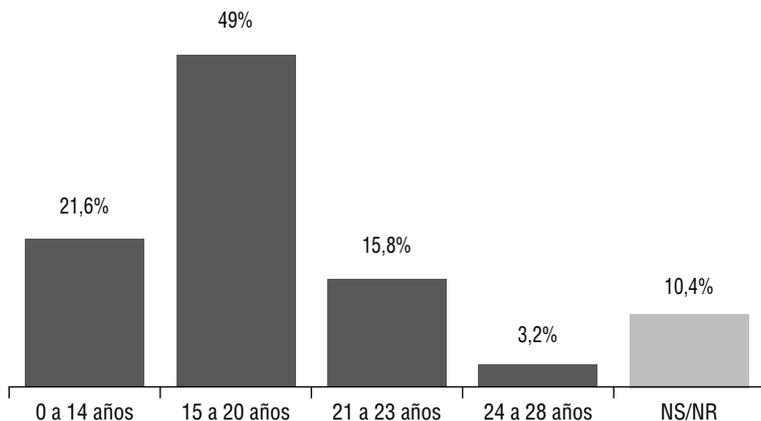


Fuente: Elaboración propia en base a entrevistas, SAVE-MIJ, 2016.

El 41% de los entrevistados migraron por razones de estudio: falta de colegios –en muchas comunidades no existen los cursos de la secundaria–, para acceder a la universidad –en muchas

comunidades donde sí existe formación post bachillerato esta es solo técnica y restringida a la agropecuaria, la veterinaria...— o porque necesitan Centros de Educación Alternativa (CEA) (porque están rezagados). El segundo motivo de migración es laboral (24,2%) y en tercer lugar alguna necesidad de cuidado (16,8%).

Gráfico 2
Edades de la primera salida de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes (en %)



Fuente: Elaboración propia en base a encuesta, SAVE-MIJ, 2016.

Como muestra el gráfico 2, esta movilidad se produce principalmente entre los 15 y 20 años: casi la mitad (49%) de los NNAJ entrevistados sale por primera vez de su hogar en este rango de edad. El paso a la vida adulta se da muy temprano: muchos jóvenes se emparejan incluso a los 15 años y pueden tener uno o varios hijos antes de los 20 años. Como indica un estudio del CIPCA sobre los jóvenes rurales en Bolivia, según la percepción de los adultos se es “joven” en el Beni desde los 10-14 años en el caso de las mujeres campesinas e indígenas y desde los 12-15 años en el caso de los hombres campesinos e indígenas; según los propios jóvenes entrevistados se es “joven” a partir de los 14-15 años tanto en el caso de las mujeres como de los hombres campesinos e indígenas (Soliz y Fernández, 2014: 68-69).

2.1. *Persistencia de la migración por motivos familiares: Traslado doméstico y migración por cuidado*

Una parte de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes migran con toda su familia hacia la ciudad (8,4% de los NNAJ entrevistados). Generalmente el padre de familia o el cónyuge o la pareja de alguno de los padres busca mejores condiciones de vida en la ciudad y una vez que consigue una oportunidad de trabajo se traslada la familia con los niños. Son familias por lo general involucradas en el sector primario de la economía, como la gran mayoría de las familias benianas rurales.

Otra parte de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes migra a la ciudad para buscar la solución de un problema de cuidado (16,8% de los NNAJ entrevistados). Esta necesidad surge en muchos casos por muerte o enfermedad de alguno de los adultos de la familia, pero más frecuentemente por problemas de separación de los padres. Muchos migran a la ciudad solos para vivir con un pariente y/o buscar trabajo. El estudio mostró varios casos de hijos dejados en el campo a cargo de una abuela, otros en una escuela-internado y algunos directamente solos porque los padres separados migraron a otros lugares con sus nuevas parejas. Estos niños y adolescentes (de entre 7 y 15 años) deciden migrar hacia la ciudad incluso teniendo redes de apoyo muy débiles (de personas “conocidas”), como relatan estos testimonios:

Mis hermanos se vinieron acá, mi hermano está viviendo acá y nosotros nos vinimos con mi hermana porque murió nuestra mamá, entonces no sabíamos con quién quedarnos y estuvimos con nuestro papá. Se fue mi hermana a recogerlos y nos fuimos acá, nos quedamos estudiando... (E80)

...no me sé su número de mi madre, mi hermanita se fue con mi mamá. (E11)

Yo me crié con mis abuelos y después ya fallecieron y bueno me vine a vivir con mis tías para estudiar igual, porque allá (Somopae) no tenía con quien quedarme. (E12)

2.2. Migración laboral: De una migración familiar a una migración infantil individual

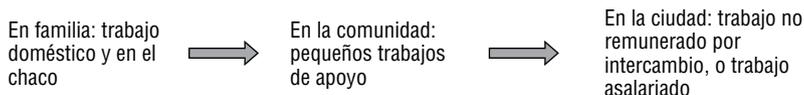
En Bolivia, los niños, niñas y adolescentes comprendidos entre los 10 y 17 años de edad son el 7,6% de la Población Económicamente Activa (INE, 2012); una parte de ellos suele migrar para trabajar. Según nuestro estudio, la migración por trabajo es el segundo motivo más importante de migración (24,2% de los NNAJ entrevistados). Se trata de un tipo de movilidad individual y que responde al deseo de tener una mayor fuente de ingreso, ayudar a la familia, llegar a ser profesional o “salir adelante”. Los varones migran más por trabajo que las mujeres. Muchos jóvenes rurales que se emplean en las vacaciones escolares en la construcción de carreteras u otros trabajos de construcción, y que se albergan en campamentos ubicados en la ciudad, deciden luego quedarse, es decir, que esta circunstancia temporal opera como transición para un cambio hacia la ciudad:

Para encontrar nuevas oportunidades más que todo porque en la casa donde vivía... para ayudar económicamente a mi familia porque éramos varios hermanos y para ayudarle a mi abuela, para que no gaste conmigo yo me salí, me vine a trabajar con una tía que tiene su panadería. (E38)

En el Beni, la construcción sociocultural de la infancia tiene características similares a las de muchas zonas rurales de Bolivia, en particular, el trabajo infantil desde edades tempranas y sin remuneración que es considerado como parte de la educación y del proceso de aprendizaje del niño. Este trabajo puede desarrollarse en la casa, en los chacos, en las actividades de pesca, recojo de madera, cuidado de los hermanos menores, labores comunales o colectivas. Está muy presente en las entrevistas el hecho de que la participación económica de niños, niñas, adolescentes y jóvenes en la economía familiar se presenta como una continuidad directa y aceptada del trabajo doméstico. En este sentido, cuando se presentan oportunidades laborales en el campo, los niños son enviados después de la escuela. A partir de cierta edad y/o después de ciertos acontecimientos de la vida familiar o individual, los niños pueden

ser igualmente enviados a la ciudad para seguir apoyando a la familia mediante el envío de dinero; en algunos casos, el apoyo a la familia consiste simplemente en una boca menos que alimentar. Se opera así una reproducción y desplazamiento de la naturalización del trabajo infantil de la esfera doméstica al lugar de migración.

Esquema 2
Persistencia del trabajo infantil



Una particularidad notoria de estos procesos es que los niños, niñas, adolescentes y jóvenes autoadministran en cierta medida su trabajo. Desde la infancia, reproducen por imitación lo que hacen sus padres e incluso toman, al igual que ellos, la decisión de migrar para buscar trabajo. Esta práctica de búsqueda individual de alguna actividad económica puede funcionar en las comunidades cercanas cuando se trata de pequeños trabajos, pero en las ciudades las condiciones de búsqueda se vuelven más difíciles: se necesita dinero para transportarse, recomendaciones para algunos trabajos y redes de apoyo para despegar, compensar la falta de capital y adaptarse anímicamente. También están los casos en los que, pese a haberse obtenido un trabajo, éste puede ser precario, mal pagado, agotador... En nuestro estudio, el 25% de los entrevistados que migraron por trabajo a la ciudad declararon que sus condiciones laborales en la ciudad eran peores que en el área rural; en general, cuestionados sobre su nivel de bienestar desde que llegaron a la ciudad, el 30% dijo haber mejorado, 20% haber empeorado y 12% estar en iguales condiciones (el restante 38% dijo no poder responder).

2.3. Migrar para estudiar: Motivo esencial de migración infantil rural-urbana actual

Aunque el promedio nacional de asistencia escolar de la población boliviana de 6 a 19 años (87,3%) es solo levemente mayor al del departamento del Beni (84,8%), la tasa nacional de analfabetismo

es 3,1%, mientras la de Beni es mucho más alta, 8,9% (UNFPA, 2001). Específicamente, entre las áreas urbana y rural en el municipio de Trinidad la brecha en los niveles de asistencia escolar es de 6,6% (INE, 2012). Como se anotó antes, según nuestro estudio es evidente que la escasez de infraestructuras escolares rurales de calidad es una de las causas principales de deserción escolar, así como de la migración a centros semiurbanos y urbanos. Muchos NNAJ carecen en sus comunidades de los niveles de secundaria que les corresponden o la oferta que tienen es de mala calidad.

Hay escuela hasta promoción (en Nueva Betania), cuando yo estudiaba allá era el único colegio que tenía hasta la promoción, que venían de varios pueblitos porque hay varios que lo rodean: Estrella de Belén, Abacuya, Nueva Alianza, Begoña, Rosa Onda... (E13)

En Santa Rosa ya no había los cursos superiores y los docentes no habían, faltaban profesores. (E79)

Cuando yo estudiaba allá casi no aprendía nada digamos no, porque no pasábamos clases y así que yo hablé con mi padre le dije que no quería estudiar más ahí porque uno no avanzaba nada no ve, poco interés, casi a veces los profesores se venían a Trinidad, paraban un mes y no pasábamos clases... (E44)

Esta migración escolar (41% de los NNAJ entrevistados) resulta de un proceso de decisión de carácter individual, se produce muchas veces sin planificación (muchos jóvenes de últimos cursos no saben qué van a estudiar y dónde van a estudiar después del bachillerato) y depende a veces de que los migrantes puedan recibir dinero del campo y sean alojados en la ciudad por sus parientes. Generalmente se trata de un tipo de migración “de urbanización sin multirresidencia” pero puede ser también temporal y de salida (ver más adelante, en el Esquema 3, la tipología de migración). Algunos de estos migrantes trabajan para poder estudiar.

Los migrantes que tienen el estudio como principal motivación para dejar su lugar de origen tienen el mismo perfil de familia de la zona, lo que significa que el nivel de educación de los adultos de la familia no es determinante para este tipo de migración. Una vez

llegados a la ciudad, estos migrantes por estudio cambian de modo de vida: dependen mucho más de ingresos monetarios para su alojamiento, transporte, comida, diversión, ropa, etc. Algunos por eso estudian y trabajan al mismo tiempo, aunque en trabajos generalmente precarios: los hombres como mano de obra en empresas de construcción, cuidando motos; las mujeres prestando algún servicio doméstico. Al parecer, la calidad de estos trabajos llega a impactar negativamente en su salud y trayectoria educativa. Por ejemplo, quienes trabajan a la intemperie sufren por el calor y de problemas gástricos debido a la ingesta de agua no potable; las mujeres que trabajan en casas tienen horarios muy extendidos, así que después de un tiempo abandonan sus estudios. Estas dificultades fueron también descritas por Soliz y Fernández (2014), en la Memoria del Taller Nacional de la Juventud Rural realizada por el CIPCA en 2013.

En nuestro estudio se observó que a pesar de que muchos padres de familia comunican el deseo de instrucción a sus hijos, este puede ser un proyecto en permanente postergación debido a la necesidad de cubrir primero sus necesidades vitales. Las mujeres pueden también abandonar sus estudios no solo por la carga de trabajo sino porque se embarazan en la ciudad o porque su pareja no les permite ir a clases por temor a que conozca a otros hombres. El fenómeno de embarazo adolescente no es un fenómeno solo urbano: el Beni es el departamento que presenta las tasas de embarazo adolescente más elevadas del país, que llegan al 30,3% (UNICEF, 2005: 98). Las entrevistas subrayan que existe una naturalización de este fenómeno. Los jóvenes entrevistados así como los adultos describen como normal el hecho de que el primer hijo propio o de sus hijas “no tenga papá”. Obviamente, el primer embarazo cambia las trayectorias de las adolescentes, que dejan de estudiar o se ven obligadas a trabajar. El embarazo también puede ser un factor de retorno porque las adolescentes que se embarazan en la ciudad, en muchos casos, deciden regresar al campo para criar a sus hijos; en otros casos, envían a sus hijos con su mamá o abuela al lugar de origen o regresan para ser ayudadas por sus madres en el cuidado de sus bebés: “mi mamá está cuidando a mi hijo... o sea es como si fuera mi hermanito ahorita él” (E42, 18 años). “Harta chica que no tiene ni 15 años y ya está con hijos...” (E101).

2.4. Otros motivos de migración

Finalmente, una proporción significativa de niños, niñas, adolescentes y jóvenes migran por motivos de unión, salud o para asistir al cuartel (17,8% de los NNAJ entrevistados en nuestra base cualitativa). Varios salen del campo para probar otro modo de vida y para conocer otros lugares, otra gente y viajar. Es una migración que busca cambio y aventura... esta categoría es transversal en el sentido de que los motivos de migración pueden ser el estudio, el trabajo u otros: “Salí para trabajar, para sacarme mejor la vida. Los jóvenes se van de San Ignacio para buscar una vida mejor, para sobresalir más” (E60). Es una migración de aventura similar a la migración “por inconformidad” descrita por Maric en el caso de las migraciones juveniles internacionales, que no son realmente “libres” pero tampoco “inevitables”.

Migraciones inevitables son aquellas condicionadas por la carencia, vale decir sujetos que se ven forzados a migrar porque están en juego sus valores vitales, o sea, su supervivencia y/o la de su familia. Migración por inconformidad es cuando el sujeto tiene la sensación aguda y traumatizante de ser excluido por falta de oportunidades, se siente insatisfecho ante sus condiciones de vida (situación económica, perspectivas laborales, entorno político, afectivo, ambiental, etc.). La noción asociada al término migración opcional condiciona lo que podría denominarse migración libre: el individuo asume la movilización como una opción posible pero no excluyente e inicia su experiencia migratoria sin sentirse sometido a presiones de ninguna naturaleza. Decide partir para satisfacer sus deseos de conocer, viajar y perfeccionarse profesionalmente (Maric, 2009: 127).

3. Vivir en la ciudad: Redes familiares, trajines y trayectorias de adaptación

Los NNAJ migrantes a la ciudad se mueven a través de redes familiares, mantienen prácticas “trajinantes” en el territorio y al mismo tiempo cambian de modo de vida.

3.1. *La importancia de las redes familiares para la migración*

Otro aspecto que resalta en las entrevistas es el carácter precario de la constitución familiar. Una característica de las familias benianas rurales es su fragmentación. Como se dijo líneas arriba, es común que el primer hijo de una mujer joven provenga de una relación sin unión, también que una mujer haya vivido varias separaciones de pareja. Esta precariedad no es común solo a las mujeres sino también a los varones: algunos jóvenes en la zona cargan con la responsabilidad de cuatro hijos a la temprana edad de 24 años. Si a esto se suma su bajo nivel económico y escolar, se trata de padres en situación de incertidumbre y dificultad para enfrentar acontecimientos imprevistos. Lo que en la generación de los abuelos era parte de los ciclos habituales de vida, para las parejas jóvenes se convierte en situaciones complicadas pues deben enfrentar otras coacciones ligadas a la monetarización de la vida y a una cultura de mayor consumo (sobre todo en los pueblos que están más cercanos a las carreteras).

Es previsible que los hijos de estas parejas jóvenes, o de las madres jóvenes solas, estén más desprotegidos (ver migración por razones de cuidado, arriba). En las zonas rurales de nuestro estudio las familias tienen en promedio 4,8 niños (4,5 en el municipio de Trinidad y 5,1 en el de San Ignacio de Moxos⁷). Familias entrevistadas o encuestadas mencionaron 11 e incluso 16 hijos, cantidad que impacta en la forma y la calidad del cuidado infantil. Se observó que en algunos casos los padres de familia hacían un seguimiento distanciado de sus hijos: no recordaban dónde vivían, qué hacían o cuántos nietos tenían. En estas familias numerosas el papel de las abuelas se hace aún más importante, lo mismo que las relaciones fraternas. Al igual que el trabajo infantil, la función de los hermanos mayores como cuidadores de los menores en la comunidad se traslada a la ciudad; muchas redes familiares que apoyan la migración están basadas en relaciones fraternas.

7 Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas, 2012.

Esquema 3

Traslado del campo a la ciudad del rol de los hermanos mayores como cuidadores

Hermanos menores a cargo
de hermanos mayores en el campo



Redes de migración a la ciudad
apoyadas en los hermanos mayores

Si la estructura familiar se hace más frágil por el elevado número de hijos, la edad de los padres y las múltiples rupturas, la familia sigue siendo importante tanto en la toma de decisiones como en la organización de la vida en la situación de migración (aunque de forma diferente a la que ocurre en el occidente del país, como describen Cavagnoud y Bruslé, 2013; Godard y Sandóval, 2008). Indudablemente la decisión de migrar tiene componentes individuales (en la medida en que entran en juego aspectos psicológicos e incluso simbólicos), pero lo colectivo tiene un rol importante. Y es el entorno familiar el que activa las redes sociales y los vínculos tanto con la familia nuclear como extendida:

Según iba a ser útil allá, como mi hermana paraba enfermiza y allá ha dado a luz no ve, a su hijito y que le iba a ser harta ayuda, que allá era la que me necesitaba, según me dijo mi madre por eso me mandó allá. (E61)

Hay trabajo pero cuesta pillar, ahorita uno no conoce y casi no le conocen a uno, si no tiene un conocido pues va a ser difícil pillar, en cambio allá se conoce a toditos". (E2)

Las redes de apoyo familiar funcionan en dos sentidos: por un lado, por el apoyo que brinda o recibe el migrante de su red familiar del campo; y por el otro, por el apoyo que el migrante brinda o recibe de su red familiar de la ciudad. El apoyo de la familia del lugar de origen puede expresarse en términos materiales o no (apoyo con dinero, visitas, envío de alimentos, otros); el migrante puede enviar dinero, visitar a sus familiares, motivar y ayudar a los hermanos menores a migrar, etc. El apoyo de los parientes en la ciudad (tíos, tías, hermanos, etc.) se da principalmente a nivel de la vivienda y en menor medida, en dinero, cuidado, etc. Estas redes de apoyo pueden estar constituidas por amigos de la escuela, madrinas o padrinos,

empleadores. El migrante, por su lado, aporta a la familia en la ciudad con el cuidado de los niños, como un apoyo en las labores domésticas, con los gastos de comida, con el pago parcial de cuentas, etc.

Nuestra investigación evidencia una gran diferencia en el nivel de bienestar de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes migrantes que tienen redes familiares para su cuidado e infraestructuras como teléfono e Internet en sus comunidades: hoy el cuidado de la persona migrante se hace también a distancia. Mientras algunas familias no tienen noticia de hijos o hijas adolescentes que migraron de San Ignacio a Trinidad, otra conversa cotidianamente por *whatsapp* con una hija que vive en Brasil. Esto revela desigualdades en el cuidado a distancia de los NNAJ migrantes a las ciudades provocadas por una brecha en el acceso a las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC).⁸

3.2. *Trayectorias de migración y prácticas trajinantes en el territorio*

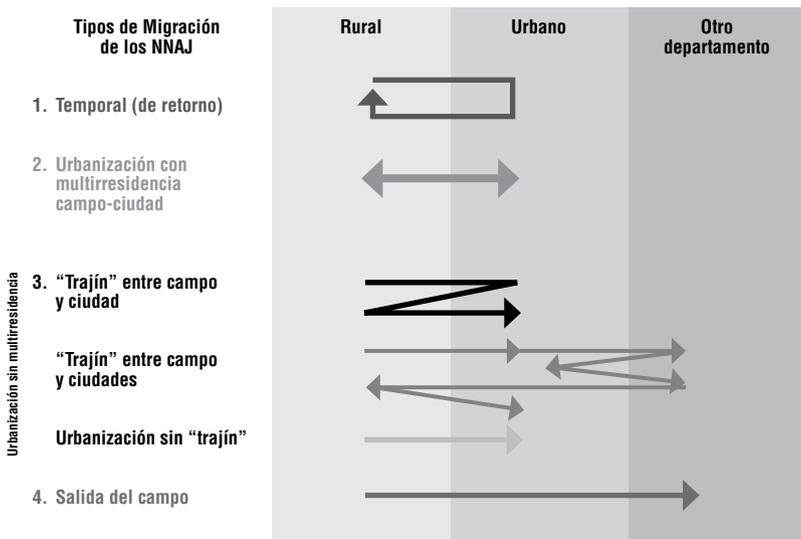
Los diferentes tipos de migración presentan diversas temporalidades (ver también Jochem, 2008). Nuestro estudio determinó cuatro tipos de trayectorias de migración (ver esquema 4): i) la migración temporal y de retorno: el migrante retorna a su lugar de nacimiento (16,8% de los jóvenes entrevistados); ii) la migración de urbanización con multirresidencia: el niño, niña, adolescente o joven migrante emprende idas y vueltas entre la ciudad y su lugar de origen rural en ciertas épocas del año (momento de la cosecha, y cuando ha dejado a sus hijos/as al cuidado de sus padres en el campo, etc.) (5,6% de los entrevistados); iii) la migración de urbanización sin multirresidencia: el migrante regresa al lugar de origen raramente, solamente para visitar a sus parientes y no porque tenga una actividad productiva, cargo o responsabilidad en el lugar de origen (61,7% de los entrevistados); iv) la migración de salida: el migrante tiene un destino

8 En “Datos relevantes del Censo de Población y Vivienda 2012 y de la Boleta Comunal del Primer Censo Agropecuario del Estado Plurinacional” se registra que el departamento del Beni ocupa el penúltimo lugar en el país en cobertura de telefonía celular (30,7%), frente al promedio nacional que es 58%.

ulterior, sale de la zona rural y migra por etapas a ciudades del Beni pero busca salir al extranjero o directamente sale de la zona rural hacia el extranjero (7,5% de los entrevistados).

Aunque la multirresidencia no es una característica muy extendida en la zona,⁹ en la migración mayoritaria (urbanización sin multirresidencia) se observan modos de movilidad en el territorio con múltiples “trajines” entre el campo y la ciudad, así como entre el campo y otras ciudades del departamento y del país, como muestra el siguiente esquema:

Esquema 4
Continuidad rural-urbana en las formas de movilidad
de niños, niñas, adolescentes y jóvenes del Beni



Fuente: Elaboración propia, SAVE-MIJ, 2016.

9 De la misma manera, solo un bajo porcentaje de las familias encuestadas (14,4%) expresó tener otra vivienda, el 63% de éstas destinada a albergar parientes, con mayor énfasis en el área rural (79,2%) que en el área urbana (44,1%). En gran medida, esta segunda vivienda se encuentra en San Ignacio (59,8%), principal destino de la migración interna de Trinidad y localidad importante de la red de municipios del departamento (fuente: encuesta a adultos).

La migración por estudio no es estática, como explican Soliz y Fernández a partir de otros estudios de caso:

En tiempo de vacaciones, hay un movimiento inusitado de jóvenes de las comunidades hacia las ciudades y centros urbanos, pero también quienes estudian fuera de la comunidad, porque tienen condiciones económicas para ello, vuelven a la comunidad para “descansar”, aunque hay quienes se quedan fuera trabajando. (2014: 85)

Los trajines presentan varias formas y muestran cierta continuidad en la apropiación del territorio:

La diversificación en el mundo rural se expresa también en una integración funcional entre lo rural y lo urbano; la transformación de los estilos de vida y los valores que solían asociarse a lo rural, principalmente por el desarrollo de las tecnologías de información y comunicación; y la descentralización política, mediante la cual se busca darle mayor poder a las instancias locales y regionales. (Jurado y Tobasura en Soliz y Fernández, 2014: 27)

3.3. Cambios de vida

Las trayectorias de migración demuestran que los primeros años de llegada son por lo general los más difíciles. Los jóvenes entrevistados describen sentimientos de aislamiento (especialmente los que no tienen parientes en las ciudades), problemas de adaptación a aspectos de la vida urbana como el ruido y el peligro de las motocicletas, la contaminación del aire, la falta de seguridad, la predominancia del dinero:

Acá es con dinero, todos los días... si uno no trabaja pues nadie le da no, en cambio allá en el campo uno a veces tiene plata, ya y come no, yuca, así y bueno que mi padre salía al monte y que cazaba bichos no ve para comer y eso era, en el campo casi con ficha no es porque uno siembra, tiene, tiene para comer... En el campo es más fácil... uno no trabaja para conseguir el alimento porque a veces en el chaco hay plátano, hay yuca... (E44)

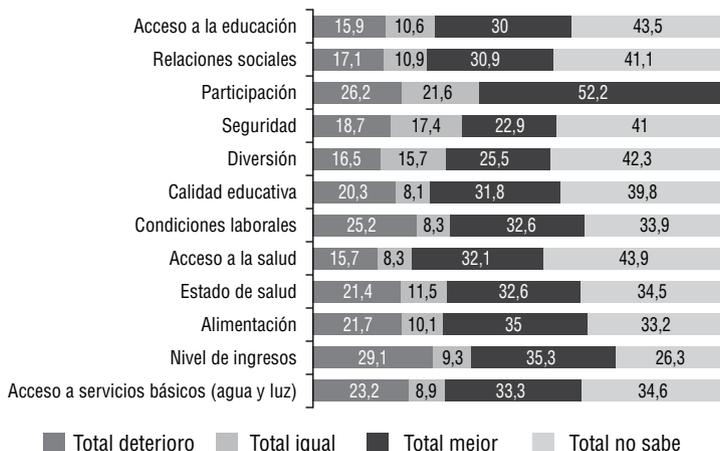
También se mencionan con frecuencia cuestionamientos identitarios y problemas de autoestima frente a una mirada social desvalorizante de lo rural: “Me costó hartito acostumbrarme porque no sabía...” (E11). “Difícil mi adaptación a la ciudad... mis primas me decían ‘pueblerina dizqué’ ” (E38). Estos sentimientos se suman a una sensación de precariedad por la búsqueda de trabajo o en algunos casos por relaciones con empleadores que no los respetan.

En una segunda etapa, después de los primeros tres años, los adolescentes y jóvenes entrevistados describen un cambio de mirada sobre su vida en la ciudad. Mencionan la dinámica urbana como hecha de mayores oportunidades a nivel tanto del estudio, del trabajo y del entretenimiento. Como muestra el siguiente gráfico, la percepción de los padres de familia encuestados es que en la ciudad sus hijos migrantes tienen mayores posibilidades de vida ciudadana, de participación política y de entretenimiento o desenvolvimiento social, lo mismo que mejores salarios, calidad de educación, acceso a servicios y alimentación. Sin embargo, este dato contrasta con la información recogida en las entrevistas en profundidad: en ellas, los adultos manifiestan que en términos de alimentación y seguridad, sus hijos están en una peor situación en la ciudad (en referencia a Santa Cruz y, en segundo lugar, a Trinidad) ver gráfico 3.

Los migrantes con familias que les envían dinero y los visitan muestran mayor bienestar o están mejor en su destino que en el lugar de origen, ver gráfico 4.

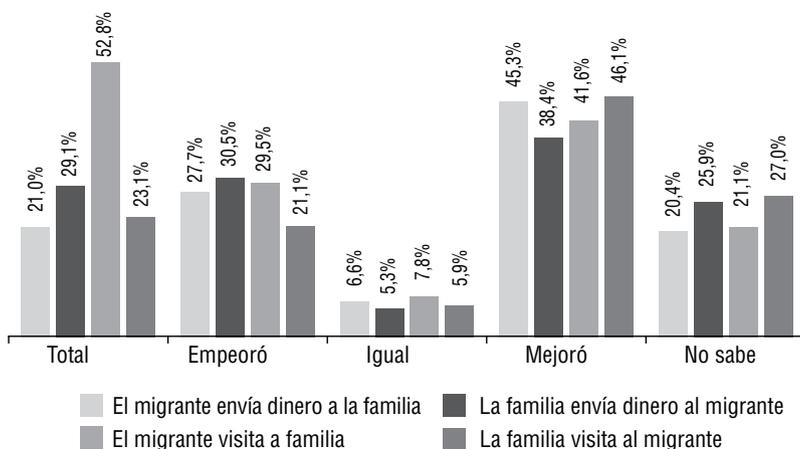
Pero obviamente este perfil de quienes se hallan en procesos de adaptación y de mejoramiento de sus condiciones de vida no incluye a todos los NNAJ migrantes a la ciudad: casi una mitad (42,8%) permanece en modo de subsistencia (36,2%) o de marginalización social (6,6%) ver gráfico 5.

Gráfico 3
Nivel de bienestar de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes migrantes a la ciudad (en porcentaje)

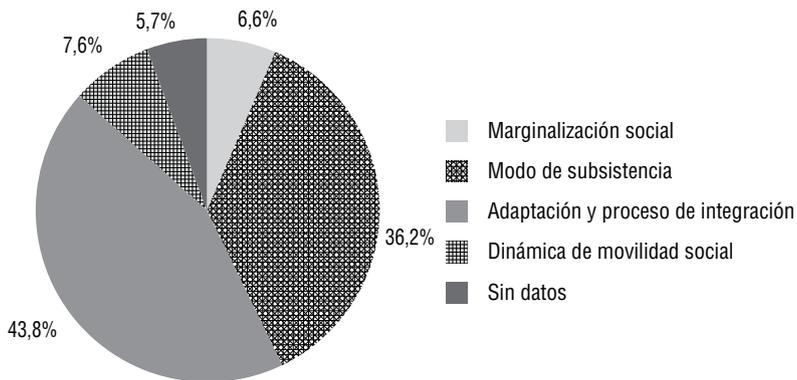


Fuente: Elaboración propia en base a cuestionario, 2016.

Gráfico 4
Nivel de bienestar de los niños, niñas, adolescentes y jóvenes de las familias encuestadas, según envío de dinero y visitas (en %)



Fuente: Elaboración propia en base a cuestionarios, SAVE-MIJ, 2016.

Gráfico 5**Nivel de bienestar de los migrantes entrevistados en la localidad de destino (en %)**

Fuente: Elaboración propia, 2016.

Conclusión

La movilidad infantil y juvenil no es ni un movimiento único uniforme ni es reciente; es, más bien, una práctica antigua en el territorio beniano, desarrollada en el transcurso de siglos en desplazamientos de población ininterrumpidos, de manera puntual, estacional o definitiva. Esta dimensión geográfica e histórica de las movilidades y migraciones en el territorio boliviano en general y beniano en particular puede tener influencia en los fenómenos actuales de migración urbana, en los que se observan cada vez más estrechos vínculos territoriales. Los niños, niñas, adolescentes y jóvenes que viven estas movilidades perciben este hecho de manera naturalizada, al igual que sus padres; la movilidad, la migración y las diversas formas de desplazamiento forman parte de la vida de sus familias hace siglos, lo que cambia son las condiciones y el tipo de trabajos que realizan, y los roles que desempeñan en sus familias y en su economía, o salen de la esfera familiar para volverse trabajos salariales o compensados por patrones, empresas o individuos no conocidos.

La migración actual en la zona estudiada parece ser mayor en la etapa posterior a la adolescencia, entre los 18 y 28 años (51,7%); el 49% de los NNAJ entrevistados para este estudio migraron entre los 15 y 20 años. El motivo principal de salida del campo es el estudio, aunque hay una cierta diferencia entre los sexos: las mujeres migran más por razones de estudio que los varones, tendencia que se invierte en lo que se refiere al trabajo como motivo de salida. La migración escolar representa un desafío para los adolescentes y jóvenes que deben atender las necesidades de la transición a la vida adulta urbana (ingreso a la vida laboral, cambios en las pautas de consumo, relaciones de parejas, embarazo adolescente, etc.).

El cuidado es un aspecto clave del bienestar de los NNAJ migrantes, en el que sobresale la importancia de las redes familiares que brindan apoyo económico y emocional a través de visitas, alojamiento, etc. El acceso a las TIC es importante para el cuidado a distancia. Por otro lado, los NNAJ migrantes se insertan en redes de apoyo mutuo por las que pueden brindar ayuda a miembros de la familia que se quedan en el campo y/o a otros que viven en la ciudad o se encuentran en proceso de migración. Ellos mismos tienen diferentes trayectorias de migración (temporal antes de regresar al campo, urbana con multiresidencia en el campo, urbana simple, de etapa antes de salir del departamento y del país) a menudo vinculadas a trajines de ida y vuelta que reflejan una cierta continuidad rural-urbana.

En general, los NNAJ estiman –según nuestro estudio– haber accedido a una situación de mayor bienestar una vez que están en la ciudad: el 51,4% dice estar en un proceso de adaptación o de movilidad social positiva. Los NNAJ que migran por motivos de estudio tienen una trayectoria más satisfactoria en comparación con aquellos que migran por otros motivos. Los aspectos en que se subraya una diferencia positiva significativa (más de 10 puntos de diferencia) son aquellos relacionados a la alimentación, la educación (acceso y calidad), la salud (acceso y estado) y las redes de participación. Los primeros años de llegada son los más difíciles: se experimenta aislamiento, problemas de adaptación, y

en muchos casos se es víctima de una mirada desvalorizada de lo rural. Después, los NNAJ experimentan una mayor adaptación a la dinámica urbana: encuentran las ventajas del modo de vida en la ciudad (expansión de su vida ciudadana, acceso a participación política y desenvolvimiento social). Pero el proceso no es lineal: no necesariamente transitan de un modo de vida socio-cultural al otro. Como sostiene Jochem: “A fines del siglo pasado nació una nueva forma de considerar el tema (migratorio): la transigración. Este enfoque asume que no se trata de un movimiento unidireccional y único sino que el migrante se mueve entre dos espacios sociales: la comunidad de origen y la comunidad nueva” (2008: 9). Desde nuestro punto de vista, quizá es posible pensar que este movimiento supone no solo estos dos espacios sino además un tercero simbólico: el de la nueva cultura rural-urbana que se construye a través de las trayectorias de migración influidas por experiencias y aprendizajes formales y no formales.

Bibliografía

Cavagnoud, R. y T. Bruslé

2013 “Le matricentrage comme stratégie de protection des enfants. Le cas des migrations internationales de femmes boliviennes. *Autrepart*, núm. 68.

Cortés Rodríguez, J.

2010 “Diez minutos en torno a la identidad beniana”. En: *Cultura e identidad beniana. Memoria del Primer Coloquio Departamental*. Trinidad: Casa de la Cultura del Beni - Gobierno Departamental del Beni - PNUD - ACIDI - Fundación PIEB.

Dirección Departamental de Educación del Beni

2016 “Alumnos inscritos en los colegios del Beni”. *Informe 2016*.

2015 “Cantidad de estudiantes por nivel y unidad educativa”. *Gestión 2015*.

2011 “Información de unidades educativas”. *Gestión 2011*.

- Gobierno Municipal Autónomo de la Santísima Trinidad
2011 *Diagnóstico Municipal*. La Paz: GMAS - FUNDEPCO - OXFAM.
- Godard, Henri y Godofredo Sandoval
2008 *Migración transnacional de los andes a Europa y Estados Unidos*. Lima: IFEA - IRD - PIEB.
- Instituto Nacional de Estadística
2014 *Datos relevantes del Censo de Población y Vivienda 2012 y de la Boleta Comunal del Primer Censo Agropecuario del Estado Plurinacional*. La Paz.
- 2012 *Bolivia: Características de población y vivienda. Censo Nacional de Población y Vivienda*. La Paz.
- Jochem, K.
2008 *Migración juvenil en Bolivia. El desafío de un desarrollo intercultural. Una investigación en el Norte de Potosí y el Chaco boliviano en 2007*. Tesis de grado en Idiomas. Universidad de Passau, Alemania.
- Maric, M-L.
2009 *¿Por qué migramos? Representaciones y factores psicológicos de la migración*. Instituto de Estudios Bolivianos. La Paz: Facultad de Humanidades y Ciencia de la Educación, UMSA.
- Mazurek, Hubert
2007 “Las migraciones internas en Bolivia provocarían cambios en diferentes ámbitos de la sociedad”. PIEB Noticias, 6/07/2007. www.Pieb.Com.Bo/noticia.Php?Idn=1584 (Consulta realizada el 28 de abril de 2016).
- Lijerón Casanovas, A.
2010 “Construyendo nuestra identidad mojeño-amazónica”. En: *Cultura e identidad beniana. Memoria del Primer Coloquio Departamental*. Trinidad: Casa de la Cultura del Beni - Gobierno Departamental del Beni - PNUD - ACIDI - Fundación PIEB.
- O’Hare, Greg y Sara Rivas
2007 “Changing Poverty Distribution in Bolivia: The Role of Rural-Urban Migration and Urban Services”. *Geo Journal*, vol. 68, núm. 4: 307-326.

Soliz, L. y A. Fernández, coords.

2014 *Jóvenes rurales. Una aproximación a su problemática y perspectivas en seis regiones de Bolivia. Cuadernos de Investigación, núm. 81.* La Paz: CIPCA.

UAB

2008 “Diagnóstico del municipio de Trinidad”. <http://www.uabjb.edu.bo/ecominga/documentos/DIAGNOSTICO%20TRINIDAD.doc>

UNICEF

2005 *Bolivia: Equidad y derechos de la niñez. Índice Municipal de Desarrollo de la Infancia, Niñez y Adolescencia (IDINA).* La Paz: UNICEF - UDAPE.

Los mojeños trinitarios: Migrantes de retorno

Daniel Bogado Egüez¹

Hace unas cuatro décadas, las investigaciones antropológicas se concentraban más en el ámbito rural porque se creía que allí se encontraba lo autóctono aún no contaminado por la cultura occidental y por los conglomerados urbanos. Sin embargo y como diría Wolf (1987), los “contactos” con la cultura occidental datan de la época colonial y también desde esa época empiezan los flujos migratorios campo-ciudad.

En Perú, según Golte (2000), los estudios antropológicos sobre la población indígena en el área urbana empezaron a hacerse a principios de los ochenta y se tuvo que reformular sus métodos y supuestos como a la fuerza. Fue el migrante andino Teófilo Altamirano (1984) quien inauguró este tipo de estudios realizados casi a contracorriente de los estudios de las barriadas y de los pueblos jóvenes que desarrollaba la sociología de esa época.

Fue entonces en la Colonia que se inicia el proceso de migración campo-ciudad y lo que determinó la permanencia en uno u otro lugar fueron el tipo y las formas de interrelación entre esos espacios. Algunos pueblos, como los guaraní, chiquitanos y

1 Daniel Bogado Egüez es licenciado en Filosofía, magíster en Ciencias Sociales con mención en Antropología. Es docente y jefe del Departamento de Investigación Científica de la Universidad Autónoma del Beni. Desde 1989 conduce investigaciones sociales con poblaciones indígenas de tierras bajas en el ámbito urbano y rural.

mojeños en Alto Perú (hoy Bolivia), lograron articularse a modelos exógenos porque encontraron en los jesuitas protectores contra el esclavismo de los portugueses y cruceños y apoyaron la fundación de los actuales centros urbanos del Beni. Otros pueblos prefirieron alejarse de los centros poblados pues no se “acomodaron” a la lógica socioeconómica que debilitaba su mundo simbólico: retornaron a los bosques (es el caso de chimanes, yuracarés y sirionós en el actual Beni).

La historia de estos contactos sigue latente en muchos pueblos amazónicos. Por ejemplo, para los mojeños es un proceso que se inició en la época colonial y se mantiene hasta el día de hoy. Pero en esta inserción ¿cuál es el límite entre lo rural y lo urbano?

Nuestra investigación nos conduce a afirmar que para los mojeños lo rural no excluye lo urbano: no hay para ellos una simple división geográfica y, de hecho, lo urbano se convierte en un espacio de continuidad ideológica en el que se produce y reproduce *el estar aquí* desde la periferia. Y decimos *la periferia* porque los mojeños que radican en la ciudad, llamados “puebleros”,² viven en barrios suburbanos con graves problemas de hacinamiento y de carencia de servicios básicos. Se puede decir que se trata de un nuevo estrato “marginal” formado por gente venida del campo.

En este proceso de acercamiento/alejamiento a la sociedad *carayana*,³ los mojeños introducen algo a la ciudad pero también llevan algo a sus comunidades. Traen su forma de organización social, su música, sus costumbres. Llevan la radio, la ropa, el calzado, los farmacéuticos, algunos productos alimenticios y algunas herramientas de trabajo. En este transitar, se van gestando diversos tipos de relaciones: por ejemplo, los compadrazgos y las relaciones laborales con sus “patrones”, relaciones que son movilizadas a la hora de su migración permanente a Trinidad.

2 Se les dice *puebleros* a los indígenas que por voluntad o motivo externo dejan su comunidad y viven en el pueblo o ciudad.

3 *Carayana* viene de la lengua guaraní, *carai*. En su origen el término *carai* hacía referencia a los hombres-dioses, pero en Mojos varios pueblos indígenas adoptaron el término con una connotación peyorativa y para nombrar al *blanco adinerado*.

Pero los mojeños de nuestra investigación no se sienten “migrantes”: afirman que Trinidad es su pueblo, el pueblo que fundaron sus antepasados, y que las idas y venidas a Trinidad las hacen permanentemente. Es decir, no se sienten extraños en su propia tierra, sino que se mueven para mantener y consolidar las relaciones familiares con sus comunidades y sus parientes en Trinidad. Se puede decir que los mojeños migrando a Trinidad son en realidad *migrantes de retorno*.

Aquí nos ocuparemos de describir cómo estos *migrantes de retorno* subsisten en la ciudad, o sea, intentaremos caracterizar las estrategias sociales y laborales de los mojeños radicados en Trinidad.

Colonizaciones y movilidades en el territorio beniano

El pueblo indígena mojeño trinitario, al igual que los baures, son herederos directos del pueblo arawak que vino desde el Caribe y se instaló en Mojos (hoy Beni) en la época prehispánica y que construyeron obras de ingeniería hidráulica como lomas, terraplenes, lagunas, canales y un sistema agrícola en camellones (Denevan, 1980; Clark Ericson *et al.*, 1991; Lee, 1995). Su forma de asentamiento era la dispersión.

En la época colonial fueron concentrados en *reducciones*⁴ y fundaron los actuales pueblos del Beni: Loreto, Santísima Trinidad, San Ignacio, San Javier y muchos más. Este fue el primer momento en que los mojeños vivieron en un área urbana que ellos mismos crearon a través de las *reducciones*. Es decir, es el primer momento de una convivencia entre lo rural y lo urbano, que luego reproducirán. En todo momento estaba presente el retorno a los parajes precoloniales.

En las *reducciones* jesuíticas fue constante la lucha entre la concentración y la dispersión; por eso los misioneros tenían que apaciguarlos constantemente, unas veces con regalos, otras veces

4 Las reducciones o misiones jesuíticas establecieron un sistema sedentario o de ocupación espacial que combinaba las viviendas con las actividades productivas.

con castigos “ejemplarizadores”. Todo para evitar la fuga masiva a los bosques. En este tire y afloje se fueron consolidando las formas de inserción del indígena en la administración colonial a través de su mano de obra y su apego a la religión católica. Sin embargo, ha persistido en el pueblo mojeño su manera de vivir en los bosques.

Las reducciones de Mojos entraron en crisis después de la expulsión de los jesuitas (1767). La nueva administración política y religiosa intentó desde un principio fraccionar la vida comunitaria que los mojeños practicaban en las *chacras* (*chacos*) en el cultivo de algodón y del cacao. Algunos indígenas retornaron a la vida de la selva, otros fueron retenidos para realizar trabajos domésticos.

Con la llegada de la etapa republicana (1825), la suerte del indígena mojeño no cambió para nada, más bien empeoró con el boom de la goma, cuando empieza un proceso migratorio de comerciantes y aventureros *carayanas* a los excentros reduccionales. El ingreso de blancos y mestizos causó un impacto social muy fuerte.

En el norte, los pueblos indígenas fueron diezmados; otros fueron exterminados (caso de los caripunas); los indígenas de los excentros reduccionales –como Trinidad– fueron avasallados y despojados de sus casas, terrenos y bienes productivos. A partir de estos hechos se produjo el despoblamiento de los indígenas de los centros urbanos: se los “contrataba” para el trabajo en los siringales y los centros urbanos fueron repoblados por mestizos y criollos venidos del interior y exterior del país.

El sistema de “contratación” para el trabajo de extracción de la goma seguía el método del “enganche” y “habilito”.⁵ Se reclutaron indígenas varones; en las exreducciones jesuíticas solo quedaban ancianos, mujeres y niños. Gabriel René-Moreno apunta que en Carmen del Iténez quedaban 750 mujeres y solamente 15 varones (1975). Edward Mathews, citado por Block (1997), calculó que entre 1862 y 1872 el Beni perdió un promedio anual de mil hombres “enganchados”. En esta situación de avasallamiento y esclavitud,

5 El “enganche” y “habilito” son una forma de contratación “formal” en las que el patrón da dinero o producto como adelanto para garantizar la mano de obra.

un grupo de indígenas decidió retornar a sus antiguos parajes; así nació el movimiento milenarista en busca de la Loma Santa.

La búsqueda de la Loma Santa y los procesos de retorno

Los mojeños articularon un movimiento mesiánico registrado en la historia boliviana como la “guayochería”. Su estrategia es el alejamiento, no el enfrentamiento directo con los administradores del Estado. Así como habían abandonado los bosques en la época colonial para formar poblaciones centralizadas alrededor de las reducciones jesuíticas, a través de este movimiento retornan a sus antiguos parajes de manera colectiva. Este movimiento indígena es conocido también como “la búsqueda de la Loma Santa” y su precursor fue el líder carismático Andrés Guayocho, de origen itonama.

La interpretación de los móviles que impulsaron la búsqueda de la Loma Santa entre los mojeños tiene variaciones. Riester (1976) sostiene que la búsqueda de la Loma Santa es el resultado del choque de dos lógicas: la de la cultura indígena y la de la sociedad nacional. Los mestizos ingresaron a sus tierras y se adueñaron de sus pueblos: “Los pueblos ya no son de nosotros, son de los karaiyanas ellos nos han botau... todo el ganau es de los señores karaiyana” (Informe 2). “Este pueblo era de nosotros, nos quitaron todo (Informe 4). “Dejábamos este pueblo porque ya los karaiyanas nos fregaron” (Informe 5) (cf. Riester, 1976: 317).

La Loma Santa se presenta como el cambio, el lugar sagrado donde hay alimentos en abundancia, ganado que fue robado y sobre todo un lugar donde se puede vivir en libertad reocupando antiguos parajes y practicando antiguos sistemas de subsistencia basados en la agricultura, la caza, la pesca y la recolección. Riester (1976) sostiene que en la Loma Santa los indígenas encontrarían todo aquello que la soberanía de los *carayanas* les había quitado: libertad y seguridad material. La Loma Santa es el lugar de la justicia.

Pero la respuesta no se hizo esperar. Las autoridades, que observaban cómo se fugaba la mano de obra endeudada, enviaron contingentes armados para hacer volver a los indígenas; sus servicios eran imprescindibles para remar, explotar los cauchales,

cuidar el ganado, transportar el correo y en el cumplimiento de servicios domésticos. Aprehendieron a Guayocho y lo asesinaron.

A la muerte de Guayocho surgió otro líder, el indígena mojeño Santos Noco Guaji, que dirigió estos movimientos y fundó San Lorenzo de Mojos, que se convirtió en su cuartel general y donde no podía entrar ningún *carayana*. Al respecto, Lehm cita el testimonio de alguien que conoció a Santos Noco:

Era muy prepotente, a los comerciantes que no le pedían permiso no los dejaba vender nada, inmediatamente los hacía sacar y al que llegaba y pedía permiso, solamente por 3 días lo tenía en el pueblo... Así era el hombre, no los dejaba que exploten a los indígenas... (Lehm, 1999: 66)

Lehm (1999) traza un seguimiento de este proceso de “migración colectiva” desde 1887 hasta la Marcha por el Territorio y la Dignidad de 1990. Anota que la búsqueda de la Loma Santa, de raíces milenaristas, produce movimientos periódicos de los indígenas mojeños, movimientos que conducen a la reocupación de sus antiguos parajes. Así se fundan nuevas poblaciones como San Lorenzo y San Francisco de Mojos, comunidades pequeñas a lo largo del río Mamoré, en el Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécore (TIPNIS) y en el Territorio Indígena Multiétnico (TIM).

La vida social y económica en estas nuevas comunidades mantiene la estructura de las reducciones jesuíticas. El corregidor es la máxima autoridad y el pueblo se organiza a partir de un núcleo formado por la iglesia, el cabildo y la escuela. Las casas alrededor de la plaza se ordenan en filas; más allá, están los lugares de cultivo. Desde sus comunidades viajan todo el tiempo a Trinidad, en especial para Navidad, Semana Santa y la Chope Piesta.

El retorno de los mojeños trinitarios a Trinidad

Como hemos visto, desde la época colonial los mojeños han transitado entre lo rural y lo urbano. En los últimos cincuenta años, muchas familias salieron de sus comunidades y se establecieron en

Trinidad. Por diferentes motivos: desastres naturales (inundaciones y sequías), inseguridad jurídica de sus tierras (avasallamientos), falta de políticas públicas a favor del sector rural (servicios básicos), estudio de los hijos en cursos superiores y simplemente para probar suerte en la ciudad.

Las familias que llegan a Trinidad se alojan en el Cabildo Indígenal o en casa de algún pariente. Muchas veces estos familiares o amigos los ayudan a encontrar trabajo. Entre los mojeños, estas prácticas de solidaridad y reciprocidad se establecen a través de redes de parentesco consanguíneo o parentesco simbólico como el padrinzago y el compadrazgo del ámbito rural. La movilización del capital social está enmarcada en elementos y atributos tales como la confianza y sobre todo en el espíritu *servicial* que posean los que ofrecen los servicios. Si una persona que ya vive en Trinidad no es *servicial*, los puebleros no acuden a ella por más que sea un pariente de primer grado. Al acudir a una persona o familia que saben *servicial* tienen la plena certeza de que recibirán ayuda.

Los grados de confianza facilitan la reproducción de las redes sociales entre los puebleros mojeños. Juega también un papel importante la fusión de las relaciones de parentesco con los parentescos simbólicos: muchas familias que son parientes en primer o segundo grado son también compadres o padrinos.

Podemos decir entonces que el capital social que movilizan los puebleros mojeños está mediado por relaciones de solidaridad. Son redes que, para Rodríguez (1995), permiten

a los actores proporcionar seguridad, bienes o servicios en un intercambio recíproco de favores entre individuos que se consideren en el mismo nivel social. El intercambio es más flexible cuando más cercanos sean los vínculos y no se limita al aspecto material; cada transacción es computada sobre todo como ayuda o favor recibido, reforzando así un vínculo. (cit. en Burgos, 2001: 51)

Además, perdura en este sistema la lógica y la práctica del *enganche* y *habilito*, que se manifiesta en los “adelantos” y “préstamos” que el inmigrante se compromete a devolver con trabajo, sea este en la ciudad o en el campo.

Si no fuese por la ayuda de algún familiar en Trinidad a la hora de llegada, la situación sería mucho más difícil: los familiares se convierten en la garantía principal en la primera etapa de llegada. Y es a través de estos familiares que los puebleros van tejiendo otras redes, que a la larga generan un provecho, “los sacan de apuros” y posibilitan alternativas y oportunidades laborales, de salud y de educación de los hijos.

Los puebleros primero consiguen trabajos eventuales a través de familiares o amigos; lentamente toda la familia acaba ocupada en actividades económicas tanto en tiempo de agua como en tiempo seco. En tiempo seco, los adultos y jóvenes se dedican a la albañilería, al moto taxi y trabajos eventuales; los niños a lavar y cuidar motos. En tiempo de agua, los hombres se dedican a la artesanía, a la carpintería y a la venta de forma ambulante de productos agrícolas y masitas.

En un estudio que realizamos en Trinidad en el barrio Pedro Ignacio Muiba (Bogado, 2009), comprobamos que las mujeres mantienen un mismo trabajo en ambas épocas (seca y de agua), pues trabajan como empleadas domésticas; garantizan así el sustento de sus familias. Por su parte, las hijas jóvenes trabajan como niñeras o en algún restaurante como empleadas y meseras. También son contratadas y llevadas a otras partes de Bolivia como empleadas domésticas o niñeras; son las que menos retornan.

A partir de entrevistas con jóvenes, pudimos advertir que la migración les acarrea ciertos conflictos de identidad. Por ejemplo, no hablan el idioma materno en el colegio o en público porque son discriminados y como ellos dicen “criticados”, pues el idioma nativo sigue denigrado en la sociedad trinitaria. Y trabajan duramente para vestirse a la moda y no ser criticados por los amigos y compañeros de colegio. Adoptan incluso estereotipos en la vestimenta, el corte de cabello y el uso de aretes.

Una parte de estos jóvenes hace todo lo posible para alejarse de su origen, su idioma, de la forma de vivir de sus padres, a los que consideran en otro mundo, un mundo atrasado, tradicional y sin futuro. Al salir bachilleres, la meta de sus estudios, algunos optan por irse a Santa Cruz o a otro país a buscar trabajo: piensan

que en Trinidad tampoco hay futuro. Es decir, no quieren estar en Trinidad y mucho menos quieren retornar a sus comunidades, que sería para ellos retroceder para quedarse estancados. Tampoco frecuentan el Cabildo Indigenal: es casi imposible que los dejen ingresar para cumplir algún cargo⁶ y comprueban que son organizaciones muy tradicionales.

Para una parte de los jóvenes pero sobre todo para sus padres y madres, el Cabildo Indigenal es sin embargo el espacio para continuar realizando sus actividades culturales y religiosas. El Cabildo los reúne y les da oportunidad de festejar las fiestas que celebraban en sus comunidades rurales. En este sentido, los mojeños reproducen su cultura a través del Cabildo.

Identidad en Trinidad: La Chope Piesta

A través de las fiestas religiosas, los mojeños se sienten *otros*. La categoría del “otro” se contrapone aquí al concepto de “indio”: es lo “diferente”, pero lo diferente con dignidad. Como decía un mojeño hace algunos años: “a mí no me interesa que digan que soy o no soy mojeño, lo importante es que yo me siento mojeño” (Domingo Matareco, San José del Cabitu, 1995).

La participación de los indígenas puebleros en la Chope Piesta, por ejemplo, es una manera de interpelar al mundo *carayana* sobre la legitimidad de vivir en “su pueblo”. Cuando entrevistamos al Corregidor de Trinidad y le preguntamos por qué migró a Trinidad, nos contestó: “Yo no soy migrante, Trinidad es mi pueblo, fue fundado por mis abuelos en la época jesuítica”. En este sentido, tanto los indígenas del Cabildo como los que vienen del campo conciben Trinidad como parte de su espacio geográfico y cultural, un espacio desde el que emerge y se desarrolla su identidad: “La fiesta en general es uno de los elementos en que resurge el actor colectivo central de la antigua misión, ocupando el centro de la ciudad otrora escenario principal de sus actividades. El Cabildo

6 Los cargos en el Cabildo Indigenal son definidos por los mayordomos que viven en el área rural, sobre todo San Lorenzo y San Francisco de Moxos.

Indigenal organizador de la fiesta será la instancia fundamental que hace posible la reocupación de esos momentos y espacios” (CIDDEBENI, 1990: 18).

Durante la Choje Piesta los mojeños operan una toma simbólica de la ciudad de Trinidad. Se esmeran en preparar con lujo de detalles cada momento de su participación: todo debe estar perfecto para el gran día en que los indígenas ingresarán al centro de Trinidad ya no como cargadores ni como venteros ambulantes, sino con altivez, con prestancia y gallardía, como queriendo detener el tiempo en ese instante y sentirse nuevamente dueños del centro de Trinidad. Saben perfectamente que ya no pueden ocupar el centro de la ciudad en forma permanente: “Los pueblos ya no son de nosotros, son de los karaiyana, ellos nos han botau” (Riester, 1976).

Las funciones del Cabildo Indigenal

Cuando están en Trinidad no se sienten extraños, pues argumentan que “Trinidad es su pueblo”,⁷ el pueblo que fundaron sus antepasados. Y han logrado subsistir en ese ámbito urbano no por la intervención de políticas públicas a su favor, sino por la movilización de capital social y cultural. En ello, la presencia del Cabildo Indigenal es un elemento cohesionador de su vida social y simbólica. A través de él, los mojeños articulan su accionar sociocultural en el ámbito urbano.

Por ejemplo, rescatan formas y modos de celebrar. Parte de los aportes para esas fiestas consiste en productos que traen de sus comunidades rurales; otra parte proviene del aporte voluntario de los miembros del Cabildo.

Siguiendo a Grannovetter, se podría decir que en la zona del Cabildo se manifiestan “vínculos fuertes”: se concretiza una especie de “comunidad en la ciudad”. (En cambio, para la inserción laboral se acude a vínculos débiles en el sentido que le da Grannovetter).⁸

7 En muchas entrevistas escuché esta misma afirmación: “Trinidad es mi pueblo”.

8 Grannovetter caracteriza las redes según dos lógicas: los “vínculos débiles” y los “vínculos fuertes”. Los vínculos débiles tienen relación con “conocidos” antes que

Estas redes se expresan en un relacionamiento de tipo horizontal y el parentesco y el paisanaje juega en ellas un rol muy importante. Es como si las fiestas que organiza el Cabildo Indigenal fueran el producto de la confluencia entre lazos de parentesco e identidad étnica.

Los vínculos de solidaridad se practican con más frecuencia con los ancianos, las viudas y los huérfanos. Entre sus manifestaciones más claras están las fiestas religiosas de Navidad, Carnaval y Pascua: la “comunidad” recolecta víveres para preparar el “banquete”⁹ tanto para las ancianas llamadas “abadesas” como para los ancianos “apóstoles” (o los niños huérfanos).

El Cabildo Indigenal es el elemento cohesionador de una identidad cultural. Los indígenas que viven en la zona del Cabildo participan activamente de sus actividades religiosas y son objeto de un “reconocimiento” por parte de las autoridades tradicionales como también de las autoridades religiosas, políticas y municipales. Los mojeños que viven en otras zonas o barrios no participan activamente de la organización: su arraigo cultural es más débil.

A manera de conclusión

Las idas y venidas de los mojeños entre campo y la ciudad se pueden pensar como una historia: En la época prehispánica, vivían dispersos en un vasto territorio; en la época colonial, se congregaron en centros urbanos; en la época republicana son echados pero a través del movimiento de la Loma Santa retornan y adoptan simbólicamente una “vida libre” más sedentaria.

Hoy, para subsistir en el área urbana movilizan un capital social a través de redes de parentesco, consanguíneo o simbólico. Y ahora que los mojeños trinitarios han retornado a “su” pueblo,

con los familiares o amigos íntimos. Los “vínculos fuertes” están asociados a la noción de “comunidad protegida”. Este autor sostiene que la relación con los conocidos, gente con la que se tiene contactos esporádicos, son determinantes para el acceso a nuevas oportunidades de empleo (cit. en Burgos, 2001: 49).

9 El “banquete” puede ser un desayuno, almuerzo o cena que el Cabildo ofrece a los desamparados.

Trinidad, exigen a las autoridades el reconocimiento de su diferencia, exigen que no solo se acuerden de ellos cuando llega una autoridad y los exhiban como “patrimonio cultural”, exigen un pedazo de tierra en restitución de aquello que les arrebataron, un lugar donde puedan vivir con seguridad jurídica y laboral, un espacio para vivir con dignidad.

Obras citadas

Altamirano, Teófilo

1984 *Presencia andina en Lima metropolitana*. Lima: PUC.

Bogado Egüez, Daniel

2009 *Espacio territorial y sociocultural de los mojeños trinitarios*. La Paz: PIEB.

Block, David

1997 *La cultura reduccional de los llanos de Mojos*. Sucre: Historia de Bolivia.

Burgos, María Elena

2001 “Redes sociales: Conceptos y métodos de análisis”. *Revista Tinkazos*, núm. 9 (junio): 45-60.

CIDDEBENI

1990 *Diagnóstico socioeconómico de los indígenas mojeños en la ciudad de Trinidad*. Trinidad.

Denevan, William

1980 *La geografía cultural aborígen de los llanos de Mojos*. La Paz: Juventud.

Erickson, Clark *et al.*

1991 *Estudio preliminar de los sistemas agrícolas precolombinos en el departamento del Beni*. Informes de campo.

Golte, Jurgen

2000 “Economía, ecología, redes: Campo y ciudad en los análisis antropológicos”. En: *No hay país más diverso. Compendio de antropología peruana*. Carlos Iván Degregori, ed. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales.

Lee, Kennet

1995 *Apuntes sobre las obras hidráulicas prehispánicas de las llanuras de Moxos: Una opción ecológica*. Inédito.

Lehm Ardaya, Zulema

1999 *Milenarismo y movimientos sociales en la Amazonía boliviana. La búsqueda de la Loma Santa y la Marcha Indígena por el Territorio y la Dignidad*. Santa Cruz: CIDEBENI.

Moreno, Gabriel René

1973 *Catálogo del archivo de Mojos y Chiquitos*. La Paz: Juventud.

Riester, Jürgen

1976 *En busca de la Loma Santa*. La Paz: Los Amigos del Libro.

Wolf, Eric

1987 *Europa y la gente sin historia*. México: FCE.

Tránsitos en zapatillas de marca: Jóvenes limeños en contextos de crecimiento económico¹

Mariel García Llorens² y Francesca Uccelli³

Presentación

Por casi dos décadas ya, el Perú ha vivido un sostenido periodo de crecimiento económico y de estabilidad democrática. La literatura económica y los discursos oficiales han celebrado dicho crecimiento calificándolo como “inclusivo” en tanto ha permitido que muchas familias dejen de ser pobres. Incluso se habló de la expansión de la clase media, y en particular de las “nuevas” clases medias, no solo en el Perú sino en otros países de la región latinoamericana que experimentaron situaciones similares.⁴ En estos

-
- 1 Este artículo está basado en el libro de las mismas autoras: *Solo zapatillas de marca: jóvenes limeños y los límites de la inclusión desde el mercado*. Lima: IEP, 2016.
 - 2 Licenciada en Comunicación por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), magíster y candidata a doctora en Antropología por la Universidad de California Davis (UCD).
 - 3 Licenciada en Antropología de la PUCP y magíster en Educación y Desarrollo Humano por la Universidad de Columbia; actualmente investigadora principal del Instituto de Estudios Peruanos y profesora del departamento de Ciencias Sociales de la PUCP.
 - 4 En el Informe *Prosperidad compartida y fin de la pobreza en América Latina y El Caribe*, publicado por el Banco Mundial, Louise Cord, María Eugenia Genoni y Carlos Rodríguez-Castelán “definen tres clases económicas: a) los pobres (los que tienen un ingreso per cápita por debajo de US\$ 4 al día); b) los vulnerables (de US\$ 4 a US\$ 10 al día) y c) la clase media (de US\$

análisis, sin embargo, se reduce la noción de clase al indicador de ingreso: dejar de ser pobre estadísticamente se equipara con ser parte de la “nueva” clase media.⁵ Es decir, se asume que el aumento del ingreso viene acompañado de procesos de movilidad social ascendente.

Este artículo recoge los principales resultados de un estudio etnográfico exploratorio de las estrategias, aspiraciones y posibilidades de movilidad social en jóvenes limeños durante este periodo de crecimiento. En nuestro estudio, nos interesaba ver, cualitativamente, en qué consistía esta “inclusión”, queríamos entender qué escenarios de movilidad social reales había traído consigo el actual modelo económico neoliberal “a lo peruano” en uno de los sectores supuestamente más favorecido: el de los jóvenes de familias de la llamada nueva clase media de Lima. Elegimos la ciudad capital porque es ahí donde confluye un tercio de la juventud peruana y donde el impacto positivo del crecimiento económico fue más evidente.

Atendiendo a los aspectos socioculturales de la movilidad social buscamos contribuir a las discusiones sobre nuevas clases medias en América Latina, reconociendo lo difícil que es determinar la estratificación de los grupos sociales en el Perú contemporáneo dada la porosidad de los grupos y los “deslizamientos” entre sus fronteras. Por otra parte, consideramos que esta no es solo ni principalmente una discusión académica pues al examinar en detalle las condiciones de vida, de trabajo y modos

10 a US\$ 50 al día), todo en dólares estadounidenses internacionales del 2005 ajustados en función de la PPA. El resto, las personas con un ingreso superior a US\$ 50 al día, constituyen menos del 3% de la población de la región” (2015: 51).

5 En efecto, Jaramillo y Zambrano reconocen que “la condición de clase media es un fenómeno complejo de carácter multidimensional”, pero que, sin embargo, “la mayor parte de la literatura se centra en la definición basada en ingresos” (2013: 14). Ellos identifican en su trabajo cuatro enfoques metodológicos que miden la clase media a partir de los ingresos “i) el relativo al ingreso mediano; ii) el enfoque de seguridad económica [definición del Banco Mundial]; iii) el enfoque de niveles socioeconómicos; iv) y el enfoque de no pobres-no ricos” (2015: 14).

de relacionarse entre unos y otros, este tema adquiere relevancia política y social: está íntimamente ligado a la vida diaria de muchas familias, al proyecto de país que queremos y al desarrollo de sus futuras generaciones.

A continuación presentamos la ruta teórico-metodológica elegida, las principales características de los casos y luego los principales hallazgos de nuestro estudio. Organizamos el artículo en tres ejes:

—En primer lugar, describimos las variadas y combinadas estrategias de movilidad social, en las que la profesionalización a través de la educación superior y el esfuerzo/emprendimiento individual aparecen como las principales rutas para el ascenso social.

—En segundo lugar, analizamos el marco en el que estas estrategias se despliegan, es decir, una época en la que la capacidad de consumo y el individualismo se consolidan como los valores predominantes y en la que lo privado se produce en detrimento de lo público. En este marco, cultivar un estilo personal es un aspecto central en los modos de relacionarse de los jóvenes y algo a lo que dedican gran parte de su esfuerzo; ellos invierten en su imagen pues esta es su carta de presentación: los objetos que llevan puestos también otorgan (o quitan) estatus, sobre todo los más visibles como las zapatillas y los celulares.

—Finalmente, analizamos además la cultura política de estos jóvenes, que en general consideran que los asuntos políticos no los afectan directamente. Ellos perciben la relación con el Estado como ajena a la clase media, como un asunto de pobres, un mal necesario prescindible solo después de superada esa condición. Se configura así, en el escenario descrito, un sentido de comunidad política más vinculado a la capacidad de consumo que al ejercicio de derechos y el cumplimiento de deberes, lo cual contrasta con la experiencia de sus padres y madres. El artículo concluye comparando intergeneracionalmente las experiencias de los jóvenes del estudio y sus padres y madres a la luz de este contexto de crecimiento “a lo peruano” en el que priman condiciones precarias y desiguales de inclusión.

Rutas teórico-metodológicas y caracterización del grupo estudiado

Nuestra indagación partió de una encuesta de movilidad social de alcance nacional realizada por el Instituto de Estudios Peruanos (IEP) que sirvió para elaborar perfiles de jóvenes urbanos limeños.⁶ Identificamos un segmento de jóvenes provenientes de familias que eran consideradas “pobres” a inicios de los años noventa, que mejoraron sus condiciones y hoy son clasificadas en la literatura económica y estadísticas oficiales como “clase media emergente o vulnerable”.⁷ A partir de estos datos, realizamos entrevistas grupales a jóvenes que coincidieran con este perfil para recoger una diversidad de rasgos que permitiesen brindarnos información acerca de sus distintas experiencias y trayectorias. Siguiendo criterios de educación y trabajo, las entrevistas se realizaron dividiendo a los jóvenes en cuatro grupos: jóvenes que solo estudian, jóvenes que solo trabajan, jóvenes que estudian y trabajan, y jóvenes que no estudian ni trabajan (Benavides *et al.*, 2010). De estas entrevistas se seleccionaron ocho casos, cuatro mujeres y cuatro hombres de entre 18 y 24 años de edad, con quienes se profundizó el estudio mediante un acercamiento etnográfico.

A lo largo de poco más de un año (de mayo del 2012 hasta julio del 2013) conversamos de manera recurrente con estos ocho jóvenes y sus familias. Visitamos sus hogares, sus barrios y sus espacios de trabajo y de estudio. Concretamente queríamos entender: en qué condiciones vivían, en qué se ocupaban, qué consumían y de qué manera se relacionaban con lo político y cómo esto había

-
- 6 La encuesta de movilidad social (EMS 2012) fue una encuesta representativa a escala nacional que puede ser desagregada por ámbito (urbano/rural) y estratos geográficos. La muestra fue de 2500 personas de 18 años y más, en la que el 20% (n = 499) eran jóvenes de 18 a 24 años.
 - 7 Siguiendo el esquema de análisis a través del incremento del ingreso, seleccionamos a jóvenes de familias “no pobres recientes” o “clase media vulnerable” (Jaramillo y Zambrano, 2013), con un ingreso familiar superior en dos veces a la remuneración mínimo vital (RMV), que forma parte del 20% de la población urbana con mayores ingresos (IEP-EMS 2012). El sueldo mínimo a inicios del 2012 era S/. 675; en junio del 2012 se elevó a S/. 750.

cambiado respecto de la generación de sus padres y madres. El análisis de estos casos se hizo en contrapunto con la información de la encuesta y de las entrevistas grupales realizadas previamente, lo que nos permitió situar los casos, ampliar el panorama interpretativo y el alcance de las tendencias identificadas en ellos.

Todos los jóvenes que formaron parte del estudio nacieron en Lima y sus padres o abuelos eran migrantes provenientes del interior del país; todos nacieron a inicio de la década de 1990, en el contexto de una gran crisis económica y de conflicto armado interno, cuando el gobierno de Alberto Fujimori inició las reformas neoliberales en el país. A excepción de un caso, todos terminaron la secundaria y cuatro cursaban estudios universitarios. Respecto de su nivel de autonomía vinculada a su paternidad/maternidad, seis vivían de manera permanente con sus padres y no tenían hijos; dos tuvieron hijos a temprana edad y convivían de manera inestable con sus parejas, volviendo por etapas a la casa de sus padres. En términos laborales, de los ocho casos de jóvenes analizados, cuatro trabajaban en diferentes esquemas laborales (formal o informal, a tiempo completo o parcial, uno incluso había estado involucrado en actividades ilegales), y dos de ellos combinaban el trabajo con los estudios, dos se dedicaban exclusivamente a estudiar aunque con trabajos (“cachuelos”) eventuales, y los dos restantes, ni estudiaban ni trabajaban: una era ama de casa y el otro, el más joven de todos, no tenía una actividad definida y lidiaba con problemas de adicción. A pesar de sus diferentes trayectorias e historias de vida, los ocho jóvenes se identificaron a sí mismos como “clase media”.

En cuanto a las herramientas teóricas utilizadas, el estudio se alimentó, por un lado, de las discusiones dentro de las ciencias sociales acerca de cómo definir clases sociales en el Perú (Delgado, 1967; Plaza, 2007; Hubert y Lamas, 2016); cómo medir la movilidad social (Barrantes *et al.*, 2012; Benavides, 2002; Benavides y Etesse, 2012); y cómo atender los aspectos socioculturales de la movilidad social específicos de la sociedad peruana pero sobre todo limeña (Rochabrún, 2007). Entre esos rasgos, la importancia de la procedencia de las personas (andina, costeña, amazónica, rural o urbana); por ejemplo, las élites urbanas se sienten más “señores”

que el resto y ven a los nuevos limeños como más indígenas, lo que impide posibilidades de movilidad social y el desarrollo de una sociedad más meritocrática (Nugent, 1992). Sobre todo, importan los diferentes modos en los que se rearticula el factor racial con otros, como la educación y los ingresos (Vich y Zavala, 2015). En efecto, como señala de la Cadena (2008), hoy las exclusiones e inclusiones se justifican desde el “espacio conceptual de la economía” (2008: 11): así el mercado excluiría únicamente a aquellos que no pueden consumir (la clase baja, los pobres, los vulnerables). Sin embargo, en estas nuevas categorías se mantienen “las creencias, relaciones y categorías raciales anteriores al multiculturalismo [neoliberal]” (2008: 11) que configuran fronteras a la movilidad realmente posible.

Asimismo, nuestra indagación teórica nos remitió a otro conjunto de autores para analizar lo localmente específico a la luz de debates más globales sobre las formas contemporáneas que adquiere el capitalismo y sus efectos en los modos de organización del trabajo, la vida social y las subjetividades (Sennett, 2006; Lipovetsky, 2002; Harvey, 1998; Mazzarella, 2006), observados –en forma de individualismos– en los casos de estudio.

Estrategias de movilidad social: Educación y emprendimiento

Nuestro estudio confirma que la educación sigue siendo una de las rutas más importantes y legítimas para la movilidad social. El acceso a la educación ha sido históricamente una de las principales estrategias de movilidad social en el Perú (Degregori *et al.*, 1986; Ansión, 1989; Ansión, *et al.* 1998; Ames, 2002), sin embargo, se aprecian particularidades que dan cuenta de las transformaciones de esta estrategia en el contexto del estudio.

En primer lugar, el anhelo por la educación básica ha dado paso al de la educación superior en tanto un sector grande de la población –sobre todo urbana– accede y culmina hoy el colegio. Se percibe que ser profesional hace la diferencia y garantiza mejores condiciones de vida (las carreras técnicas no son tan prestigiosas,

aunque en ocasiones sean más rentables). Las trayectorias de los jóvenes muestran, sin embargo, gran heterogeneidad de rutas: muchos ven sus intenciones de seguir estudiando limitadas principalmente por la escasez de recursos económicos; otros siguen rutas alternativas que, aunque estén socialmente estigmatizadas, son bastante frecuentes entre los jóvenes (tales como el embarazo temprano, el abuso de las drogas o la delincuencia como medio de subsistencia) y que pueden entenderse como formas activas de resistencia en el sentido de Mac Leod (1995).⁸ Por tanto, solo una minoría logra acceder a los estudios universitarios en el contexto de una oferta educativa universitaria que se ha ampliado pero que tiene muy desigual calidad. Si bien a todos los que culminan se les otorga una “credencial” que permite acceder a trabajos profesionales, no todas las credenciales universitarias abren puertas a los trabajos de mayor prestigio (y ascenso social).

En segundo lugar, tan importante como el acceso a la educación es el desarrollo de emprendimientos y sobre todo la capacidad de generar ingresos sostenidos y acumulables. Para los jóvenes y sus padres, ser profesional y trabajar duro es el “combo ganador” y sin duda “ser tu propio jefe”, tener un negocio propio, es un deseo frecuente. Esto se vincula, por un lado, con un contexto en el que se ensalza mucho la figura del “emprendedor” como modelo de éxito a seguir. Por otro lado, tiene que ver con sus propias historias familiares de migración, de conquista de la ciudad a través de emprendimientos y organización colectiva, que forman parte del imaginario de estos jóvenes (Lobo, 1984; Degregori *et al.*, 1986; Golte y Adams, 1987). Aunque ninguno de los jóvenes estudiados había emprendido un negocio propio aún, la mayoría aspiraba a

8 En los casos analizados, las trayectorias de los padres y madres influyen en gran medida en la percepción y eventualmente decisión de los jóvenes de asumir u oponer resistencia al modelo meritocrático. Aquellos jóvenes que siguen rutas alternativas tienen modelos paternos y/o maternos relativamente poco exitosos. Aquí se quiere enfatizar la agencia de los jóvenes, en una suerte de profecía autocumplida: boicotean sus ya escasas posibilidades de educarse y optan por no esforzarse, recurriendo a identidades juveniles alternativas como “la maternidad” o “las pandillas”.

hacerlo; observamos que esta valoración era más importante entre aquellos jóvenes cuyos familiares habían tenido trayectorias exitosas con negocios propios (transporte, textil, restaurante, pensión, vidriería, farmacia, entre otros).

Este ideal emprendedor está además relacionado a la oferta laboral en calidad de trabajadores dependientes a la que acceden estos jóvenes. Si bien existe un mercado con amplia variedad de trabajos, es igualmente cierto que lo que predomina es la precariedad laboral (Chacaltana, 2006; Rentería, 2015).⁹ Aunque algunos puestos son más estables y prometen rutas de ascenso, lo que abunda es la oferta laboral eventual, con largas jornadas, mucho esfuerzo, remuneración reducida, sin beneficios sociales y casi nulas posibilidades de hacer carrera. Como resultado, los jóvenes se sienten estancados, aburridos o frustrados y terminan renunciando y buscando trabajo en otro lugar en donde reinician este ciclo de “constantes aprendices”.

A diferencia de la experiencia de sus madres o padres en una época anterior de organización colectiva y sindicatos fuertes, ellos prefieren renunciar a reclamar. Y ello es algo característico de esta época: la aspiración educativa y la del emprendimiento ha cobrado un marcado carácter individual. Los jóvenes enfatizan en sus reflexiones el rol del esfuerzo y de la motivación personal como la principal variable explicativa del éxito de sus acciones y desconocen o minimizan el apoyo familiar con el que cuentan en la práctica. Del mismo modo, sus fracasos solo dependen de ellos, son ellos los que tendrían que cambiar para “triunfar”. Este discurso “emprendedor” termina por negar otros factores como condiciones laborales injustas. Por lo demás, este ciclo de “constantes aprendices” conviene a las empresas que –gracias a las leyes de trabajo “flexibilizado” resultantes del modelo económico neoliberal– pueden optar por una alta rotación de trabajadores, en lugar de hacerse responsables de los costos que suponen trabajadores

9 Para el año 2012, periodo de nuestro estudio, el empleo formal alcanzaba el 26%, el informal 57% y el informal fuera del sector informal 17% (Rentería, 2015: 56). Esta última categoría hace referencia a condiciones laborales informales dentro del sector formal.

experimentados y permanentes a los que se debe pagar salarios más altos y beneficios sociales (Sennett, 2006).

Entonces, y salvo algunas excepciones, prima la movilidad ocupacional mas no la de ingreso. A su corta edad adulta, la mayoría de los jóvenes del estudio había pasado ya por tres a cinco trabajos diferentes mientras que sus padres o madres tuvieron dos o tres ocupaciones a lo largo de su vida. Esta precariedad laboral tiene una directa relación con situaciones de vulnerabilidad que estuvieron presentes durante el estudio (enfermedades, despidos, inseguridad ciudadana, violencia doméstica), que afectan las trayectorias de las familias y los jóvenes y que –en muchos casos– ni la educación recibida ni el trabajo duro logran revertir.

Cultivando un estilo personal: Individualismo y consumo como modos de vida

Llamamos “individualismo como modo de vida” a un discurso y, sobre todo, a una praxis en la que el individuo es el eje (de logros y fracasos). Esta práctica puede ser observada también en la tendencia juvenil de vivir el momento, de priorizar la satisfacción de necesidades personales y de corto plazo y de invisibilizar el esfuerzo y apoyo familiar que acompañan las trayectorias de los jóvenes.

En este escenario, el consumo juega un rol fundamental entre los jóvenes como medio y como fin, rol que requiere entenderse en el marco de lo antes señalado. Si bien las trayectorias de vida analizadas son diversas, transitan en un mismo contexto cultural de flexibilización laboral, nuevas formas de consumo y autorrealización inmediata que Sennett (2006) denomina la cultura del “nuevo capitalismo”.¹⁰ Como las habilidades y las ocupaciones de los jóvenes cambian constantemente, y ya no se concibe un trabajo de por vida, el ingreso se orienta hacia el consumo. Por eso el salario –en tanto permite el consumo– se convierte en el principal objeto de realización del trabajo, aunque siempre parece

10 Para Sennett, la meritocracia es parte del nuevo capitalismo; sin embargo, esa característica no parece tan claramente aplicable a la realidad peruana.

insuficiente porque la pasión por consumir es inagotable. El consumo forma parte “del corazón de la nueva economía” (Sennett, 2006: 116). Observamos en los jóvenes del estudio una disposición inmediatista a la satisfacción de sus necesidades –en contraposición a la generación de sus padres, preocupados por el ahorro para grandes proyectos de mediano y largo plazo como la vivienda y la educación de sus hijos–. Los jóvenes no parecen estar orientados al futuro, prefieren darse “sus gustitos hoy” y estos son personales, centrados principalmente en ropa, zapatillas de marca, celulares inteligentes y experiencias como viajes y diversión nocturna. Los patrones de consumo son altos en relación al ingreso que reciben y están asociados tanto con una cultura juvenil global que trasciende a la clase social como a aspiraciones de movilidad social.

Dicho de otra manera, aquello que está de moda entre los jóvenes les otorga identidad (como jóvenes y como clase media) en tanto los gustos juveniles están en gran medida globalizados/estandarizados: consumen programas de televisión por cable más que la televisión nacional, tienen o aspiran a tener *smartphones*, usan *Youtube*, “postean” y “paran” en *Facebook*, están al tanto de la moda de temporada y aunque pueden aceptar que la ropa pueda ser “marca chancho” (es decir, no de una marca conocida o probablemente una imitación) las zapatillas deben ser de buena marca. Estos gustos y objetos no solo son marcadores generacionales sino que operan como nuevos marcadores de distinción social (Bourdieu, 1988). De igual modo, mientras la vida de sus padres y madres se restringe al espacio barrial, y a mantener el vínculo y costumbres de sus pueblos de origen, sus referentes son mucho más diversos y deslocalizados; ellos son mucho más móviles culturalmente.

El consumo está además vinculado a la producción de un estilo (imagen) personal, que junto a las estrategias de movilidad por la vía de la educación y los emprendimientos, se concibe como clave para el ascenso social. Por ello, los objetos, muy específicos y visibles, son accesorios “para llevar puestos”: zapatillas, ropa, tecnología.¹¹ Estos definen la pertenencia a una clase media local y una ciudadanía

11 Otros marcadores “que se llevan puestos” son laptops, tablets y mochilas.

global que, como ya señalaba García Canclini (1995) en los años noventa, se parece más a una comunidad de consumidores y clientes que de ciudadanos. “Consumes, luego existes” pareciera ser el mandato que rige la pertenencia a esta nueva comunidad política.

Pero el estilo personal adquirido a través del consumo de bienes iguala solo hasta cierto límite; estas estrategias –y los marcadores que se portan– no siempre logran protegerlos de ser discriminados. Varios jóvenes relataron experiencias en las que se sintieron tratados como inferiores: el rasgo común de estas situaciones de discriminación fue haber sido identificados, en espacios céntricos y tradicionalmente ocupados por la clase media y segmentos acomodados, como provenientes de los “nuevos” barrios limeños (Lima-Norte, Lima-Sur). Ocurrieron también en espacios de encuentro entre jóvenes de universidades de mayor y menor prestigio: portar una credencial universitaria no los hizo “miembros del club”. Por tanto, más que movilidad social, lo que vemos en estos jóvenes es más bien movilidad geográfica y cultural. Y entendiendo que en el Perú la raza no es solamente un asunto de piel, y a pesar de algunos aparentes efectos homogeneizadores de la globalización, encontramos que en la interacción social sigue importando el color de la piel.

La política y el Estado como preocupaciones ajenas

Si la comunidad se define o reconoce a sí misma hoy en día a partir de aquello que sus integrantes son capaces de consumir, esta visión deja fuera a los que no pueden consumir, es decir, a los pobres. La pobreza, para estos jóvenes, ya no es un tema estructural que requeriría cambios sociales, políticos, económicos; se trata más bien de un tema personal. Como en los jóvenes prevalece la idea que el ascenso social es la recompensa a este esfuerzo individual, lo opuesto también es cierto: la pobreza es evidencia de poco o insuficiente esfuerzo. Es decir, en tanto el emprendimiento y la profesionalización son lo más valorado y permiten resolver las necesidades privadamente, solo a los pobres les corresponde

relacionarse con el Estado, en la medida en que recibirán atención estatal *mientras* logran salir de su pobreza, a punta de esfuerzo. Los jóvenes estudiados conciben al Estado como un asunto de pobres y por ello entienden la acción política como ajena y sin mayores implicancias (ni demandas) en sus vidas de nueva clase media.

A pesar de que sus padres y madres formaron su identidad ciudadana y capitalina en constante interacción con el Estado, a partir de luchas colectivas por el acceso a servicios básicos y derechos políticos en décadas pasadas, encontramos en dicha generación también un giro en sus modos de actuar. Actualmente, en tanto ya no son pobres, buscan, en la medida de lo posible, prescindir de un Estado que está altamente desprestigiado. Recurrir al Estado es un asunto de pobres, forma parte de su pasado. Por ello, hoy las familias procuran pagar por una “mejor” educación en colegios particulares. Lo mismo sucede con los servicios de salud y seguridad, y en general, se presume que la provisión de estos servicios básicos es de mejor calidad cuando es privada, aunque ello no sea del todo cierto. La noción de derecho ha cedido y no se reclama por mejor educación, salud o seguridad. Dicho de otro modo, no depender del Estado es un marcador de bienestar y de pertenencia a una clase social más acomodada.

Aquí de nuevo vemos cómo el discurso neoliberal —o *las narrativas del nuevo capitalismo*, en palabras de Sennett (2006)— caló en la gente, los “pobres son ahora individuos”, ya no grupos sociales en situación de riesgo y vulnerabilidad por sus bajos o insuficientes ingresos y su menor acceso a bienes, servicios y oportunidades. En este sentido, el rol del Estado es atender a ciertos individuos mientras salen de dicha situación; por lo tanto, es un rol temporal, paliativo y focalizado (Remy, 2015).

Estas narrativas influyen en los modos en que se cuentan hoy las historias familiares de estos jóvenes. Las historias de migración y apropiación de la ciudad a través de la solidaridad y acciones colectivas de sus familias se van reelaborando retrospectivamente. Si bien se valora y reconoce el rol de las redes familiares y de paisanos en su momento, estas aparecen por la necesidad de llenar el vacío del Estado, que en la mayoría de los casos respondió tarde

y mal a las demandas sociales y no acogió a la población migrante –muchos de ellos huían de la violencia o de la pobreza en sus pueblos–. En las conversaciones con padres y madres aparece un sentimiento recurrente de profundo desprestigio del Estado que supone prescindir casi completamente de él, en una suerte de nuevo acuerdo social tácito en que los ciudadanos no demandan derechos y el Estado no exige deberes.

Conclusiones

En general, encontramos que los jóvenes están en mejor situación que sus padres y madres a su misma edad en la medida en que todos tienen sus necesidades básicas cubiertas gracias al apoyo de sus progenitores.

Si bien al profundizar en detalle en nuestros casos encontramos matices y complejidades, podemos decir que estos jóvenes son más móviles que sus padres en términos de ocupación y de su capacidad de desplazamiento geográfico y cultural: su mundo no se reduce al espacio barrial ni familiar, y sus estudios, opciones laborales, de entretenimiento y consumo los llevan a transitar por muchas *Limas*, ganar experiencias en diversos trabajos. Además, su acceso a la tecnología los conecta con problemáticas, modas y tendencias juveniles globales. Todos estos tránsitos amplían y deslocalizan sus referentes y aspiraciones. Sin embargo, su movilidad social es limitada: todos igualan o superan la educación de sus padres, pero son pocos los que acceden a la educación superior y, cuando lo hacen, esta es de calidad desigual; la oferta laboral es amplia, pero los trabajos formales o informales a los que acceden son temporales y sin mayores posibilidades de convertirse en “carrera”; la remuneración que reciben alcanza para su consumo personal inmediato (de zapatillas, ropa, tecnología, salidas con amigos) pero no para cubrir sus costos de supervivencia/manutención diaria ni para ahorrar en función de proyectos a largo plazo. Mientras que sus padres y madres, la mayoría migrantes internos que llegaron a la capital en edad adolescente, eran a su edad independientes de sus familias

de origen, los jóvenes viven en condición de dependencia o semi-dependencia; situación muy poco cuestionada por ellos mismos.

Vemos entonces que estos jóvenes no siguen la ruta que parecería haber trazado la generación de sus padres y abuelos hacia una profundización ciudadana en términos de derechos políticos y sociales, cuyo interlocutor principal es el Estado y que requiere de la acción colectiva organizada. Lo que encontramos es un cambio de ruta, pues las conquistas de estos jóvenes se dan en otros espacios, específicamente, en el terreno educativo: en términos de lograr la profesionalización y acceder a las “credenciales” necesarias; en el económico: en tanto poder adquirir lo que quieren tener; y en el cultural: en tanto mucho de lo que quieren adquirir responde a gustos y estilos de vida globales.

Así, sus conquistas están asociadas a su capacidad de compra y de consumo individual, y a su participación en el mercado, una diferencia radical respecto de sus padres y abuelos, que cuando eran jóvenes se sentían “conquistadores” de sus derechos y por ello reclamaban y negociaban con el Estado mejores condiciones de vida. Y es que, en tanto el individualismo prevalece, para estos jóvenes no hay mucho que cambiar estructuralmente: “el mundo es así”. La oferta educativa desigual, el trabajo precario y la discriminación aparecen como parte de las reglas de juego en el que el individuo tiene que saber moverse, transitar –educado, con esfuerzo y estilo– sorteando las dificultades y aprovechando las oportunidades.

Obras citadas

Ames, Patricia

2002 *Para ser iguales, para ser distintos. Educación, escritura y poder en el Perú*. Lima: IEP.

Ansión, Juan

1989 *La escuela en la comunidad campesina*. Lima: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y Alimentación, Cooperación Técnica Suiza y Ministerio de Agricultura.

- Ansión, Juan, Alejandro Lazarte y José Rodríguez
1998 *Educación la mejor herencia*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Benavides, Martín
2002 “Cuando los extremos no se encuentran: un análisis de la movilidad social e igualdad de oportunidades en el Perú contemporáneo”. *Bulletin de l’Institut Francais d’Études Andines*, 31 (3): 473-494.
- Benavides, Martín *et al.*
2010 *Ser joven y excluido es algo relativo. Dimensiones cuantitativas y cualitativas de la heterogeneidad de los jóvenes pobres urbanos peruanos*. Buenos Aires: CLACSO.
- Benavides, Martín y Manuel Etesse
2012 “Movilidad educativa intergeneracional, educación superior y movilidad social en el Perú: evidencias recientes a partir de encuestas a hogares”. En: Ricardo Cuenca, ed., *Educación superior, movilidad social e identidad*. Lima: IEP.
- Bourdieu, Pierre
1988 *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Chacaltana, Juan
2006 *Empleos para los jóvenes*. Lima: CEPAL.
- Cord, Louise *et al.*, eds.
2015 *Prosperidad compartida y fin de la pobreza en América Latina y El Caribe*. Washington D.C.: Banco Mundial.
- Degregori, Carlos Iván, Cecilia Blondet y Nicolás Lynch
1986 *Conquistadores de un nuevo mundo: de invasores a ciudadanos de San Martín de Porres*. Lima: IEP.
- Delgado, Carlos
1968 “Para una sociología del arribismo en el Perú”. *Amaru* (marzo).
- Golte, Jürgen y Norma Adams
1987 *Los caballos de Troya de los invasores: Estrategias campesinas en la conquista de la Gran Lima*. Lima: IEP.
- Harvey, David
1998 *La condición de la posmodernidad: investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.

- Huber, Ludwig y Leonor Lamas
2017 *Deconstruyendo el rombo. Consideraciones sobre la nueva clase media en el Perú*. Lima: IEP.
- Jaramillo, Fidel y Omar Zambrano
2013 *La clase media en el Perú: Cuantificación y evolución reciente*. Informe BID, marzo.
- Lipovetsky, Gilles
2002 *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- Lobo, Susan
1984 *Tengo casa propia. Organización social en las barriadas de Lima*. Lima: Instituto Indigenista Interamericano.
- Mazzarella, William
2003 *Shoveling Smoke. Advertising and Globalization in Contemporary India*. Durham: Duke UP.
- Mac Leod, Jay
1995 *Ain't no Makin' It. Aspirations and Attainment in a Low-income Neighborhood*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Monsiváis, Carlos
2005 "Tú, joven, finge que crees en mis ofrecimientos, y yo, Estado, fingiré que algo te ofrezco". *Nueva Sociedad*, núm. 200.
- Nugent, Guillermo
1992 *El laberinto de la choledad*. Lima: Fundación Ebert.
- Remy, Marisa
2014 "El Estado y los pobres. La política social en el Perú, entre la focalización y los servicios universales". Ponencia presentada al seminario: "El Estado como institución en América Latina". Lima, 12 de noviembre.
- Rentería, José María
2015 *Brechas de ingresos laborales en el Perú urbano: Una exploración de la economía informal*. Documento de Trabajo, núm. 216. Lima: IEP.
- Sennett, Richard
2006 *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Asimetría y no linealidad: Procesos migratorios de los asháninka de Ate Vitarte. Lima, Perú¹

*María Claudia Peñaranda Vargas*²

Cuando los medios de comunicación se refieren a la Amazonía son comunes las imágenes de ríos y frondosa vegetación, además de plumas y pintura corporal: es decir, estereotipos sobre la geografía, la cultura y la población amazónicas. Y ¿cómo pensamos en ellos *en* la ciudad? Ya lo decía Soares: “El salvaje fuera de la selva, (casi) camuflado entre los edificios, es pensado como un individuo desubicado, fuera de su propio mundo, en contradicción con la esencia de su ser” (2010: 16). Esta imagen de los migrantes indígenas amazónicos o *indígenas urbanos* en la Lima Metropolitana será la guía de este artículo. Responderemos una pregunta concreta: ¿Cuál el proceso migratorio de los asháninka hacia el asentamiento humano Horacio Zevallos, Ate Vitarte, Lima?

La población asháninka está concentrada en Junín, Selva Central, principalmente en las cuencas de los ríos Ene y Tambo, así como en las cuencas del Urubamba, Alto Ucayali, Bajo Apurímac, Pachitea y Yurua. El asháninka pertenece a la familia lingüística arawak; se registran tres variantes dialectales presentes en Lima,

1 Artículo basado en la tesis *Indígenas urbanos en la ciudad: Aproximación etnográfica al estudio de caso de los asháninka del asentamiento humano Horacio Zevallos, Ate Vitarte.*

2 Licenciada en Ciencias Sociales con mención en Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Perú, PUCP.

correspondientes al asháninka del Ene, Tambo y Satipo, Bajo Perené (Ministerio de Educación, 2014: 142).

Históricamente, se dice que durante el siglo XVII en esa zona hubo una presencia franciscana que tenía como misión evangelizar y civilizar a los asháninka que se encontraban en los márgenes del río Perené. Estos franciscanos fueron expulsados en primera instancia por rebeliones de mineros españoles y, posteriormente, por la sublevación de Juan Santos Atahualpa, gran dirigente indígena que lideró la rebelión para expulsar a los españoles.

Otros hechos que marcaron la historia de la población asháninka: su resistencia a la extracción del caucho, su desplazamiento por el proceso de expansión de la frontera agrícola y la promoción de la migración dirigida hacia la Amazonía, resultado de la actividad minera en sus primeros años. Hacia finales de la década de 1980, muchas comunidades fueron víctimas además de la violencia terrorista, violencia que provocó muertes y desplazamientos forzosos de muchas familias. Como se puede imaginar, todos estos factores explican en parte el abandono de espacios rituales y de subsistencia, así como cambios en los patrones económicos, de ocupación del territorio y de relaciones sociales de los pueblos asháninka.

Trayecto metodológico

El distrito seleccionado para realizar la investigación en Lima Metropolitana fue Ate Vitarte, que es el segundo distrito con mayor número de población asháninka en la capital y en donde además se encuentran los grupos familiares más numerosos (en comparación a otros distritos). Se escogió el asentamiento humano Horacio Zevallos, ubicado en el kilómetro 15,5 de la Carretera Central.

La recopilación de información se realizó del 5 de enero al 1 de marzo de 2015, parte del proceso de elaboración de la tesis de licenciatura en Antropología en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Se trabajó con cuatro familias asháninka, un total de 17 informantes, todos residentes de Ate Vitarte. (Por razones de privacidad, los nombres de las familias y de sus integrantes han sido cambiados).

La investigación fue de corte cualitativo: intentó describir la vida de un grupo de indígenas urbanos asháninka en Horacio Zevallos. Para configurar esa descripción, se realizaron entrevistas semiestructuradas y a profundidad, y observaciones de campo durante momentos familiares, partidos de fútbol y en el templo adventista del asentamiento. Se recurrió además al uso del *relato de migración* –una variante del relato o historia de vida–, lo que permitió profundizar en episodios de la vida del informante relativos al proceso de migración.

Breve trayecto teórico

Tres puntualizaciones teóricas guían este artículo, puntualizaciones sobre el indígena urbano, la movilidad y la migración.

Respecto al *indígena urbano*, Camargo (2011) cree que es indígena urbano todo aquel que *está sujeto al espacio urbano*. Quedan, sin duda, cabos sueltos en esta definición: por ejemplo, los múltiples ámbitos identitarios y los cambios producidos en el nuevo contexto sociocultural. Soares (2010) problematiza el concepto pues considera que hay “más de una situación de urbanidad”; acaso sea necesario explicitar la noción de sociocosmología y de territorialidad, así como el modo de subjetivización y socialización, presentes en el grupo. El mismo autor considera que la urbanidad es un modo de existencia “que se origina en la ciudad pero no termina en ella” (Soares, 2010: 21) y, respaldado en Cardoso (1972), señala la posibilidad de ser indígena tanto en la ciudad como fuera de ella. Esto lo conduce a su noción de “indios en ciudad”. Tomando en cuenta los importantes aportes de Soares y Cardoso, entenderemos aquí por *indígena urbano* a aquel que durante el proceso de migración de su comunidad de origen hacia ciudades intermedias o mayores reconfigura su sistema sociocultural, sin que esto signifique que deja de ser indígena en esos contextos urbanos.

La movilidad o migración hacia espacios diferentes a los de origen es un proceso antiguo que obedece a múltiples causas (Vega, 2013). En el caso de la población amazónica en Lima, se

trata de un proceso migratorio no lineal y asimétrico que abre y cierra posibilidades de participación, incrementa las posibilidades de comunicación, ofrece nuevos espacios democráticos y deja a la población indígena en la periferia y en los márgenes de la toma de decisiones (Vega, 2013: 14). Las situaciones adversas que pasa el migrante al abandonar su lugar de origen, según algunos autores, tienen que ver con aspectos básicos: el tipo de alimentación, las relaciones familiares y sociales, el clima, la lengua, el estatus, entre otros (Atxotegui, 2000: 41). La migración se caracteriza aquí por el desarraigo y la pérdida de comodidades, de las redes de apoyo cotidiano y de la libertad para disfrutar de espacios que se identificaban como propios (Cárdenas, 2010: 66), aunque tengan siempre la posibilidad abierta de recrearse en la ciudad.

El concepto de *movilidad* lo entenderemos aquí como el *constante flujo migratorio*, aspecto que no está presente en la definición clásica de *migración*. En este sentido, y ya que las idas y venidas de la selva a la ciudad en la población asháninka son constantes, se optó por emplear un nuevo concepto, el de *migración móvil* de Lauren Kennedy (2011). En su estudio de la población shipiba del asentamiento humano Cantagallo [Rímac, Lima], Kennedy propone que esa población se encuentra en movilidad física e ideológica constante, lo que amplía al mismo tiempo una red social tendida entre Lima, Pucallpa y sus comunidades nativas. Los llama por eso *migrantes móviles*, con presencias distintas en los distintos espacios que transitan (Kennedy, 2011: 19).

Lima, ciudad de los migrantes (¿amazónicos?)

En el Perú hay cerca de 47 lenguas vigentes, de las cuales el quechua es la de mayor uso. Entre las lenguas amazónicas se encuentran el asháninka, hablado en nueve departamentos, el awajún, en siete, el shipibo, en cinco, y el matsigenka, en cuatro (Ministerio de Educación, 2014: 25). Al hacer una correlación entre las lenguas habladas y la cantidad de investigaciones realizadas por cada población, se obtiene este resultado: hay una gran cantidad de investigaciones sobre

la población andina. En contraste, el número de investigaciones sobre la lengua amazónica más hablada en Perú, el asháninka, es mínimo.

La población de indígenas amazónicos en Lima es cada vez mayor. Como indica Ismael Vega (2013), los indígenas amazónicos para el siglo XXI han empezado a desplazarse de manera creciente a distintas ciudades del país en busca de mejores condiciones de vida y oportunidades para estudiar y trabajar (:11). En Lima Metropolitana la población amazónica migrante se encuentra en los distritos Ancón, Ate, Rímac, Ventanilla y Lurigancho (Chosica). En estos lugares se han asentado las etnias amazónicas shipibo, awajún, wampis, asháninka, kukama kukamiria, kechwa lamista y shawi (CAAAP, 2013).

Arribo a la ciudad: Motivos de la migración asháninka

Las cuatro familias asháninkas del asentamiento humano Horacio Zevallos estudiadas confesaron diferentes razones para iniciar su proceso migratorio. Los años de arribo y sus residencias iniciales en el asentamiento o en otros lugares de la capital también fueron disímiles.

Identificamos, en principio, tres periodos de migración a Horacio Zevallos: el primero de 1987 a 1990; el segundo de 1999 a 2000; y el tercero de 2009 a 2014. Para las familias B y C de este estudio, se podría decir que el primer periodo de migración respondió a una decisión de huir del conflicto armado en la Selva Central de Perú. Así lo dice Luisa: “Vine con mi familia, con un hijito. Mis papás se quedaron ellos todavía allá, después ya vinieron ellos. Por la misma situación del terrorismo más que nada”. Además, también en el caso de las familias B y C, la llegada a Horacio Zevallos no fue inmediata. Fue la matriarca de la familia C la primera en asentarse en el lugar; luego avisó a los demás familiares de la disponibilidad de terrenos en el asentamiento.

En el segundo periodo (1999-2000), la migración de la familia A de nuestro estudio respondió a la necesidad de acceder a mejores servicios de salud (para encontrar una cura a la enfermedad

que afectaba a uno de sus integrantes) y a mejores oportunidades educativas. Luis, por ejemplo, migró para estudiar:

Luis: Yo vine a estudiar. Mi propósito era estudiar, vine con esa propuesta.

Entrevistadora: ¿[Estudiar] qué, instituto, o para acabar secundaria? ¿Cómo fue?

Luis: No, yo había acabado la secundaria ya. Sino que como acá había una opción en la San Marcos, había como un apoyo y lo gestionamos como aborígenes de la Amazonía (...). Por ese medio vine pues a postular en el 2000.

Por último, el tercer periodo (2009-2014) sigue los patrones, al parecer, de una migración que busca la estabilidad económica familiar. Este es el caso de Sofía, que llegó a Horacio Zevallos por una oportunidad laboral de su esposo. Sergio llegó a la ciudad para curarse de un daño que le habían hecho, pero su estadía en Lima la dedicó a obtener dinero para poder pagar su tratamiento. En este periodo, el tercero, son las oportunidades laborales que ofrece la capital el principal motivo para migrar. Así lo explica Sergio: “Yo por motivos de salud vine acá solo, aquí me quedé y me he conseguido un trabajo. Y ahí estoy trabajando. Mi esposa está allá con mi hijo... estaba estudiando ahí... en el estudio allá se quedó”.

En los dos últimos periodos la llegada a Horacio Zevallos fue directa: no se constató residencias en lugares intermedios. Esto porque el arribo al asentamiento es respaldado por familias que ya habían llegado antes al lugar, asegurando así la obtención de un terreno propio o un lugar desde el cual independizarse posteriormente.

La delimitación de estos tres periodos coinciden con los hallazgos de la investigación de Vega (2013), que determinó un rango de años más prolongados: el primero de 1985 a 1995; el segundo de 1996 a 2000; y el tercero de 2001 a 2011. En la misma línea de lo hallado en Horacio Zevallos, Virtanen (2012) menciona que también fueron los conflictos internos, el trabajo en las organizaciones indígenas y otros trabajos las causas de la migración a la ciudad hacia finales de 1980; el acceso a la educación fue el

segundo gran motivo del traslado (Virtanen, 2012: 101). Esta autora sostiene además que, tanto para los jóvenes de la ciudad como para los de la Amazonía de Brasil, existe una característica en común: la preocupación por la educación. Esta necesidad de una mejor oferta educativa se aprecia también en los indígenas urbanos de Ate Vitarte.

Fue durante la década de los años 80 que se crearon las primeras organizaciones indígenas del país, con sede en Lima: la Asociación Interétnica de Desarrollo de la Selva Peruana (AIDSESP) y la Confederación de Nacionalidades Amazónicas del Perú (CONAP), espacios que permitieron a sus miembros adquirir una visibilidad pública en la capital. Muchos líderes optaron por quedarse más tiempo en la ciudad o vivir en ella (Vega, 2013: 14). Estos hechos coinciden con la llegada de la familia C a la ciudad en 1987.

En términos generales, entonces, nos estaríamos refiriendo a una migración móvil y, en algunos casos, clásica familiar, como la que se presenta para el caso de los kichwa lamistas, shipibo y awajún que residen en el distrito de Ate o Ventanilla (Vega, 2013). Si bien es cierto que los años de arribo de las cuatro familias asháninka estudiadas aquí coinciden con los intervalos de tiempo propuestos por Vega, valdría la pena seguir realizando estudios sobre las nuevas causas de migración hacia la ciudad y, así, identificar cambios y permanencias en el tiempo. Además, no se sigue un único ni exclusivo patrón de residencia ya que los desencadenantes de la migración móvil son diferentes intereses personales y/o familiares.

Para las cuatro familias asháninkas aquí estudiadas, la tenencia de un terreno propio marca un hito importante en su patrón de residencia. En primer lugar, tener una casa propia asegura que la persona asháninka se establezca de forma más estable en el lugar, dejando de lado la inestabilidad de una residencia que depende del pago de alquileres, en diversos distritos de la ciudad. En segundo lugar, tener un terreno o una vivienda propios permite acoger a los familiares que llegan a la capital por distintos tiempos y motivos, tales como la salud, la educación y el trabajo o para establecerse en la ciudad. De estos últimos, se observó que la mayoría llegó por vez primera a la casa de los padres de familia, el siguiente paso

fue la independización por medio de un lote propio, muchas veces conseguido a través de las invasiones a terrenos en las laderas de los cerros de Horacio Zevallos.

Movilidades múltiples

Los viajes desde Lima a la selva y viceversa se dan de forma espontánea y recurrente o recurrente y programada. Durante los años 2005, 2011-2012 y 2014 la gran mayoría de los asháninka de Horacio Zevallos viajó por motivos familiares, ya sea para visitar a los parientes que están en la selva o para visitar a aquellas personas que viven en la capital. Así lo comentan Jaime y Luisa:

Jaime: Sí, he regresado varias veces, de paseo, de vacaciones... al año vamos a la selva, todos los años vamos.

Luisa: Sí, siempre estoy... mis papás están allá, mi hijo mayor está allá. Hace poco he estado por allá. A veces tengo la necesidad de volver para allá y allá estoy.

Un segundo motivo es el viaje a la selva para trabajar en la chacra, para obtener un ingreso económico mediante un contrato para trabajar la tierra o por la venta de la cosecha en la ciudad.

Respecto a los lugares de arribo a la selva, el distrito de Pichanaki (Chanchamayo, Junín) y el distrito de Puerto Bermúdez (Oxapampa, Pasco) son los más visitados. Horacio Zevallos y otros distritos de la capital fueron los lugares de destino para Juan, María y Saúl.

En el caso de los miembros de la segunda generación de migrantes en la capital, solo uno de ellos reside en Horacio Zevallos y va a la selva de forma regular. Los demás familiares, pertenecientes a la tercera generación de migrantes en Lima, en su mayoría no mantienen un patrón regular de regreso a la selva.

En la mayoría de los casos, los viajes entre la ciudad y la selva se realizan por las siguientes razones: 1) para visitar a amistades o familiares; 2) para acceder a mejores oportunidades educativas, culminar estudios escolares o iniciar la educación técnica y/o superior;

3) para aprovechar servicios de salud a cargo de médicos; y 4) para materializar oportunidades laborales, siendo el trabajo en la chacra –cuando se regresa a la selva– y la venta de la cosecha –cuando se regresa a la capital– oportunidades económicas rentables por un periodo finito. A diferencia de las zonas andinas, el trabajo de la chacra en la selva está limitado por el tipo de cosecha estacional.

Intercambios migratorios: Materiales y afectivos

En los procesos migratorios de los asháninka de Ate Vitarte se identificó un intercambio de bienes con una carga sociocultural interesante. Se trata del intercambio de encomiendas, ya sean de frutas, víveres o dinero, entendidas como un mecanismo de comunicación entre los familiares asháninka de Horacio Zevallos y de la selva que, según el caso, responde a la ayuda ante alguna necesidad o a la entrega de insumos locales como una manera de acortar distancias, aunque sea alimenticias.

Las encomiendas son el medio que permite que dos contextos diferentes permanezcan interrelacionados: los migrantes de Horacio Zevallos reciben los frutos de la selva y los familiares de la selva, los insumos de la ciudad. Comenta Ana: “A mi papá, todos mis hermanos le mandamos fin de mes. Le mandamos víveres. Cada uno ponemos y todos mandamos. (...) Mi papá siempre me manda fruta, plátano, todo lo que hay en la chacra”.

Por otro lado, las alianzas matrimoniales se diferencian según la generación. Para el caso de la tercera generación de migrantes a la capital se han establecido alianzas matrimoniales con migrantes andinos, costeños y amazónicos. La situación es diferente para los integrantes de la segunda generación: las alianzas matrimoniales se han dado principalmente con otros asháninka o con miembros de otras etnias amazónicas como los yánesha y kukama. Estas uniones matrimoniales diferenciadas entre dos generaciones son reflejo de los nuevos espacios de socialización de los migrantes asháninkas en la capital. Estos espacios se recrean con nuevos “consumos”: otra alimentación, otra vestimenta, otra forma de vivir el ocio,

como el deporte y la religión (en templos adventistas) y con la interrelación que tienen con sus vecinos, compañeros de trabajo y familiares. El círculo de socialización de los asháninka de Ate Vitarte se complejiza.

Reflexiones finales

El asentamiento humano Horacio Zevallos en Ate Vitarte es uno de los lugares escogidos por los asháninkas para residir en la capital (además de otros distritos de Lima Metropolitana como La Victoria, San Borja, San Juan de Miraflores, San Miguel, etc.). ¿Cómo podríamos entender la ciudad desde la perspectiva de los asháninka? Miguel Alexiades y Daniela Peluso nos ofrecen algunas ideas al respecto. Para estos autores, el término *urbanizaciones indígenas* hace referencia a un proceso que es simultáneamente simbólico, político y físico, y que incluye dimensiones espaciales distintas, dentro de las cuales están las migraciones cíclicas y de retorno, así como múltiples formas de ocupación y residencia (Alexiades y Peluso, 2015: 4). La experiencia de los asháninka de Horacio Zevallos corrobora esta idea.

Como también sostiene Sánchez (2012), los procesos sociales aquí descritos tienen que ver con transformaciones no solo físicas sino también ideológicas, lo que hace insuficientes las categorías dicotómicas que se han usado tradicionalmente para explicar las diferencias entre zonas urbanas y rurales: ciudad vs. naturaleza o modernidad vs. tradición. En el caso de las familias asháninka de Horacio Zevallos (y posiblemente entre los asháninka que viven en otros distritos de Lima Metropolitana) se configuran patrones de residencia permeables, en los que se evidencia que las prácticas culturales, los artefactos, el tipo de consumo y el idioma hablado recrean espacios sociales que interrelacionan continuamente a los asháninka que viven en la Amazonía con los que viven en la capital. En este sentido, *la liminalidad* mencionada por Sánchez (2012) podría ser una de las características principales encontradas en el

proceso migratorio de los asháninka de Horacio Zevallos: Nunca están “tan aquí, ni tan allá”.

Bibliografía

- Alexiades, Miguel y Daniela Peluso
2015 *Indigenous Urbanization in Lowland South America*. Canterbury: University of Kent.
- Belli, Fiorella
2014 *Asháninkas trabajando en la ciudad: Dinámicas, estrategias y dilemas de la migración laboral indígena en Satipo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Camargo, Leila Maria
2011 *Viver entre dois mundos: Uma análise das práticas discursivas das mulheres indígenas da cidade de Boa Vista-RR sobre o direito de ser índia urbana*. Mestrado. Universidade Federal de Roraima.
- Cárdenas, Manuel
2010 “Estrategias de aculturación, indicadores de salud mental y bienestar psicológico en un grupo de inmigrantes sudamericanos en Chile”. *Salud y Sociedad*, núm. 1: 51-70.
- Cardoso de Oliveira, Roberto
1972 *Urbanización y tribalismo: la integración de los indios terena a una sociedad de clases*. México D.F.: Instituto Indigenista Interamericano.
- CAAAP, Terra Nuova
2013 *Diagnóstico situacional de los pueblos indígenas amazónicos en Lima Metropolitana*. Lima.
- Kennedy, Lauren
2011 “La pobreza móvil de los migrantes shipibo-conibo: Una investigación de la influencia de la migración en la cosmovisión shipibo-conibo de Cantagallo-Rímac, Lima”. *Independent Study Project (ISP) Collection*. Paper 1080.

Ministerio de Educación

2014 *Documento nacional de lenguas originarias del Perú*. Lima: Dirección General de Educación Intercultural, Bilingüe y Rural.

Peñaranda, María Claudia

2015 *Indígenas urbanos en la ciudad: Aproximación etnográfica al estudio de caso de los asháninka del asentamiento humano "Horacio Zevallos" - Ate Vitarte*. Tesis de Licenciatura en Antropología. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Sánchez, Luisa Fernanda

2012 *De totumas y estantillos. Procesos migratorios, dinámicas de pertenencia y de diferenciación entre la Gente de Centro (Amazonía colombiana)*. Tesis de Doctorado en Sociología. París: Université Sorbonne Nouvelle.

Soares, Eduardo

2010 "Aldeias urbanas ou cidades indígenas? Reflexões sobre índios e cidades". *Espaço Ameríndio*, vol. 4, núm. 1 (enero-junio): 9-30.

Vega, Ismael

2013 *Buscando el Río. Identidad, transformaciones y estrategias de los migrantes indígenas amazónicos en Lima Metropolitana*. Lima: Terra Nuova, CAAAP.

Vigilante Amazónico

2017 Red de vigilancia amazónica para los conflictos socioambientales. [<http://vigilanteamazonico.pe/pueblos-indigenas/el-pueblo-ashaninka.html>]. Consulta: 24 de setiembre de 2017.

Virtanen, Pirjo Kristiina

2012 *Indigenous Youth in the Brazilian Amazonia: Changing Lived Worlds*. New York: Palgrave Macmillan.

Libros

Lorena Córdoba, Federico Bossert y Nicolás Richard, eds.
*Capitalismo en las selvas: Enclaves industriales
en el Chaco y Amazonía indígenas (1850-1950)*
San Pedro de Atacama: Ediciones del Desierto, 2015
316 pp.; ISBN 978-956-9693-02-1

Sobre el capitalismo en las selvas

Isabelle Combès

A mediados del siglo XIX empiezan a consolidarse los jóvenes países latinoamericanos nacidos de las independencias. Forjan su identidad nacional, propugnan su fortaleza económica a través de las industrias extractivistas en particular y su inserción en el capitalismo mundial; buscan también, literalmente, sus confines y límites a menudo borrosos, inexplorados o disputados por los vecinos. “Orden y progreso”, el lema positivista que adorna la bandera del Brasil, está en todas las agendas. Es el norte que orienta la exploración de los territorios donde empiezan a despegar las industrias del caucho y las empresas madereras: el “infierno verde” del Chaco o de la selva amazónica, tierras “vírgenes” en el imaginario nacional, manchas blancas en los mapas geográficos, pero territorios indígenas también y, sobre todo, en los cuales las nuevas actividades dejarán una impronta indeleble hasta hoy.

Ingenios, barracas u obrajes no son escenarios comunes para los antropólogos, que suelen tener como terreno predilecto la comunidad indígena, el campamento, o cualquier otro espacio (relativamente) “tradicional”. El indígena capataz, zafrero o peón a sueldo recibe menos atención que el chamán o el curandero. Por eso, si bien los diversos auges económicos del siglo XIX e inicios del XX han sido objeto de investigaciones por parte de historiadores, economistas o politólogos, rara vez llamaron la atención de los antropólogos; cuando lo hicieron, fue con un previsible lamento,

deplorando la esclavitud de los trabajadores indígenas, el trabajo forzoso, las deudas imposibles de pagar, las inhumanas condiciones laborales, la miserable paga, el alcoholismo, la aculturación y toda una serie de catástrofes similares. Este libro nos desafía a ensanchar la mirada y matizar este sombrío panorama. En él se reúnen 16 autores para abordar la difícil problemática de las relaciones entre los pueblos indígenas locales y los nuevos frentes económicos que se abrieron a partir de mediados del siglo XIX en tres escenarios diferentes: las industrias del caucho en la Amazonía (Bolivia, Perú, Brasil), del azúcar en los confines del Chaco (Norte argentino) y de la madera y el tanino en el Chaco paraguayo. Aunque unidas por el común denominador de la industria y del trabajo indígena en ella, estas son situaciones disímiles; las diversas miradas de los autores de este libro son prueba de ello.

No se trata por supuesto de ir a contramano de los lamentos y afirmar que no existieron ni esclavitud, ni malos tratos y consecuencias sociales y culturales indelebles de las industrias extractivistas sobre los pueblos indígenas. En mayor o menor medida, todos los textos de este volumen mencionan la explotación o la coacción –el que más enfatiza este tema es sin duda el de Marina Weinberg y Pablo Mercolli (“Azúcar amargo”) sobre la lamentable situación de los *kollas* enganchados en el ingenio azucarero de San Martín de Tabacal. Aun así, los autores pretenden (y logran) restituir a los indígenas su papel de protagonistas de su historia –su “agentividad” para emplear un término de moda–, que hizo que la muerte, la esclavitud y la explotación no fueran fenómenos inexorables e inevitables: la desmedida avidez por los bienes manufacturados, los lazos de compadrazgo forjados a veces entre indígenas y caucheros, los trueques entre trabajadores “blancos” e indígenas, las ventajas que suponían el “carnet de enganche” en los ingenios. Estos hechos requieren otra explicación y otras miradas que las que solo enfatizan la opresión y la explotación.

Es así que, en el caso wichí, Rodrigo Montani (“El ingenio como superartefacto”) discute la apropiación por parte de los indígenas de las “cosas” (se trate de vestimenta, de la yerba mate, del dinero o de la lengua española) ofrecidas por los ingenios. Lejos

de una recepción pasiva de lo nuevo, o del inicio del camino hacia una aculturación anunciada, esta apropiación se desarrolla a partir de las reglas de convivencia wichí y, si bien los nuevos objetos reconfiguran una realidad, es inscribiéndose en la sociedad y la cultura indígenas. De la misma manera, y a partir del mismo caso etnográfico, María Cristina Dasso y Zeldá Franceschi (“La representación wichí del trabajo y el ingenio azucarero”) se interrogan sobre las razones que tuvieron los wichí por *querer ir* a trabajar al ingenio –y entre estas razones destaca, de nuevo, el anhelo por los bienes manufacturados–.

Otros de los artículos se interesan por las reacciones y/o manipulaciones indígenas en situación de explotación. En el Chaco paraguayo, ya sea en el caso de los maskoy trabajadores en la industria del tanino, ya sea entre los ayoreos peones de las colonias menonitas, los textos de Rodrigo Villagra y Valentina Bonifacio (“Los maskoy de Puerto Casado y los angaité de Puerto Pinasco”) y de Paola Canova (“Los ayoreo en las colonias menonitas”) evidencian ambos que, a pesar de la típica situación de subordinación de los indígenas y de su dependencia económica, existen espacios de maniobra que los grupos étnicos saben utilizar para negociar. Con otro enfoque y en otro lugar, César Ceriani (“Campanas del evangelio”) muestra cómo los indígenas chaqueños convivieron al mismo tiempo con los ingenios azucareros y las misiones protestantes –dos irrupciones que introdujeron nuevas dinámicas sociales y reconfiguraron las relaciones sociales–. Todos estos textos enfatizan el surgimiento de nuevas sociabilidades, nuevas dinámicas y nuevas identidades (étnicas o individuales) también, que los autores abordan cada uno a su manera. En el Chaco paraguayo, Villagra y Bonifacio relacionan el trabajo en la industria maderera con el surgimiento de los etnónimos “maskoy” y “angaité”, productos de las vicisitudes de la historia regional y de las nuevas relaciones laborales. A su vez, y de una manera por cierto sumamente original, Nicolás Richard (“Nombre propio, trabajo y reproducción social en el Chaco boreal contemporáneo”) relaciona la presencia/ausencia de las industrias con lo que él llama los “paisajes onomásticos” chaqueños, es decir, con los nombres individuales adoptados

por la gente indígena. Más allá de la imposición por misioneros o gobiernos del binomio “nombre-apellido”, existen situaciones onomásticas diversas en el Chaco, debidas a las relaciones laborales disímiles, las migraciones, relocalizaciones, etc.

Mención aparte merece el artículo presentado por Lorena Córdoba y Diego Villar (“El revés de la trama”), dedicado a dos casos de asesinatos de caucheros (un francés matado por otro francés, un brasileño matado por un indígena caripuna). Como lo anuncia su título, este texto vuelca la mirada y realiza un ejercicio de microhistoria comparando dos historias particulares, desembocando en una exégesis sociológica del mundo del caucho y las relaciones tejidas entre patrones y empleados, entre blancos e indios, que moldearon estos escenarios.

Finalmente, un último bloque de estudios se dedica al tema de las representaciones –discursos, pinturas, películas, novelas– de los enclaves industriales en zonas indígenas. María Chavarría (“El genocidio del caucho y la recuperación de la memoria”) confronta los discursos y recuerdos de la época de la goma en la Amazonía peruana, que oscilan entre la denuncia de los horrores perpetrados y su justificación; en el mismo escenario geográfico Manuel Cornejo (“Una selva de espejos”) analiza la novela peruana *Sangama* (1942) de Arturo Hernández (hijo de un cauchero) y demuestra de qué manera el indígena es el gran ausente de este relato. De vuelta al Chaco paraguayo, José Braunstein (“Los caminos de Sanapaná”) se aproxima a otro tipo de discurso y representación: los del conocido etnógrafo y fotógrafo Guido Boggiani, a través de un manuscrito suyo recientemente editado.

La introducción de los editores del libro invita a la realización de estudios comparativos de las diversas situaciones que afectaron, cada una a su manera, a la gran mayoría de los pueblos indígenas sudamericanos. *Capitalismo en las selvas* ofrece un primer esbozo de ello con el artículo de Federico Bossert y Lorena Córdoba (“El trabajo indígena en economías de enclave”), dedicado a un balance comparativo de la situación en los ingenios azucareros argentinos y las barracas caucheras de la Amazonía boliviana. Este texto es un modelo a seguir que debería motivar a otros investigadores

a continuar esta iniciativa. De hecho, a los obrajes madereros, las barracas gomeras y los ingenios azucareros tendríamos que agregar, entre otros, los yerbales de Paraguay y del sur de Mato Grosso, o las minas del altiplano andino. Como lo recalcan la introducción del libro y varios de los textos presentados, ninguna de estas actividades fue realmente “nueva” para los grupos indígenas: ya Francisco de Viedma evocaba la salida de los chiriguano a la zafra cruceña a finales del siglo XVIII, ya se hablaba de la explotación de la “yerba maldita” en Paraguay en tiempos coloniales, ya los indígenas amazónicos habían conocido el ciclo de extracción de la cascarilla. Pero es la amplitud tomada por estas actividades en el siglo XIX la que no tiene reales antecedentes (por lo menos en las tierras bajas: la explotación de las minas andinas desde el siglo XVI arroja un panorama diferente); es su íntima relación con las políticas nacionales, con la misión de civilizar o eliminar a los indios, con el “orden y progreso”, la que nos impone dedicarle una atención espacial. Después de la goma, después del azúcar o después del tanino, los grupos indígenas del Chaco y de la Amazonía han cambiado definitivamente, a veces de forma radical. Pero siguen existiendo, con sus recuerdos a veces espantados y otras veces nostálgicos de la época de la industria que tan profundamente marcó sus sociedades y sus culturas. A desentrañar estos recuerdos y estas historias se dedicaron los autores de esta compilación. A rescatar al antiguo capataz a la par del chamán, y a recalcar finalmente que los enclaves industriales en la selva también fueron, o fueron primero, enclaves indígenas.

Lucas Bessire. *Behold the Black Caiman. A Chronicle of Ayoreo Life*
Chicago: Chicago University Press, 2014.
310 pp.; ISBN 9780226175577

Pese a los etnógrafos

Diego Villar

Lejos de un mundo en que “la costumbre es rey”, como suponían Heródoto o los colegas de Marett, la vida de los ayoreos del Chaco boreal no está regida por el conocimiento ancestral, el mito o el ritual: usan teléfonos celulares, demandan a los antropólogos que les paguen, compran fideos y Coca-Cola en supermercados menonitas con aire acondicionado y se apasionan por las artes marciales en los films de Jean-Claude Van Damme. En la seca frontera entre Bolivia y Paraguay, además son marginalizados, abusados y despreciados; no sorprende entonces que la narrativa de Bessire sea una historia de terror, decadencia y desintegración con bulldozers, asesinatos y violaciones por doquier.

El libro estudia la construcción de la identidad ayoreo como objeto en disputa constante, como así también la lucha nativa por auto-objetivar ese proceso. Los ayoreos rehúsan adaptarse a los estereotipos externos que los alienan de aquello que consideran es su auténtica naturaleza y procuran controlar los términos de su propia transformación: abandonan las prácticas tradicionales (pese a los deseos de los viejos etnógrafos) (44), hablan sobre Dios y no sobre la colonización (pese a los deseos de los etnógrafos jóvenes) (112) y piden grabadores digitales para grabar aquellos mismos mitos que supuestamente han olvidado (121). Una y otra vez desafían las etiquetas primitivistas acuñadas por criollos, misioneros o antropólogos. Tal vez el punto más controversial, aquí,

sea la discusión de Bessire de la asfixiante moda de la ontología y el perspectivismo: “En vez de jaguares que son humanos, encontré indígenas que eran animalizados” (15).

Más allá de lo programático, sin embargo, algunos análisis –pienso en las interdicciones puyaque o la significación cultural de las salinas– no van realmente más allá de los hallazgos de la ayoreología canónica: Sebag, Kelm, Bórmida, Fischermann, etc. El recurso analítico a la magia simpática (119, 154) o al milenarismo (el eufemismo es “futurismo apocalíptico”) tampoco parece muy feliz (128, 136, 145). La hagiografía en la contratapa afirma que el libro es iconoclasta. Por el contrario, contiene casi todos los conceptos de moda: “cuerpos”, “subjetividades”, “inmanencia”, “ontologías”. El punto menos convincente, no obstante, es la recurrente obsesión con la corrección política (xiii, 171), que denuncia los “placeres culpables de la etnografía” (13) mientras se disemina conspicuamente el “yo” a través del texto: “Y aun así estaba acosado por imágenes que no puedo olvidar y por preguntas que no puedo responder. El sentimiento perturbador de que pude haber olvidado algo, de que había malentendido por completo...” (10). De igual modo se critica la caracterización misionera de los ayoreos como “oro marrón” (97), pero unas páginas después aparecen sorprendentemente descritos como “cuerpos marrones” (153).

Más que su contribución a la discusión teórica, el fuerte del libro radica en la descripción etnográfica de la modernidad ayorea. La característica más atractiva es la abundancia de testimonio oral y de contexto. Los puntos altos incluyen un cuidadoso análisis del concepto nativo de vergüenza (147-161), de la prostitución femenina (165-170), de la adicción a la cola y la pasta de coca (173-175). También encontré convincente la crítica de la retórica del “etnocidio” (107) y más interesante aún resulta la deconstrucción de la llamada “política del aislamiento” (194-220). Alimentada por una densa industria de antropólogos, misioneros, políticos, líderes nativos, ONG y hasta la propia ONU, la nostalgia cíclica sobre los indígenas “aislados” o “sin contacto” tiende a reposar sobre evidencia tenue: un puñado de cenizas, la huella semioculta, el vistazo de un cuerpo que se esconde, el chasquido de una rama en el crepúsculo.

Es realmente una pena que la edición sea tan descuidada en cuanto al castellano: “Gaston” (25, 33, 233), “empelotudos” (64), “Los indios Ayorea” (240), “Relación histórica” (246), “orienta Boliviana” (268), “diciembra” (291), “Perez-Diaz” (270, 293), “hermeneutica”, “illusion”, “construcción”, “fenomenológica”, “etnología”, “indígenas” (todos en la misma referencia bibliográfica de la p. 285). El artículo de Bórmida, originalmente titulado “Cómo una cultura arcaica concibe su propio mundo”, es rebautizado a “Como una cultura arcaica conoce la realidad de su mundo” (240). Y los mismos inconvenientes surgen con el portugués: “casadores” (caçadores), “comunicacao” (comunicação) (283), etc.

No encuentro particularmente persuasiva la figura literaria del Caimán Negro. Pero esto es subjetivo y el Caimán no está allí para convencernos. Bessire no tiene problema en admitir que los ayoreos pueden estar en desacuerdo con sus interpretaciones (222). Los esfuerzos nativos para forjar la propia identidad se disuelven constantemente en fragmentos, se alinean en nuevas constelaciones y luego vuelven a dispersarse. Si hay una conclusión, entonces, es casi existencialista. El Chaco es absurdo, distópico y carente de sentido. Los esfuerzos por reconstruir la cosmología ayorea son vanos, pues ningún conocimiento indígena puede redimir a la humanidad del mundo que ella misma ha creado. La experiencia de leer este libro es tan ambivalente como la realidad que describe: el lector sabrá juzgar si se trata de un elogio o de una crítica.

Stephen Cote. *Oil and Nation A History of Bolivia's Petroleum Sector*
Morgantown: West Virginia University Press, 2016
224 pp.; ISBN: 9781943665464

Petróleo y nación

Carmen Soliz

Oil and Nation analiza la historia de esta industria desde fines del siglo XIX –es decir, desde el descubrimiento de los primeros yacimientos petrolíferos en Bolivia– hasta el presente. Es un libro que se inscribe dentro de las tendencias historiográficas más recientes en América Latina, esas que, alejadas ya del giro cultural de la década de 1990, regresan a la construcción de una historia *económica*, nutrida, eso sí, de numerosos elementos de historia social y cultural. Y sobre todo, este libro de Cote llena un enorme vacío en la historiografía boliviana: porque más allá de los clásicos –de Sergio Almaraz (1958), Amado Canelas (1963), Enrique Mariaca (1966) y Andrés Soliz (1984)–, todos de un marcado signo político, los historiadores en Bolivia han ignorado la historia de la industria que ha sostenido buena parte de la economía del país en los siglos XX y XXI.

Más que la historia de la industria en sí misma, a Cote le interesa analizar el rol que jugaron y juegan los hidrocarburos en la sociedad boliviana: persuasivamente, demuestra a lo largo del libro que tanto el discurso nacionalista como el regionalista estuvieron estrechamente vinculados a su historia. Cote analiza en detalle cuatro periodos de la industria petrolera, periodos que sintetizaré en los siguientes párrafos. Primero, se ocupa del surgimiento de la industria a iniciativa de inversores privados locales (desde fines del siglo XIX hasta 1920). Luego, describe el arribo de empresas

petroleras transnacionales al país (como la Standard Oil) entre 1920 a 1937. Su tercer momento es la explotación petrolera estatal, que comenzó con la primera nacionalización de 1937. Finalmente, se detiene en el periodo que se abre con la reapertura del petróleo a la inversión extranjera en 1955.

El libro se abre con las primeras incursiones bolivianas en el área del Chaco al mando del médico Manuel Cuéllar en 1896. Aunque este médico se proclamó “el descubridor del petróleo en Bolivia”, Cote nos recuerda el “oro negro” ya era conocido por siglos por los pueblos indígenas. Los guaraníes lo llamaban *itani* y lo usaban para curar animales, para iluminar, como insecticida, o como medicina para el tratamiento de dolencias musculares y artritis. Pero fue Cuéllar, junto a otros inversores locales, el que comenzó a explorar y explotar petróleo en esta área.

Una de las preguntas centrales que atraviesa el libro es la del papel del Estado en la industria. Cote apunta que, en esta primera etapa, el Estado hizo poco o ningún esfuerzo por invertir:

Aunque el Estado boliviano dio concesiones, no construyó caminos, no elaboró mapas u obtuvo información geológica, no ayudó a comercializar el producto y no ofreció ningún tipo de subsidio. Los pioneros tuvieron que enfrentar todos esos desafíos por su cuenta. (14)

El autor demuestra que, aunque fuera verdad que el Estado boliviano tenía pocos recursos, había una amplia gama de acciones –mapas, caminos, mercados– en los que podría haber ayudado. Cote piensa que esta escasa inversión no fue solo una decisión económica sino también una decisión política.

El arribo de la Standard Oil en 1920 marcó un cambio profundo en la historia del petróleo en Bolivia. Las actividades de la Standard Oil hicieron posible algo que se creía impensable: el crecimiento y desarrollo del Oriente. Viejas rutas para mulas se convirtieron en caminos para automóviles. La compañía construyó campos petroleros, habilitó líneas de transporte y levantó una infraestructura en Oriente, aunque con poca o ninguna conexión con el Occidente del país. Para Cote, la construcción de

este polo de desarrollo –que miraba hacia Argentina– alimentó la división entre Oriente y Occidente. Por otra parte, según Cote, la Standard Oil nunca hizo mucho para cumplir su contrato con el Estado boliviano; tampoco estaba interesada en desarrollar el mercado interno.

La Guerra del Chaco (1932-1935) marcó otro momento crucial en la historia de la industria petrolera boliviana. Cote sostiene que la Standard Oil se empeñó en ser neutral. A pesar de eso, durante y después del conflicto numerosos rumores denunciaban que la Standard Oil había empujado a Bolivia hacia la guerra. Cote insiste en que la compañía se mantuvo neutral: por ejemplo, y a pesar de una cláusula del contrato de 1922 que la obligaba a proveer más petróleo al Estado en caso de guerra, la Standard Oil se negó a aumentar su producción. De hecho, en 1933, el general Kundt informó al presidente Salamanca que la falta de gasolina ya tenía un efecto crítico en sus operaciones.

Según Cote, los rumores no venían ni de Bolivia ni Paraguay sino de Estados Unidos. En 1934, el senador norteamericano Huey Long, de larga historia de rencillas con la Standard Oil, denunció que su dueño, John D. Rockefeller, había pagado a las autoridades bolivianas para que declarasen la guerra. Por su puesto, los periódicos en Paraguay difundieron la noticia a los cuatro vientos. Aunque el ministro plenipotenciario de Bolivia, Enrique Finot, envió una carta formal al Departamento de Estado protestando por esta intromisión del senador Long, el daño ya estaba hecho. En la imaginación popular quedaría la imagen de una Standard Oil que había empujado a Bolivia hacia la guerra.

Aunque la Standard buscó mantenerse neutral, fue precisamente esa neutralidad la que luego motivó a muchos bolivianos a repensar cuán correcta era la decisión de otorgar concesiones a empresas extranjeras, especialmente en tiempos de guerra. Al final del conflicto chaqueño, los veteranos demandaron que el Estado nacionalizara el petróleo, política que el presidente David Toro hizo efectiva en 1937.

Los capítulos que Cote dedica al periodo de la nacionalización son otro de los aportes de este libro. El autor nos ofrece una

rica descripción de los desafíos y conquistas de este periodo. A pesar de que los primeros pasos de YPFB fueron difíciles –pues la empresa no tenía capital ni personal calificado–, en pocos años logró incrementar la exportación a niveles muy superiores a los logrados por la Standard Oil. Para 1940, la empresa nacionalizada de petróleo había incrementado la producción de 130.000 barriles a 290.000 barriles.

La importancia de los militares socialistas en materia de petróleo no se puede olvidar: por ejemplo, el hecho de que en sus negociaciones de límites con Paraguay el presidente Germán Busch haya logrado mantener el petróleo del lado boliviano. Busch le pidió a Foianini, un ingeniero boliviano que había trabajado para la Standard Oil, que determinara la locación de las reservas de petróleo (basados en su memoria y viejos mapas: la Standard Oil se había llevado sus mapas) y los lugares mas probables de existencias de gas. Sus estimaciones fueron correctas y Bolivia logró mantener el petróleo en el lado boliviano.

Cote nos obliga a relativizar la teoría de la dependencia y pone en duda aquel mantra de las “siempre abiertas venas de América Latina” de Eduardo Galeano. Su historia es una historia de negociaciones, de intentos exitosos y fallidos por consolidar una industria, y del papel de los empresarios privados locales. Es una historia mucha mas compleja que un eslogan. Por ejemplo, es una historia en la que el Estado boliviano maniobra, negocia, enfrenta el poder de las empresas trasnacionales. La valoración de Cote del periodo nacionalizador (1937-1955) es por eso muy positiva: el país logra consolidar importantes contratos con Brasil y Argentina.

Notablemente, la reapertura del petróleo boliviano a la inversión de compañías extranjeras, principalmente norteamericanas, se produjo en el gobierno de Paz Estenssoro en 1955, a solo tres años de la Revolución Nacional. Al abrir el sector petrolero a la inversión extranjera, Paz Estenssoro quería asegurar la compra de estaño por parte de Estados Unidos.

El libro de Cote también demuestra la importancia de analizar esta industria en el contexto de y en permanente diálogo

con América Latina. La nacionalización boliviana de 1937, la primera de América Latina, impulsó la nacionalización mexicana de 1938. Bolivia creó la compañía estatal de petróleo, YPFB, siguiendo el modelo argentino, un país que había desarrollado una industria petrolera estatal desde 1907. La idea de consolidar una industria petrolera estatal regional provenía del general argentino Enrique Mosconi, que había promovido la creación de una red de compañías petroleras estatales en América Latina desde la década de 1920. Y la correlación de fuerzas a nivel regional volvió a ser preponderante cuando el presidente Alfredo Ovando (1969-1970) nacionalizó el petróleo en 1969, un año después de que el Perú lo hiciera al mando del nacionalista Juan Velasco Alvarado. Cote subraya que aunque la discusión sobre nacionalización estaba fuera del debate político en 1968 en Bolivia, la acción política de Velasco Alvarado en el Perú modificó los términos del debate en Bolivia.

Los capítulos mas novedosos y mejor trabajados en el libro son indudablemente los primeros cuatro. Los capítulos cinco y seis ofrecen una apretada síntesis de varias décadas en la historia petrolera del país, síntesis que contrasta con la investigación detallada de los primeros cuatro. Se trata de un resumen que comienza con la segunda nacionalización de 1969, continúa con la reprivatización de la industria en 1972 durante la dictadura de Banzer y se cierra con la promulgación de una nueva legislación en los gobiernos de Jaime Paz Zamora y Gonzalo Sánchez de Lozada.

Para Cote, los gobiernos de Paz Zamora y Sánchez de Lozada, como volviendo a la década de 1920, pusieron énfasis en crear una legislación que captara la inversión extranjera directa. Sánchez de Lozada ofreció los mayores incentivos a las compañías extranjeras, bajando sus rentas del 50 a 18 por ciento. Además, bajo este sistema, Bolivia cedía la propiedad sobre las reservas de petróleo, algo que ni la propia Ley de 1920 había hecho.

En el siglo XXI, Bolivia nacionalizó por tercera vez sus hidrocarburos, con un indiscutible incremento de regalías para el país. Según Cote, si entre 1999 y 2006 Bolivia había recibido 2 mil millones de dólares, de 2006 al 2014 recibió 16 mil.

La síntesis de Cote sobre las últimas décadas es una invitación a emprender nuevas investigaciones históricas. Se requieren, por ejemplo, estudios académicos detallados sobre la nacionalización de la Gulf, sobre la política petrolera de Banzer o sobre el impacto de las legislaciones de Paz Zamora y Sánchez de Lozada en esta industria. Y aunque el énfasis de este libro en la vinculación del petróleo boliviano con empresas norteamericanas es iluminador, no hay que olvidar que sabemos poco o casi nada sobre las relaciones “petroleras” de Bolivia con Brasil y Argentina.

Pilar Mendieta Parada. *Construyendo la Bolivia imaginada: La Sociedad Geográfica de La Paz y la puesta en marcha del proyecto de Estado-nación (1880-1925)*

La Paz: Instituto de Investigaciones Históricas, UMSA, 2017
222 pp.; ISBN: 978-99954-49-41-4

Cuando conocer era gobernar

Ximena Soruco Sologuren

El de Pilar Mendieta es sólo el segundo libro dedicado a la Sociedad Geográfica de La Paz (SGLP, 1898-1954). El primero, producido en 1999 y publicado en 2005, es del médico y escritor boliviano Rolando Costa Arduz: *Historia de la sociedad geográfica de La Paz* (La Paz: Atenea, 2005). Esto quizá demuestra un escaso interés por la SGLP, una escasez que contrasta con su importancia. Basten algunos datos. Esta asociación tuvo una sorprendente longevidad: 58 años (contando la pausa en sus actividades entre 1933 y 1939). Salvo la Academia Boliviana de la Lengua fundada en 1927, no tengo noticia de otra asociación intelectual con trayectoria tan larga en el país. Publicó un total de 265 artículos en 72 boletines en ese lapso (*cf.* Salvador Romero Pittari, “El Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz. Medio siglo de pensamiento social en Bolivia”. *Presencia*, 10 de octubre de 1976, p. 2). Vicente Donoso Torres, Secretario de Cultura de la SGLP, informó en 1949 que la asociación tenía una biblioteca de 52.730 volúmenes (*cf.* Costa Arduz, 2005, p. 19). (Como referencia comparativa, la Biblioteca del Archivo de La Paz tiene hoy 40.000 volúmenes).

No se trata de una institución original, en absoluto. Francesa fue la primera sociedad geográfica fundada en 1821 por científicos como Pierre Simon La Place y Alexander von Humboldt. En 1830 se funda la inglesa y en 1833 la primera sociedad geográfica americana, la mexicana. Aunque las sociedades geográficas

estuvieron vinculadas a las exploraciones, las conquistas y al comercio que Europa estableció con los demás continentes, también contribuyeron a consolidar los Estados-nación, como en Bolivia, y generaron conocimientos geográficos, arqueológicos, lingüísticos y antropológicos locales, según demuestra el libro de Mendieta.

La SGLP tuvo un total aproximado de 240 socios activos (*cf.* Costa Arduz, 2005), número que representa una porción significativa de los intelectuales bolivianos durante la primera mitad del siglo XX. Sus más notables presidentes fueron Manuel Vicente Ballivián y Arthur Posnansky. ¿Por qué entonces la SGLP ha recibido tan poca atención pese a su importancia para la historia intelectual y de la ciencia en Bolivia?

Salvador Romero, que ya había estudiado la SGLP en 1976, conjetura un “nacimiento del intelectual” en Bolivia a inicios del siglo XX alrededor de, sobre todo, Alcides Arguedas y del grupo Palabras Libres, además de Franz Tamayo en La Paz, Jaime Mendoza en Sucre y Demetrio Canelas en Cochabamba (*cf. El nacimiento del intelectual en Bolivia*, La Paz: Caraspas, 2009). Todos estos son intelectuales vinculados a las letras, aunque con intereses geográficos y sociológicos. Es significativa, de hecho, la ausencia de estos intelectuales entre los socios de la SGLP, salvo Bautista Saavedra y otros pocos que figuran en ambos círculos. Me parece que estas series de nombres y asociaciones muestran un diferenciado y, por tanto especializado, mundo intelectual boliviano desde al menos fines del siglo XIX, un proceso de diferenciación que merece mayor estudio.

El libro de Pilar Mendieta no estudia el *Boletín* de la SGLP, algo que se echa de menos. En cambio, se aproxima a la SGLP a través de la descripción de las actividades de sus miembros prominentes. A partir de esa descripción analiza el contenido del proyecto de Estado-nación de los liberales paceños. Es el impacto en el Estado el camino escogido para mostrarnos la significación de la SGLP.

Tres son los gestos que congregan a estos intelectuales que, apelando al conocimiento sistemático y a la acción política, buscan transformar una realidad considerada insuficiente. El primero, denominado por Mendieta “nacionalismo geográfico”, es el esfuerzo

por la integración territorial del Noroeste del país luego de las derrotas con Chile y Brasil. Las expediciones de los socios de la SGLP Nicolás Armentia y José Manuel Pando y los estudios de Bautista Saavedra, entre otros, permiten la delimitación pacífica de las fronteras de Bolivia con el Perú. Esta política de “conocer es gobernar” impulsa además el primer Censo nacional de 1900 –a cargo de Manuel Vicente Ballivián–, la modernización del ejército y la instalación de fortines para proteger las fronteras.

El “nacionalismo arqueológico” será el segundo eje de acción que caracteriza a la SGLP y al proyecto nacional-liberal. La rebelión del indígena Zárate Willka durante la guerra civil de 1899 dejó una huella o una herida en esta generación liberal. ¿Cómo resolver la integración del indio a la nación? En sus investigaciones y alegatos, Bautista Saavedra y Rigoberto Paredes culpan al mestizo del “salvajismo indígena”. Arthur Posnansky explora Tiwanacu e imagina una raza superior que entró en decadencia tras la conquista española. En suma, se estudia y estetiza la lengua aymara y el pasado tiwanacota como fuentes de la nacionalidad, pero no se cuestiona la sujeción indígena a la hacienda.

Por este énfasis en el conocimiento, era previsible que Daniel Sánchez Bustamante y otros socios de la SGLP impulsaran también la universalización de la educación, como demuestra el tercer eje del libro de Mendieta (y otros estudios antes realizados). Una política de “educación para todos” que desencadena una modesta democratización de la sociedad, aunque la ciudadanía no se universalizó sino hasta 1952.

La generación paceña liberal que creó y construyó la SGLP –y otras asociaciones intelectuales– fue la primera en comprender la importancia del conocimiento en la construcción del Estado y en el gobierno de la nación. De ahí también la importancia de este libro.

René Zavaleta Mercado. *Obra completa*. Tomos I-III (4 vols.)
La Paz: Plural Editores, 2011-2015
2.807 pp.; ISBN: I: 9789995413842; II: 9789995415297;
III (vol. 1): 9789995416683; III (vol. 2): 9789995416690

Después de Zavaleta

Hugo Rodas Morales

La selección no de hechos significativos sino de su mejor evaluación: tal parece el camino de totalización intelectual deseable en este mundo al que ya no pertenece Zavaleta y que es, dicho sin ningún apriorismo doctrinal adverso, *more* capitalista que antes. Congruentemente no caben en esta *Obra completa* las negras nubes previstas en el horizonte de los apuntes preparatorios del texto más maduro, tanto marxista como académico, sobre *Lo nacional-popular en Bolivia*. Evoquemos dos de ellas antes de olvidarlas: “Veó con un gran pesimismo el mundo...”, “hay un grado de incoherencia espiritual que no se puede explicar por el mero atraso cultural”.

“Evaluación” es una manera de ordenar con ecuanimidad materiales cuya aleación directa podría resultar disonante. Es el modo de proceder de quien ha establecido esta *Obra completa*, Mauricio Souza Crespo, no solo aliviando arduos enigmas al filólogo, sino además invisibilizándolos gratamente para el lector no especializado. Los lectores en general –no se diga los próximos a Zavaleta– pueden quedar agradecidos; pero, se sabe, no solo en Bolivia resulta extraño que lo bueno sea bien recibido.

Considerando con amplitud y a la vez rigor literarios, no solo que no existen clásicos optimistas porque la vida es trágica en su estructura misma, sino que la mejor manera de abordar evaluativamente una obra es aquella “no corrompida por algún tipo de sectarismo”, como ejemplarmente el *Karl Marx* de Korsch,

a decir de Kenneth Rexroth en su *Recordando a los clásicos* (1965). Precisamente es esta manera de ponderar los “dos lenguajes” de la historia, como conocimiento descriptivo e interpretativo, la que se ejercita impecablemente en los “Apuntes introductorios” de Souza, centrados en que “conocer es recordar” (I: 11-28 y Korsch precisamente en: 16, n. 10) y en sus “Apostillas” sobre “las figuras del tiempo” en Zavaleta (II: 11-30), una esclarecida introducción en dos tiempos a esta *Obra completa*, que antecede a los ensayos de Zavaleta agrupados en los dos primeros tomos, correspondientes a los periodos 1957-1974 y 1975-1984 respectivamente. Los dos siguientes volúmenes, que juntos son el tomo III, engloban de manera consecutiva las notas de prensa escritas por Zavaleta y disímiles como valiosos escritos varios.

Aquí debemos señalar, nada más, alguna nube que no es externa a Zavaleta, aunque la luz filtrada tenga el efecto de operar cáusticamente, como con los vampiros humanos, sobre el más notable de los ensayistas bolivianos. Porque lo que Souza llama, en su tan legible como sugerente prosa, “la larga biografía” del 52, ejecutada fielmente como “pasional historiografía política”, no puede ser sino también una (s)elección, *una* de las biografías del 52. Cabe mencionar algunas otras, cuyas connotaciones no se congelan en la épica más nacionalista que revolucionaria de Zavaleta y son evaluadoras del decurso inmediato del 52, sin hablar de su deriva contrarrevolucionaria: “la revolución derrotada” del trotskismo de Liborio Justo, la “revolución domesticada” del liberalismo de Quiroga Santa Cruz...

Siendo como es, irrefutable, lo que el Dr. Johnson dejara dicho en sus *Ensayos literarios* acerca de que “el periodo de vida en el cual la memoria parece reclamar de forma particular su predominio sobre el resto de facultades de la mente es nuestro periodo decadente” (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015, p. 492), del Zavaleta que no alcanza a reescribir sobre el 52 (“La canción de la María Barzola” del proyecto de *Lo nacional-popular en Bolivia*) sino solamente la corrupta permanencia de su Estado (en *Las masas en noviembre*, sobre la masacre de Todos Santos en noviembre de 1979), habría que decir que si el talento convierte la irrealidad en

algo verosímil, más difícil es la virtuosa madurez que hace de la realidad algo creíble.

Por lo mismo sería insensato subestimar esta *Obra completa* ejemplarmente editada –que reconstruye aspectos formales del aparato crítico y referencial de cientos de páginas de Zavaleta, en particular de *Lo nacional-popular en Bolivia* (II: 143-379)–, pues toda relativización sobre su importancia para el conocimiento social de Bolivia y América Latina enfrentará el carácter unitario de esta herencia intelectual reunida en todo su poder, más la precisa y empática lectura de Souza a modo de un segundo círculo de revelación. Así por ejemplo, no se podría deducir del crucial ensayo metodológico, reformador de la ciencia social latinoamericana, llamado: “Problemas de la determinación dependiente y la forma primordial” (II: 549-571), que exagere respecto al fondo autoritario del Estado en Chile al decir que “el análisis político chileno era sorprendentemente pobre en relación a la calidad del hecho” (II: 555, n. 18), porque la argumentación de Zavaleta, reforzada por la lectura de Souza, advierte cuán prescindible resulta la conciencia de los que participan de los hechos cuando la determinación preponderante deriva de una lúcida interpretación marxista de la historia, por la que el sujeto de clase y su conciencia tienen prelación respecto a la del individuo (I: 16, n. 11).

Con esta precaución en mente, reduzcamos convencionalmente la cualidad de cada uno de los cuatro volúmenes en tres tomos de esta *Obra completa*, publicada entre los años 2011 y 2015.

El primer volumen reúne ensayos escritos entre 1957 y 1974, es decir, entre el segundo periodo de gobierno del MNR después de la Revolución Nacional de 1952 y el cogobierno MNR-FSB durante la dictadura militar del general Hugo Banzer Suárez (desde 1971). El joven Zavaleta (22 años), crítico del asambleísmo del proletariado minero con presencia trotskista, de la alienación de la clase media urbana, o de la irresolución de la “oligarquía birlocha” que frustra el capitalismo boliviano –junto a los recuerdos del Che, incluido el tacticismo emenerrista que, a diez años del asesinato del Che, hará escribir a Zavaleta que “el culto del peligro es un culto feudal” (III, vol. 1: 794), luego Ovando, siempre Abril y finalmente

la teoría bolchevique marxista del poder dual-, es el mismo que autocensurara en vida textos escritos al calor de 1964 defendiendo el corrompido poder del Estado del 52; textos ahora ponderables sin la esquizofrenia política de su pasado (*La Revolución Boliviana y la cuestión del poder*, I: 97-120), o dados a conocer muchos años después de la muerte de su autor (*La caída del MNR*, I: 211-332).

Lo que queda, pasado el 52, es un proletariado minero “en forma”, cuyo conocimiento es posible cuestionando la *alienación* (concepto estético según Marx, abandonado por este último para distanciarse de su halo hegeliano y retomado por los marxismos posteriores ante límites mayores para emancipar lo económico de la alienación implicada en todo trabajo) para atender la “complejidad concreta” de la realidad en la crisis, en la revelación de relaciones sociológico-políticas no veladas, propias de una sociedad abigarrada –a diferencia de la “sociología normal” alienada, aunque situada, la francesa por ejemplo, que se enmascara como no política para ser reconocida como ciencia–.

El segundo volumen, y el más valioso, reúne ensayos de hiperuranio marxista, escritos entre 1975-1984, enriquecidos con poderosas lecturas weberianas y gramscianas, por decir lo menos. “Artes de la digresión compleja”, “sujetos de la temporalidad crítica”, “movimientos transfigurantes”... es útil orientarse con estas claves en las “Apostillas” de Souza. En la medida en que habría cierto culturalismo en Gramsci, no lo tendría en cambio Zavaleta, para quien aquello que no remueve la identidad no está en movimiento y prolonga la cárcel de uno mismo. Quizá en esta dirección sea observable que si bien la centralidad obrera se ve complejizada, como postula Souza (II: 24), no supera el sopesar la coyuntura política o “don final de la burguesía” (“Cuatro conceptos de la democracia”, en: II: 521), pues aunque destacando a nivel mundial, la “centralidad proletaria boliviana” no abarcaría a toda la sociedad.

Las notas de prensa reunidas en el volumen 1 del tomo III (1954-1984) son autobiográficas en grado sumo, siendo su importancia no menor a la de los volúmenes precedentes sino una variación. El arco que extiende el joven Zavaleta, desde su propia

conciencia doble o desdichada leída en Dostoievski (III, vol. 1: 40 y ss.) alcanza a las últimas notas como conciencia desdichada llamada dictadura o fascismo (III, vol. 1: 781 y ss.). Los tonos irisados de esta prosa periodística pasan de un reactivo nacionalismo regional (Montevideo) a una propaganda idiosincrática del MNR oficialista (La Paz), saltan a agudas particularizaciones latinoamericanistas (Ciudad de México) y se detienen en un artículo que cierra el volumen y bien podría servir como “síntesis connotada” de su autor: “El recuerdo en materia política” (III, vol. 1: 812-815).

El volumen 2 del tomo III, de “otros escritos” (1954-1984), evidencia el talante socialdemócrata y académico del entrevistado que comenta la cultura o la política. No importando que los ojos recorran poemas, discursos parlamentarios, reseñas, cursos universitarios o manifiestos públicos, la exigencia para el lector es igualmente alta y sostenida. Se trata de textos que estando en buena parte en *mimeo*, recibieron la corrección tipográficamente invisible del editor, por decisión generosa de este último. Son a la vez que fragmentos de vida escrita, apertura variada de perspectivas novedosas, sensiblemente canceladas por el tiempo en la plenitud intelectual de su autor. La charla sobre bonapartismo o el inédito “Formas de operación del estado...” (211-227 y 275-276); los dos artículos sobre violencia milenarista en Perú y el más amplio homenaje a Mariátegui (287-293 y 167-182), entre otros textos, alternan densas vetas de teoría política con centelleantes consideraciones sobre coyunturas locales.

Esta *Obra completa* es, en suma, un instrumento imprescindible para el pensamiento político y social desde Bolivia, posibilitado por Plural editores.

Sófocles. *Οιδίπους Τύραννος*. *Edipo Rey*
Traducción de Mario Frías Infante
La Paz: Santillana, 2016
170 pp.; ISBN: 9789997488701

Los dones del escanciador

Marcelo Villena Alvarado

El mito o la propia tragedia de Edipo Rey, en alguna versión previa, vía uno u otro vademécum o para el caso también de oídas, eximen a esta reseña de la presentación y síntesis que suelen preludiar la ponderación de últimos libros. También el recorrido académico y preferentemente helenista del autor. Podemos ir al grano, entonces, y celebrar su más reciente publicación.

Como el banquete es generoso, bastará recordar que excede el ámbito de los estudios clásicos y no pide más que un leve esfuerzo: quitarse el estereotipo originario, de la cuna ateniense a la cisatlántica auctoconía, preadánica o postrepublicana. Así, esta reseña habrá de tentar no más que una serie de “probaditas” en torno a esa práctica (la traducción llamada literaria o poética) de la que normalmente abstraen la pretensión y la voracidad de ciertos comensales.

La nueva traducción de *Edipo Rey* merece atención especial porque, desde el propio lugar de esa práctica, Mario Frías Infante nos ofrece una doble yapa. En primer lugar, nos recuerda que en asuntos de traslado se juega un trabajo, el del llamado *traductor*, *intérprete* o *escanciador*, pues buenamente ladinando, quien dice *verter* dice también *traducir*, *trasladar* y *traslapar*. Pero además, y a manera de segundo, con ese mismo gesto nos invita a pensar, bajo la rúbrica “estudios bolivianos”, que el adjetivo no refiere fatalmente a un objeto de estudio. Cabe por supuesto un desglose,

si no una explicación, a la manera de un porqué del título de la celebración.

Obviamente, festejar la nueva traducción de *Edipo Rey* goza de un carácter retroactivo pues supone, al menos, recordar una primera. Terminada de imprimir en abril de 1982, venía de la mano de una de *Antígona* que Mario Frías ofrecía en diciembre de ese mismo año. En ambas, a tiempo de señalar que procedía directamente del texto griego establecido por A. C. Pearson en la colección *Sophoclis Fabulae* de la *Scriptorium Classicorum Bibliotheca Oxoniensis* (1924), el traductor apuntaba como primer destinatario al “estudiantado boliviano”. Esto valdría también para la nueva versión ya que, aun si cuesta imaginarlo, *Edipo Rey* todavía figura como “lectura sugerida” por la Ley Avelino Siñani para quinto de secundaria. Es cierto, se trata del programa del área de “Lenguaje y Comunicación”, no ya de “Literatura”; es cierto, *Edipo Rey* aparece allí (fase 2, bimestres 3 y 4) en una lista de más de catorce títulos; es cierto, dado el estado de las cosas, esto vale sugerir que no se lea. Pero con todo y como quien cree que no todo está perdido, la propuesta educativa que toma a Sófocles en mano será ya motivo de distinción: en contraste con la del poeta Gregorio Reynolds, cuya versión de *Edipo Rey* (1924) hecha por interpósita versión (la francesa de Leconte de Lisle) era destinada en diciembre del mismo año al muy respetable público del Teatro Municipal. En *contraste*, pues la tragedia antigua era espectáculo de otra laya.

Pero no es solamente en vista de una utopía escolar que la nueva versión amerita su festejo. Hecha a partir del texto griego establecido por H. Lloyd Jones y N. G. Wilson, siempre en la *Sophoclis Fabulae* (Oxford Classical Texts, 1990), sugiere que desde 1924 y la versión de Pearson no habrían dejado de ocurrir algunas cosas: como quien dice, tanto en un ámbito de referencia a nivel global como en el que Mario Frías procede localmente. Aquí, la rigurosa afición y exigencia del traductor habrán movido las del profesorado. Sobre el punto bastaría recordar que entre 1982 y 2016 vinieron las sucesivas versiones de *La Odisea*, de una primera edición (1981, pulida en 1992) a la nueva revisada, añejada y también remozada sustancialmente, anotada y acompañada de un

índice onomástico y un comentario (2012). Y también los diálogos de Platón, de sus primeras versiones (*La apología de Sócrates* y el *Ión*) a la edición bilingüe del *Critón*, acompañada de una versión interlineal, gramática y vocabulario (2007 y 2009), donde se pone de manifiesto un desafío pedagógico menos escolar. Al pasar de la sola versión a una buenamente acompañada, el traductor afina y potencia su labor a medida que la comparte con sus lectores y cómplices en el aula, a medida que abre y pone en común el lugar de su propia práctica, a medida que disemina su faena por ahí, exotéricamente: en el ámbito académico boliviano, si se quiere, pero atravesando linderos de toda disciplina.

Para decirlo en pocas, lo que con tales antecedentes nos trae de vuelta Mario Frías resulta al fin y al cabo, según la fórmula de Georges Didi-Huberman, la anacrónica, es decir la crítica exigencia que moviera a Walter Benjamin: no dejar de volver a los griegos en tanto “la Antigüedad –pagana, judía, cristiana– ha inventado los gestos de los que, aun a pesar nuestro, todavía resultamos actores”. Así, el traductor también se hace cómplice de algo que, contra viento y marea, no ha dejado de ocurrir desde 1924. Pues es en vista de la situación actual que el pensamiento crítico no ha dejado desmontar la imagen (finalmente moderna, burguesa) de la antigua Grecia que consagrara el Renacimiento, que amplificaran los avatares neoclásicos y, localmente, las orondas tamayadas. Mario Frías contribuye así a un esfuerzo crítico que encara la situación actual para al menos empezar a leerla, sin más, sin el filtro nostálgico y restaurador de los tiempos idos ni el *da todo igual* postmoderno. De modo que la nueva versión de *Edipo Rey* no viene exenta de actualidad. En este extremo y postrero Occidente, Andrés Ajens, transandino escanciador, instaba como por casualidad a leer la obra poética de Jaime Saenz en la “órbita esfinge” (*El entrevero*, 2008); es decir, en plena experiencia “catastrófica” de la ciudad, de un tiempo y un espacio en común.

La generosa exigencia educativa y académica del intérprete tendrían entonces lo suyo, también en lo político. Y mucho más si el presunto lector pone el ojo en “Tareas del traductor”, el célebre ensayo donde Walter Benjamin recurre a la imagen de

“las vasijas quebradas”. Si pone el ojo no para exaltar el ensayo y la imagen vía uno u otro vademécum, sino más bien para leerlos al pie de la letra según su larga y propia duración. Esto es, para apuntar una pista muy cercana, siguiendo la invitación de Andrés Claro y su inmenso libro: *Las vasijas quebradas. Cuatro variaciones sobre “La tarea del traductor”* (Santiago de Chile, Ediciones de la Universidad Diego Portales, 2012, 1143 pp.). De semejante aperitivo ofrecido en un coloquio (*Entrelegar y traducción*, agosto de 2013, en *Revista escrituras americanas*, núm. 2) no cabe acá más que una pizza. Consistirá en señalar que el motivo de las vasijas vendría prestado de la cábala luriánica, y que, con él, Benjamin invitaría a “pasar revista y articular no solo límites semánticos y epistemológicos de la práctica del traductor, sino también los desafíos éticos, historiográficos y trascendentales que imponen el saber y la experiencia del traductor literario”. Se impone entonces otra pizza, ahora para al menos enumerar las formas en las que Andrés Claro asume la tarea interpretando el motivo de las vasijas quebradas según cuatro variaciones: 1) en tanto “símbolo de renuncia”, como los fragmentos de la copa rota que, en ciertas tradiciones, se ofrece en una boda a los convidados: al aceptarlos, estos renuncian a la “posesión” de la novia; 2) como “símbolo de hospitalidad”, los fragmentos del *symbolon* que, al calzar, realizan un pacto vinculante: el reconocimiento del extranjero que llega con sus derechos; 3) en tanto símbolo de un “rescate histórico”: el *tikun* en la cábala de Luria, donde las vasijas rotas “imponen la tarea de rescatar el pasado, de darle sobrevivencia”; 4) como símbolo de “exilio e inacabamiento”: el *sheviratha-kelim*, imagen de “contagio originario e irreducible, un desplazamiento generalizado en todos los órdenes del cosmos, donde ya no es posible apelar a una identidad o totalidad sin fracturas”.

Con el ojo en las vasijas, el presunto lector empezará a mirar la nueva traducción de *Edipo Rey* con otros ojos: siguiendo el paso de Sófocles verso a verso, en verso libre y en español americano (como *La Ilíada* que actualmente vierte Mario Frías), es decir de la mano del traductor que en castellano busca una forma acorde a la manera de significar del original: Ὠ τέκνα, Κάδμου τοῦ πάλαι νέα

τροφή –clama Edipo en el primer verso de Sófocles: “¡Oh hijos, descendencia nueva del antiguo Cadmo!”, clamaba en la versión de 1982; y en la última: “¡Hijos míos, postrera descendencia del antiguo Cadmo!”. De uno u otro modo, sabrá el presunto lector que allí Mario Frías trabaja precisamente el “doble rendimiento utópico propio a la experiencia y el saber del traductor” –al decir de Andrés Claro: “la doble conciencia de imposibilidad y posibilidad, de amenaza y desafío, de fracaso de paso y de paso en el fracaso”. Lo que es decir también cómo toma en mano el texto clásico en tanto obra abierta, *work in progress* o cueca con sus segunditas (intenciones): rescate de la tradición y ejercicio de una hospitalidad radical (no una de domingo), pérdida insoslayable y necesidad de reconstitución y vínculo. Verá, en suma, cómo el intérprete se traslada para asumir el gesto del escritor y plasmar, casi al pie de la letra, las palabras que vertiera ya por boca de Odiseo en la corte de los feacios: “no hay momento más grato que aquel en que la alegría se apodera de todo el pueblo y en el palacio los invitados, ocupando cada uno el sitio que le corresponde, escuchan al cantor (ἀκούαζονται αἰοιδῶ), abundan las mesas en pan y carne y el escanciador hace su recorrido (οἰνοχόος φορέησι) sacando el vino de la cratera y echándolo en las copas” (*Odisea* IX, 5-11).

Casi al pie de la letra, pues en esos versos, que para algunos fueron áureos, los dones y el oficio de Mario Frías también pueden leerse con solo un leve esfuerzo. Mirar la escena como un niño que en otro sudoeste extremo guiñaba el ojo por jugar: para ver cómo cambia la perspectiva, la disposición de planos y niveles de su percepción visual; para ver cómo al guiñar se acercan y distancian objetos y figuras –para el caso el pan y la carne sobre las mesas, o el sitio de los comensales, para ver cómo se aplastan y confunden, en una sola figura, la del aeda y la del escanciador.

Revista Boliviana de Investigación,
vol. 13, núm. 1 (mayo, 2018): 179-186

Rodrigo Hasbún. *Los afectos*
La Paz: El Cuervo, 2015. 140 pp.

Sulma Montero. *Serena*
La Paz: Editorial 3600, 2015. 88 pp.

Alfredo Grieco y Bavio. *Plato Paceño*
La Paz: Plural editores 2015. 185 pp.

Tropos desterritorializados

Guillermo Delgado P.

En el año 2015 se publicaron tres volúmenes literarios que privilegian el tropo desterritorializado del *viaje*. Son novelas. Como quien vive en un escenario intangible, efímero, coinciden estos novelistas, separadamente, con el habitar realidades de mundos fragmentados. Mi rol como lector es privilegiar aquí esos espacios narrativos que descentran al país boliviano en el contexto de sorprendentes desplazamientos que la globalización ha recreado como *mal de siècle*.

Personajes y ámbitos se entrecruzan en estas novelas: desde la lejanía de una Alemania que se derrama entre las grietas del suelo latinoamericano hasta la proximidad de la Argentina, el Chaco, el Paraguay, el Brasil. A diferencia de narrativas de la literatura boliviana que tienen algo de herméticas,¹ *mediterráneas* se ha dicho alguna vez, estos textos se detienen en una Bolivia como espacio cultural al que se llega o desde el que se parte. Los desplazamientos

1 Sin duda, he pensado en *Felipe Delgado* de Jaime Saenz, también *En el país del silencio* de Jesús Urzagasti, en los cuentos mineros de René Poppe o los de Víctor Montoya. También en las novelas de Néstor Taboada Terán, en la sostenida obra de Manuel Vargas e incluso en la más reciente *Hablar con los perros* de Wilmer Urrelo.

retratados son inestables y ocupan espacios frágiles, son a veces instantáneos o pasajeros, en un mundo de diálogos que añoran cierta proximidad humana, un antídoto contra la alienación del presente. El novelista Juan Pablo Piñeiro, como respondiendo, extrajo de sus lecturas urzagastianas una sabia observación: “Quien quiera navegar en la imaginación primero deberá cruzar a pie la realidad”. Así, memorias, filias y fobias, emociones, prejuicios, reflexiones e inflexiones que, provocantes, se tropiezan en jornadas viajeras. Se nos ofrecen, en suma, esas profundas paradojas del habitar, el deambular a menudo sin sentido, casi arrastrados.²

He notado que, como lector, a veces solo me detengo en frases y oraciones, ese “espíritu de la letra” (Carlos Medinaceli) que me remite o distrae en intertextos en vez de considerar *la enteridad* de las obras. Aquí, sin embargo, con el ánimo de alentar la lectura, van unos comentarios a las novelas de Sulma Montero, Alfredo Grieco y Bavio y Rodrigo Hasbún.

Los afectos

De esos mundos desplazados y dispersos, Rodrigo Hasbún recoge en su novela *Los afectos* (2015) una historia que juega con pasadas sagas, provocantes de aquello que los alemanes llaman *Anfechtungen* –tribulaciones, penas–. Como las otras novelas que aquí comentamos, tiene como tropo el viaje, un viaje vertical y un descenso. Ese movimiento también podría trasladarse como metáfora de triunfos y derrotas, de cierta inmolación de una familia que, como tropo, se presta a ser novelada. Un personaje nos advierte: “No es cierto que la memoria sea un lugar seguro. Ahí también las cosas se desfiguran y se pierden”. En *Los afectos* se vuelve a confirmar aquello que Borges nos dejó como legado: “El propósito de abolir el pasado ya ocurrió en el pasado

2 Tal vez podría insinuarse cierto diálogo temático con autores como Liliana Colanzi (*Vacaciones permanentes*, 2011) y Maximiliano Barrientos (*Diario*, 2009), legítimos representantes de una literatura boliviana del neoliberalismo como ausencia de sentido, tedio ensimismado.

y –paradójicamente– es una de las pruebas de que el pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible; tarde o temprano vuelven todas las cosas, y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado”.

El de Hasbún es un libro bellamente logrado. En su prosa, se registra la dinámica de varias voces que confluyen en un itinerario de abandono y búsqueda. La novela está dividida en dos partes complementarias (subdivididas a su vez en seis partes cada una). Una voz en particular, en diálogo con voces complementarias, articula la historia: presumiblemente alguien que “se salva” para contarla. A través de estos personajes nos situamos en los predios de una historia verificable: diríamos que la novela ejercita un diálogo con el segundo lustro de los 1960, con “los hijos de aquel encuentro mágico entre Marx y Rimbaud soñado en todos los mayos de los años sesenta: cambiar la Vida, cambiar la Historia”, como apuntaría Manuel Vásquez Montalbán.

El novelista reconstruye una saga de personajes que se enredan en esa historia que hizo del país titular de tabloides en todo el mundo. La trama se concentra en una familia, desplazada por las circunstancias, históricas también, de Alemania a Bolivia. Sigue la suerte de tres hermanas, de las cuales una en particular, Monika, ocupa toda la novela. Muchacha joven, inquieta y feral, íntimamente soliviantada por las indetenibles olas inconformes de aquella década de mayos, dejaría una mella indeble en la psiquis internacional de la guerra fría en lo que en aquellos tiempos se llamaba el Tercer Mundo. Algún certero observador de la política internacional dijo alguna vez que “es en Bolivia donde se anticipan en pequeño las grandes cosas que suceden en el mundo. Es allí donde se las ve en forma descarnada, donde se adelanta un ensayo, una minúscula *premier*”.

El viaje que Hasbún narra es un viaje esperanzado que se transforma en uno suicida, es el abyecto decantarse de una familia que se va diluyendo poco a poco, mezcla de evasiones pero al mismo tiempo de enfrentamientos, desnudos y trágicos momentos que en aquellas épocas sobrevivieron como rumores tanto en un continente como en el otro. Es la historia de una generación que

huye y que a falta de un propósito inventa uno, casi imitando la alucinación de los conquistadores, aún en busca del Gran Paitití: “nos espera hace siglos, dijo, llegaremos cueste lo que cueste”, y la de una nueva generación desenraizada, con propósitos de readaptarse a un lugar desconocido.

En este novelar el autor retorna a la escena del crimen y reconstituye por vez primera personajes que adquieren una profundidad anímica creíble, un poco en dirección de la novela de la guerrilla del Che *Que el sueño era tan grande* de Juan Ignacio Siles del Valle (2001) o de la biografía del Che del mexicano Paco Ignacio Taibo II (1996) en la que el maestro Carlos Montemayor destacó “esa mirada para los detalles no políticos pero significativos en la persona”. Hasbún convoca además la coherencia de las intimidades psíquicas de una familia que por “accidentes de la historia” está en Bolivia (la familia del camarógrafo de Leni Reifensahl, aquella de los cuerpos aúlicos, atléticos y arioangélicos).

El diálogo y las diversas perspectivas que animan a los personajes de esta narrativa van desde el *debris* colapsado de Alemania hasta aquel movimiento joven y desesperado de Teoponte en Bolivia. (La narradora repentinamente lo menciona: “Por entonces no sabía ni dónde quedaba Teoponte”). En la novela, dos generaciones se enfrentan: una que deja que el tiempo corra para cavar una fosa y la otra que simbólicamente quisiera deshacerse de sus vínculos filiales y que, en su trayecto, deviene mártir.

El libro de Rodrigo Hasbún tiene también algo de profético: esa escondida historia que se desplaza, en estupor, nuevamente en Europa central en pleno siglo XXI, que es como si hubiera salido de una fosa. La misma historia que después de la Segunda Guerra Mundial continuaba en América Latina, y también en Bolivia, escondida entre conocidos teutones que soboreaban *espressos* en el Club de La Paz (también un capítulo en la novela *Plato Paceño*). La historia que vemos resurgir peligrosa y aterradoramente como eurofilia: como se sabe, “la historia infame” siempre ofrece paradójicas sorpresas, aunque es la literatura la que se adelanta. Y nunca

se sabe quién cava qué fosa y para quién. Quizá por eso Walter Benjamin escribió que “no existe un documento de la civilización que también no lo sea de la barbarie”. Otro observador escribió que “los muertos son mucho más importante que los vivos o los muertos valen más cuando están muertos”. La novela de Hasbún bien podría llamarse “las muertas”.

Serena

En *Serena*, Sulma Montero –poeta, pintora, escritora– explora la posibilidad del romance como desafiando tiempos áridos. Retorna en su libro al espacio de lo posible y hasta se podría decir que resuelve habitar otra vez aquellos momentos celebratorios de la vida que desean el calor de la intimidad, la proximidad, quizá el echar de menos una voz, la nostalgia de haber perdido algo amado. Como tropo clásico de la literatura, el viaje aquí es también un hilo conductor. Entre fecundidad, primicia y celebración, la irreversibilidad tanática convoca a quienes respiramos a ejecutar los ritos necesarios de las despedidas finales.

Esta novela es *ridícula* –reza la contratapa– porque se acerca al romance de Serena y Manuel: dos biogeografías, dos personajes complementarios que, animados por el eros, desandan el altiplano andino, conversan en Buenos Aires, se extienden en el Paraguay, aparecen en Brasil. Entre geografía, lenguas varias y géneros, sobresalen personajes que alientan la complementaria horizontalidad en la comunicación humana.

Un ángulo ecologista afecta la prosa de la novelista que, con entusiasmo, ilustra la vitalidad de las plantas y los colores que, en la reflexión de su protagonista, Serena, “hermanándose con los misterios de la naturaleza” adquieren voces comunicantes que nos alcanzan sus propios mensajes.

El desplazamiento humano entra aquí en regiones que cargan añejas historias de tragedia (la Guerra del Chaco) y que ahora intervienen en forma renovada y viva. También reaparece el guaraní en la cadenciosa y acentuada expresión de Manuel, Tulipa y Tumi: espacio emotivo que, a través de su propia afirmación

lingüística, revela la humanidad que allí florece. “¿Mba'eichapa reiko? —¡Iporâiterei ha nde! Quisiera pensar que el texto rinde algún indirecto homenaje a los personajes de Roa Bastos.

En una visita a Sulma, apenas publicada la obra *ridícula* que ahora comento (Fernando Pessoa decía “que todas las cartas de amor son ridículas”), noté que ella emergía de aquel periodo de soledades y duelo que provoca la muerte de un ser querido. Yo le llevaba un texto de regalo, en el que conmemoraba mi vieja amistad con Jesús Urzagasti. (Sulma estaba sentada a la mesa sobre la que Norma Klahn, ella, Jesús y yo intercambiamos tantas tertulias y mates cebados, la última vez en el 2012).

Cuando leí *Serena*, nombre que alude a la contemplación (activa), intuí que su narradora hallaba en los secretos de la naturaleza “un contrapunto donde las palabras se confunden con los aromas y perfuman con su misterio los sentimientos”. Se enuncia de hecho una apertura a lo que ahora se conoce como plurinaturalismo, una ecoliteratura que nos invita a deshacernos de la re/representación de la naturaleza que la modernidad cartesiana o baconiana solo narra como muerta o sin ánimo. En efecto, plantas, ríos, pájaros, árboles siempre participaron de cierto hilozoísmo y ahora nos damos cuenta de que es más compleja que la palabra que la nombra.

Hoy sabemos que, en cuanto ‘naturaleza’, el Chaco no solo es muy diferente del altiplano sino de la Amazonía, diferente del fecundo verdor de las ciudades del Brasil o del Paraguay, diferente de las vorágines a la Eustaquio Rivera y mucho menos un “infierno verde”. Es complemento de lo humano ya descentrado. Así el quebracho y el guaranguay respiran y nos legan mensajes vitales: “Manuel reconoció en la mirada de su madre un manantial de aguas dulces al que acudía a calmar su sed, todo esto en un territorio que podía entender a las mariposas amarillas que sobrevolaban la geografía del origen”.

Serena tiene dieciocho partes y su lectura es un ejercicio poético. Es prosa que traduce la fibra de lo que sobrevive la muerte o el silencio o la soledad: “En otro bote que surca el mismo mar, navega él con sus sueños cargados de tinta negra”.

Plato Paceño

Hablando de multinaturalezas y pluriculturalidades, tuve la alegría de compartir un diálogo con Alfredo Grieco y Bavio gracias a la hospitalidad de Silvia Rivera Cusicanqui, en La Paz. Allí, alrededor de un plato paceño (una coincidencia), surgió una referencia histórica a la palabra “boquerón” que, según Alfredo, ya era usada durante la infame guerra (aunque todas lo son) de la Triple Alianza. Corría el año 2016.

Unos días antes a aquel encuentro, en una visita a Plural editores, ya había visto la novela *Plato Paceño*, una de las sugerencias bibliográficas de mi amiga Ana Rebeca Prada. Ya el título es una invitación a fijarnos en La Paz y quisiera pensar que también una venía a *Imágenes paceñas* de Jaime Saenz, una ciudad-personaje de “doble fisonomía” y que Valeria Canelas describe como “una ciudad ambivalente”. Pero Grieco y Bavio retrata una ciudad de espacios ya no solo ambivalentes sino plurivalentes, más cercana a lo que Marc Augé llamó los *no-lugares*. Es cierto, los tiempos cambian, y muchísimo, especialmente si releo a don Julio de la Vega y su *Cantango por dentro* (1986) que también se centra en La Paz, pero en tanto ciudad rememorada y no cotidiana.

Se podría decir que en *Plato Paceño* se recupera el itinerario de Concolorcorvo y su primeriza guía viajera de tiempos coloniales. Pero el suyo es un ir y venir en el que son varias las modernidades al alcance: Europa, Argentina, la Amazonía, reflejo acaso de lo que Silvia Rivera Cusicanqui llama “una condición *ch'ixi*”, el espacio ambiguo donde se entrecruzan múltiples tiempos, orígenes, lenguas, géneros, etnicidades, *no-lugares*: “un fértil proceso de articulación, yuxtaposición, contradicción entre diversos horizontes de pensamiento y acción”.³ Mauricio Souza, en un comentario sobre *Plato Paceño*, lo precisa aun más: “En esta novela nada está claro, nada persevera en lo que dice o cree ser, todo deviene y cambia, como en un gran y ansioso proceso sin dirección aparente”.

3 *El Colectivo 2. Memoria y presente de las luchas libertarias en Bolivia*. Tembladerani: Piedra Rota, 2011, p. 5.

¿Cómo novelar esos mundos *ch'ixi*, aparentemente inalcanzables o constantemente desplazados, efímeros, casuales o de casualidades/causalidades, imposible de capturar en una pasantía? No es un accidente que Alfredo haya residido en Bolivia con insistencia: es un testigo ocular y auditivo. Y su libro es parte de una rica literatura postnacional: lo argentino se disuelve en lo boliviano y viceversa.

En la novela, el narrador Andrés se desplaza de la Argentina a Bolivia y en su camino de residencias temporales y sistemáticas, choca una viva pluriculturalidad, gajes del “trabajo de campo”, de una “inmersión total”, del “observador participante” (este último un concepto que el antropólogo Michael Taussig siempre consideró una especie de esquizofrenia). Y, al mismo tiempo, es una novela de la cotidianidad en la que aparecen el sumaq qamaña, los jilatas, la lingüística aymara, una wawa, el CIDOB, el Hotel Alaska, los mensajes de correo electrónico, los blogs, las tensiones de pareja y se insinúa algo que podría ser una “etnografía del humor y del rumor”.

Como un trasfondo o telón, los cambios o “transformaciones sociales” sociales se sugieren en *Plato Paceño* mientras los entreverados personajes se desplazan no solo por un territorio: el de las dificultades de la certitud, de las ambigüedades del traducir, de los límites de la palabra, de la fuerza de la imagen, de la presencia del sexismo, del clasismo, del prejuicio racializado, de las emociones y afectos, *pathos* y *eidos* incrustados en conversaciones que rara vez emergen en los “estudios sistemáticos” (que aun tienden a afirmar precisiones del dualismo cartesiano, “ese deseo inútil de comprender”). Y Andrés aparece ahí, provocándonos y traduciendo, como un tamiz que detiene lo menos digerible o afinando una filología popular: “posero el gaucho, yaaaaaaaaa”.

Plato Paceño es una novela que nos hace tambalear, nos examina, nos obliga a salir de nuestras zonas cómodas, nos abre mundos, aquí y allá, en constantes tensiones, asunciones y presunciones. ¿Cómo sabemos lo que sabemos? ¿Cómo entender Bolivia? ¿Qué es la Argentina?

Revista Boliviana de Investigación,
vol. 13, núm. 1 (mayo, 2018): 187-200

Jean-Paul Faguet: *Descentralización y democracia popular: Gobernabilidad desde abajo en Bolivia*
Traducción de Isabel Bastos
La Paz: Friedrich Ebert Stiftung, 2016.
374 pp.; ISBN 9789997467218

Descentralización y democracia

Marco Antonio Del Río Rivera

En 2013 Jean-Paul Faguet, profesor de Economía Política del Desarrollo en la London School of Economics and Political Science, fue galardonado con el W.J.W. Mackenzie Book Price por su libro, publicado el año anterior, *Decentralization and Popular Democracy: Governance from Below in Bolivia*. El profesor Faguet es un experto en el estudio de procesos de descentralización. En su trabajo con organismos internacionales como el Banco Mundial, el Banco Interamericano de Desarrollo o las Naciones Unidas ha estudiado con detalle este tipo de procesos en diversos países: Bolivia, Colombia, Bangladesh. Gracias a la fundación alemana Friedrich Ebert Stiftung y al trabajo de traducción de Isabel Bastos ahora este libro está disponible en castellano.

Un libro que, nos lo señala el propio autor, es “la culminación de veinte años de investigación”. El profesor Faguet residía en La Paz, en 1994, cuando se promulgó la Ley de Participación Popular (el 20 de abril de 1994, para ser precisos). Hoy, luego de más de una década de una feroz retórica gubernamental contra los gobiernos y reformas “neoliberales” de los años noventa, muchos bolivianos, en especial los más jóvenes, quizá no pueden imaginar que en esos años se vivió en el país una verdadera euforia reformista. El MNR liderado por Gonzalo Sánchez de Lozada había ganado las elecciones de 1993 con una serie de propuestas articuladas en el Plan de Todos. Instalado el nuevo gobierno, se inició un proceso

de reformas: capitalización, reforma del sistema de pensiones, reforma educativa, creación del Sistema de Regulación Sectorial, y entre ellas, la Participación Popular.

Faguet recuerda que la capitalización, la reforma educativa y la reforma del poder ejecutivo despertaron el mayor interés en las oficinas del Banco Mundial, tanto en La Paz como en Washington. En cambio, la Ley de Participación Popular (PP) fue simplemente ignorada. Es falso –dice– que la descentralización haya sido una reforma impuesta por los organismos internacionales al gobierno de Bolivia y recuerda que los comentarios eran más bien de burla: “están legislando la participación” y “podríamos irnos a casa si legislan la felicidad”.

Otra hipótesis que se manejaba era que la Participación Popular era una reforma “distractora”, una suerte de reforma menor que ayudaría a distraer a la gente de las otras reformas más sustantivas. Faguet considera esta tesis una trivialidad: basta recordar “las inmensas marchas de protesta en contra de la capitalización y de la reforma educativa en las principales calles de La Paz”. Por el contrario, cree que la Participación Popular fue una reforma fundamental, que transformaría la política boliviana e incluso ayudaría al posterior ascenso de Evo Morales al poder. Pero en ese momento, sus gestores no tenía todavía una idea precisa de sus futuras implicaciones.

Pese a la opinión displicente de sus colegas del BM, Faguet –nos cuenta– intuyó que la PP tendría efectos dignos de estudio. Se puso por eso a la faena, es decir, empezó a recopilar datos y a realizar entrevistas para evaluar la reforma, en un paciente programa de investigación al que dedicaría muchos años. Es por eso que el libro construye dos objetos de investigación que se cruzan sistemáticamente: por un lado, los efectos económicos de la PP y, por el otro sus efectos políticos. (En el orden expositivo del libro, se comienza con los primeros y luego se aborda los segundos).

Faguet destaca dos aspectos de la PP y de la descentralización: a) su simplicidad; b) su sinceridad. En efecto, la Ley 1551 de la Participación Popular tiene solo 39 artículos y sus planteamientos son simples. Fueron –dice– cuatro los “núcleos” que definieron la Ley:

1. Asignación de recursos: Los municipios recibirían el 20% de los ingresos nacionales y los recibirían de acuerdo a una regla simple y clara: por población. Faguet nos recuerda que esta regla no es del todo equitativa, pero que tiene la virtud de la claridad y favorece la transparencia.
2. Responsabilidad en la prestación de servicios públicos: Los municipios se hacen cargo de la infraestructura local de prestación de servicios públicos: salud, educación, caminos, agua y saneamiento básico, riego, deportes y cultura. Los salarios de los funcionarios públicos, en estas actividades, siguen siendo de responsabilidad del gobierno nacional. El gobierno nacional transfiere esta infraestructura a los gobiernos municipales.
3. Comités de vigilancia, como órganos de control y propuesta, paralelos a los consejos municipales, con poder de suspender los desembolsos de la PP en caso de sospechas de corrupción o uso inapropiado de los fondos por parte del ejecutivo.
4. Municipalización: Se crearon 198 nuevos municipios (para llegar a 315 municipios en el país). El concepto de municipio deja ser estrictamente urbano y se convierte en un concepto espacial básico de gobierno.

Faguet considera la simplicidad de la Ley de PP ya un indicio de su *simceridad* y verdadera disposición a impulsar el proceso de descentralización. Esto –lo destaca varias veces en su libro– es digno de estudio: en general, quien ocupa el poder no está dispuesto a desprenderse de él. ¿Por qué razones un gobernante, o un gobierno, estaría dispuesto a ceder poder no solo a sus subalternos, sino incluso a otras fuerzas políticas? Volveremos sobre este punto más adelante.

Faguet estudia luego los efectos de la Ley de PP –y el proceso de descentralización que desencadena–. Usa para ello –y según sus necesidades– diversas metodologías y enfoques, lo que obviamente enriquece su investigación y proporciona fortaleza a sus planteamientos y conclusiones. En términos metodológicos, sus herramientas son múltiples: a) métodos de análisis cuantitativo de datos, tanto sencillos (estadísticas descriptivas) como más

sofisticados (estimaciones econométricas); b) métodos de investigación cualitativa; c) elaboración propositiva de modelos, tanto formales (matemáticos) como cualitativos.

El libro tiene ocho capítulos, pero podría decirse que su exposición se define en cinco momentos, cada uno caracterizado por un objeto de estudio y una metodología. Veamos:

En un primer momento de su análisis, Faguet busca determinar los efectos inmediatos de la Ley de PP y la descentralización tanto en términos espaciales como sectoriales. Para ello, utiliza datos de la inversión pública de 1987 a 2007. En el análisis por sectores, se demuestra claramente un cambio de destino: de una inversión pública orientada fundamentalmente a la producción y a la infraestructura, a partir de 1994 se prioriza la inversión en capital humano e infraestructura. Este cambio, en el libro, es presentado en sencillos pero elocuentes gráficos. También es notorio cómo se incrementa la inversión en desarrollo urbano, en especial en los primeros años de la Ley de PP. Y se sugiere también un cambio en los patrones de inversión pública municipal: en los primeros años se observa mucha inversión en obras visibles, pero con el tiempo la inversión pública local se va concentrando en otras áreas, lo que demuestra un proceso de aprendizaje.

A partir de su análisis, Faguet propone cuatro conclusiones:

La descentralización parece estar asociada con un gran cambio en la inversión pública que va de la producción a la formación en capital humano y servicios básicos.

El cambio en las prioridades de inversión fue impulsado de manera desproporcionada por los más pequeños, los más pobres y los más rurales municipios de Bolivia.

A través del criterio de distribución igualitaria por habitante, la descentralización produjo un cambio masivo de recursos a favor de distritos más pequeños y pobres.

El gobierno descentralizado hizo una distribución de los recursos públicos a lo largo del espacio más equitativa que lo hecho por el gobierno central anteriormente.

Faguet cierra esta parte de su análisis preguntándose si los cambios en la inversión pública local fueron receptivos a las necesidades de los ciudadanos. Para responder, utiliza sencillos diagramas de dispersión: en el eje horizontal coloca alguna medida de la necesidad social de algún servicio público (por ejemplo la tasa de analfabetismo como indicador de las necesidades de educación) y la inversión *per cápita* realizada por el gobierno central o los gobiernos municipales. Elabora diagramas por períodos: 1987-1993 (pre Ley de PP), 1994-1996, 1997-2002 y 2003-2007. Y se ocupa de la educación, la agricultura, el agua y saneamiento, salud y el desarrollo urbano. En el caso de la educación es notable el cambio. Antes de la Ley de PP el gobierno central invertía más en unos pocos municipios donde, además, el analfabetismo era menor; en cambio, luego de la Ley de PP los gobiernos municipales empiezan a invertir más precisamente en los municipios con mayor analfabetismo. Situaciones semejantes se observan en los demás sectores analizados. Faguet llega así a su quinta conclusión general:

Las decisiones de inversión por parte de los gobiernos locales tuvieron mucha más capacidad de respuesta a las demandas locales de las que tuvieron antes las del gobierno central.

Los análisis precedentes son análisis agregados, en los cuales se busca encontrar respuestas genéricas. ¿Cómo opera la realidad concreta en cada municipio? ¿Cómo funciona y se aplicó la Ley de PP en cada uno de los 315 municipios del país? Para responder estas preguntas, en un segundo momento de su periplo investigativo, Faguet decide ir a municipios concretos a ver cómo ocurrieron las cosas. Al parecer, Faguet hizo un minucioso trabajo de investigación de campo en nueve municipios: Atocha, Baures, Guayaramerín, Sipe Sipe, Porongo, Charagua, Viacha, Sucre y Desaguadero. En el libro, se nos informa de los resultados de su investigación en dos municipios donde las cosas funcionaron en forma extrema: Viacha, el peor, y Charagua, el mejor. A cada uno de estos casos, se le dedica un capítulo entero.

En esos lugares, Faguet entrevistó al alcalde, a los concejales, a los miembros del comité de vigilancia, a los líderes comunitarios, a las juntas vecinales, a las autoridades locales (de educación y salud), a las autoridades militares, a los dirigentes empresariales y a los altos ejecutivos de las empresas del lugar. En el caso de Viacha, se constata, por los testimonios, que un alcalde corrupto tuvo éxito en neutralizar la fiscalización tanto del concejo municipal como del comité de vigilancia, en una demostración de habilidad política, sin duda, pero también evidencia de la presencia distorsionadora de la Cervecería Boliviana Nacional, la empresa más importante del lugar, cuyo socio mayoritario, Max Fernández, era también el líder nacional de la Unión Cívica Solidaridad UCS, el partido político del alcalde. En tal escenario, los efectos de la Ley de PP no solo fueron nulos sino incluso negativos.

En otro lugar del país, en cambio, Charagua, la conjunción de un alcalde del Movimiento Bolivia Libre (MBL) con la Asamblea del Pueblo Guaraní (APG) permitió una excelente gestión municipal: los recursos de la PP fueron invertidos conforme las demandas ciudadanas y los mecanismos de control y fiscalización funcionaron bien.

Estos análisis, a partir de un trabajo de campo realizado en 1997, permiten a Faguet replantear el tema de los resultados de la Ley de PP y del proceso de descentralización en términos de estudios de caso. Si los resultados agregados hablan de efectos globales, estos casos mostraban que los resultados concretos, por municipio, podían moverse en un amplio espectro. Y aunque los efectos de la Ley de PP fueron positivos en la mayoría de los municipios, no los fueron en todos. ¿Cómo entender esta variabilidad? ¿Por qué la misma norma puede tener efectos diversos?

La decisión de realizar estudios de caso, con técnicas de investigación cualitativa como la entrevista y la observación, responde a una inquietud metodológica más amplia. En efecto, Faguet es muy crítico con las investigaciones que abordan el estudio de los procesos de descentralización en varios países a la vez. Las diferencias entre naciones –su historia, sus costumbres, sus leyes, etc.– son muy significativas como para asegurar resultados relevantes.

Le parece más útil un estudio detallado y minucioso de un solo proceso para detectar sus particularidades, en un solo país, como lo ha hecho él con Bolivia.

Los casos de Viacha y Charagua podrían interpretarse a partir de consideraciones anecdóticas. Es más: dada la importancia, complejidad y multiplicidad de factores locales, se podría ceder a la tentación de renunciar a la construcción de un modelo teórico. Pero Faguet no cede a esa tentación y de hecho abre el tercer momento de su investigación haciendo dos cosas: construye un modelo formal y luego vuelve a los datos estadísticos. Analiza así el proceso de descentralización en el período 1987-2007.

El modelo teórico construido por Faguet considera la interacción de dos actores: el gobierno central y el gobierno local. Ambos proveen bienes públicos a la comunidad, pero desde capacidades distintas: el gobierno local tiene más información sobre las necesidades de la población; el gobierno central puede ser más eficiente (puede aprovechar economías de escala o dispone de mejores profesionales, por ejemplo). Estos actores interactúan “a la Stackelberg”: el gobierno local es *seguidor*, con un comportamiento adaptativo, mientras que el gobierno central es *líder* con un comportamiento estratégico.

¿Conclusiones? Que bajo ciertas condiciones es factible una provisión conjunta –central/local– de bienes públicos, pero que, en extremo, la superior eficiencia del gobierno central puede derivar en su monopolio de la provisión de los bienes públicos. Y a partir de su modelo, Faguet infiere que el gobierno central deberá ocuparse tendencialmente de proveer aquellos bienes públicos en los que es más eficiente por la presencia de economías de escala y/o se requiere conocimiento especializado: la defensa nacional, la educación superior o la protección del medio ambiente. En cambio, para los bienes que son parte de un sistema a pequeña escala o son muy dispersos –y cuando los individuos están bien situados para evaluar sus propias necesidades– es mejor que sean provistos por el gobierno local: la educación primaria, la atención sanitaria, etc.

Con estas conclusiones en mente –y retomando lo aprendido sobre procesos políticos de los estudios de Viacha y Charagua–

Faguet regresa a su base de datos de la inversión pública de los municipios de Bolivia para el período 1987-2007 y procede a construir una batería de modelos econométricos.

La modelización econométrica se descompone en dos partes. En la primera, la interrogante es: ¿cambió la descentralización los patrones de la inversión pública? Se propone al respecto una serie de modelos en los que la variable dependiente es la inversión pública municipal por sector (educación, salud, etc.) en miles de bolivianos constantes del año 2000 y las variables independientes son variables binarias que capturan tres elementos: el municipio, el año y el Estado (0 antes de la Ley de PP y 1 después de Ley de PP). Los resultados obtenidos permiten a Faguet concluir que la Ley de PP sí afectó la inversión municipal en los sectores de educación, transporte, agricultura, energía, comunicaciones, desarrollo urbano, agua y saneamiento, salud y manejo de cuencas, mientras que la industria y el turismo no parecen ser afectados por la descentralización.

En la segunda parte de su modelización econométrica intenta responder esta interrogante: ¿El cambio en la inversión municipal observado depende de los indicadores de necesidad? O sea, busca determinar si la inversión local fue sensible a las necesidades locales. Faguet construye una segunda batería de modelos en los que las variables explicativas son los coeficientes calculados en los modelos anteriores, que vendrían a medir el impacto de la descentralización en la inversión sectorial, y las variables explicativas son indicadores de necesidad del bien público y un grupo de variables institucionales y cívicas (como el número de OTB, el número de grupos indígenas, el número de juntas vecinales urbanas, el número de empresas, y otras variables que se refieren a las capacidades municipales de planificación, formación, uso de tecnologías de la información y participación en el gobierno central). En el caso de la inversión educativa, por ejemplo, como indicadores de necesidad se utilizan la tasa de analfabetismo por rangos de edad y la tasa de asistencia escolar. En la inversión en agua y saneamiento se usa el porcentaje de población sin alcantarillado.

Para cada sector, Faguet elabora varios modelos (entre tres y seis) con especificaciones alternativas, pero los resultados son

semejantes y los valores de los coeficientes parecidos, lo que indica que los resultados son robustos. En educación, en agua y saneamiento, en salud, en agricultura y en desarrollo urbano se tienen coeficientes significativos (al 1%, al 5% y en algún caso al 10%) lo que indica que la inversión municipal fue sensible a las necesidades locales. Solo en el manejo de cuencas los coeficientes no fueron significativos.

En suma, Faguet logra validar los resultados logrados en un primer momento sobre el impacto de la Ley de PP pero ahora a partir de un modelo teórico y una modelización econométrica, técnicas de análisis más sofisticadas y rigurosas.

El libro podría haber concluido acá. Faguet inicia, sin embargo, un cuarto momento de reflexión y análisis: se sumerge en la reseña y crítica de la amplia literatura sobre descentralización. Encuentra, por ejemplo, paradójico que mucho de la literatura sobre el tema haya tratado la descentralización de forma “centralizada”, o sea, suponiendo que dada la reforma deberían esperarse resultados simétricos. Empieza su revisión con un recuento de los argumentos a favor de la descentralización:

- Aumenta la participación ciudadana.
- Mejora la rendición de cuentas y la capacidad de respuesta.
- Profundiza la democracia.
- Fortalece las libertades individuales.
- Mejora el desempeño económico.
- Aumenta la estabilidad de las políticas públicas.
- Reduce la burocracia (del gobierno central).
- Disminuye el gasto público.

Y enumera los argumentos en contra:

- Disminuye la eficiencia en la producción de los bienes públicos.
- Disminuye la calidad de la formulación de políticas públicas.
- Aumenta la malversación del gasto público y la corrupción.
- Facilita la captura del gobierno local por las élites locales.
- Aumenta los déficits fiscales y por tanto la inestabilidad macroeconómica.

Faguet analiza en detalle cada uno de estos argumentos, los pondera: en algunos casos los rescata como válidos, en otros los desecha. Pero luego pasa a considerar también la literatura empírica, que evidencia una considerable ambigüedad de resultados. Frente a esta ambigüedad tanto de la teoría como de la evidencia empírica, ¿por qué las propuestas de descentralización generan tanto entusiasmo en los reformadores? Faguet cree que es necesario replantearse la definición misma de descentralización, un concepto a veces erróneo o ambiguo. Propone la siguiente definición:

Descentralización es la devolución por parte de un gobierno central (esto es, nacional) de funciones específicas –con todos los atributos administrativos, políticos y económicos que estas conlleven– a los gobiernos democráticos locales (esto es, municipales) que son independientes del central dentro de un ámbito geográfico legalmente delimitado y funcional. (212)

La descentralización es, entonces, “un acto de desprendimiento, en el cual el gobierno central devuelve recursos y autoridad a funcionarios localmente elegidos que son libres de usarlos como quieran”. En esta definición, los protagonistas de un proceso de descentralización son los propios gobiernos locales y los ciudadanos y organizaciones a nivel local. Es obvio que el gobierno central aún tiene un dominio general relevante, pero sin duda el proceso de descentralización dependerá en gran medida de la propia política local, de los incentivos, intereses e influencias de los actores locales, tanto individuales como colectivos. Solo en ese nivel de análisis se pueden interpretar las abismales diferencias entre Viacha y Charagua en 1997.

Es en este nivel del análisis que Faguet destaca el concepto de *autoridad residual*: “la autoridad sobre todos los recursos que no están explícitamente asignados” (213). La pregunta clave en un proceso de descentralización deviene esa: ¿quién tiene la *autoridad residual*? Es obvio que en un proceso de descentralización la autoridad residual debe expandirse a todo el sistema, a *derramarse*,

para usar una metáfora líquida, a todo el sistema, y en una sociedad democrática afincarse en la periferia. Pero si la autoridad residual permanece en los centros de poder, no se ha producido un sincero proceso de descentralización.

Faguet se ha desplazado de la economía a la política: entra en el quinto momento de su análisis. Opera aquí como antes: configura un instrumento teórico y procede luego a su verificación empírica. En su modelo, lo que interesa es el proceso político local, el determinante fundamental del éxito o del fracaso de un proceso de descentralización (bajo la premisa de que es sincero).

Lo primero es identificar a los actores: económicos (empresas), políticos (partidos y otros) y finalmente la sociedad civil (no como una masa atomizada de individuos, sino como organizaciones que representan a los vecinos en algún tipo de demanda más o menos específica).

Los partidos políticos tienen una triple interacción. Por un lado, interactúan con los ciudadanos a través de promesas a cambio de votos, pero considerando que las elecciones no suponen ni un contrato ni establecen necesariamente una agenda. Las elecciones solo asignan el poder para la toma de decisiones colectivas. Por otra parte, tenemos las relaciones entre los partidos políticos y el entramado económico de la sociedad, en especial las empresas y las organizaciones empresariales. Esta relación es relevante pues en ella la influencia política de las empresas se obtiene a cambio del dinero, con el cual se financian los partidos políticos, tanto para existir como para financiar las campañas electorales. Finalmente se tiene la relación entre los partidos políticos y la sociedad civil. En esta interacción los partidos ofrecen la provisión de bienes públicos en caso de acceder al poder, pero las organizaciones de la sociedad civil proporcionan información sobre las preferencias sociales, las respuestas ciudadanas ante ciertos hechos o políticas (el grado de satisfacción) y en muchos casos pueden ser contrapartes para efectos de planificación o para evaluar intervenciones anteriores.

Identificada la estructura del sistema del poder local, se debe proceder a analizar su funcionamiento dinámico. Aquí Faguet señala que la calidad del proceso político local es la determinante

fundamental de la capacidad de respuesta y la rendición de cuentas del gobierno local. Los elementos centrales para un proceso político de alta calidad son: 1) la diversidad y heterogeneidad de los intereses económicos y sus compromisos políticos, 2) la multiplicidad, densidad y capacidad de las organizaciones de la sociedad civil, y 3) la apertura y competencia política sustantiva. Faguet ilustra el funcionamiento de todos estos elementos con los datos de Viacha y Charagua.

Finalmente, pone a prueba su modelo teórico –sobre los determinantes de la calidad del gobierno local– a través de la elaboración de modelos econométricos. Otra vez, la variable dependiente es la inversión *per cápita* por sector económico. En el libro, se comentan los resultados de tres sectores: educación, desarrollo urbano y salud. Las variables explicativas son múltiples: variables que miden la necesidad del bien (en educación, la tasa de analfabetismo, por ejemplo), el número de empresas del sector privado, el número de organizaciones de la sociedad civil presentes en el municipio y algunas variables de control. Además de las variables como tales, los modelos incluyen términos cruzados de interacción entre las variables de necesidad y las variables del número de empresas y el número de organizaciones de la sociedad civil. Desde el punto de vista de su modelo teórico Faguet espera que los coeficientes de los indicadores de necesidad y del número de empresas y del número de organizaciones sociales sean significativos, pero además también espera que los sean los coeficientes de los términos cruzados. Para cada sector muestra cinco modelos con distintas especificaciones o para distintos periodos de tiempo.

En todos los casos y en general, los resultados econométricos validan la propuesta teórica de Faguet. Es decir, que mientras mayor diversidad hay en el tejido empresarial y en las organizaciones sociales, y mientras mayor sea la interacción entre ellas, cabe esperar una mejor calidad del proceso político: el gobierno local tendrá una mayor capacidad para atender las demandas de la ciudadanía.

Faguet volvió a Viacha y Charagua el año 2009: el gobierno local de Viacha había mejorado sustancialmente (desde 1997) y

Charagua había profundizado la calidad de su gobierno municipal. Nuevamente, el libro transcribe los diagnósticos de los líderes locales sobre las causas del cambio y esboza una interpretación desde el punto de vista del modelo propuesto en las páginas precedentes.

El libro de Faguet destaca las virtudes del proceso iniciado en 1994: la Ley de PP y la descentralización tuvieron –dice– la virtud de ser *sinceras*, *simples* y de implementación *veloz*. Hubo sinceridad pues hubo, en efecto, una transferencia de responsabilidades y de recursos del gobierno central a los gobiernos municipales. Fue simple pues el criterio “por población” permitía rapidez y claridad en cuanto a los montos transferidos. Y funcionó como una terapia de shock: inmediata y sin mayores trámites. Esto, lo destaca Faguet, es importante, pues no dio tiempo a que la burocracia central u otros actores pudieran organizarse y sabotear o distorsionar el proceso.

Una pregunta política que Faguet se plantea en varios lugares es esta: ¿por qué el gobierno de Sánchez de Lozada implementó la Ley de PP? En sus conclusiones, propone una posible respuesta: El MNR era un partido político en declinación y necesitaba renovarse. Buscó por eso una reforma que lo devolviera al centro del campo político.

Concluyo mi revisión de este valioso libro con tres observaciones que creo necesarias. La primera es que Faguet asume acriticamente la historiografía convencional del país: sigue las líneas de interpretación del nacionalismo revolucionario (en la versión de James Dunkerley, que figura en sus referencias bibliográficas). La segunda es que, en continuidad con mi primera observación, creo que Faguet asume como válido un relato dudoso: el de las élites cruceñas y tarijeñas que manipularon la amenaza de secesión para extraer recursos del centro en los años precedentes a la Ley de PP (19). Para quien conoce la historia de las luchas cruceñas, desde el memorándum de 1903, es claro que lo que pedía la élite cruceña era integrarse al país (en esos tiempos por medio de un ferrocarril). Solo con la Guerra del Chaco el gobierno central se dio cuenta de la necesidad y urgencia de integrar al oriente boliviano a su núcleo andino. Por otra parte, la demanda en Santa

Cruz por federalizar el país data del siglo XIX (Andrés Ibáñez). O sea, las luchas cruceñas por un gobierno local tienen una larga tradición, que Faguet sencillamente ignora.

Mi tercera observación tiene que ver con lo que ha ocurrido con el proceso de descentralización luego de que, en enero del año 2006, Evo Morales y el MAS llegaron al poder. En 2009 fue promulgada una nueva Constitución Política del Estado y en 2010 la Ley de PP fue sustituida por la Ley de Autonomías. Faguet, con todo derecho, no toca el tema: las bases de datos con las que ha trabajado llegan hasta 2007. Pero creo que sus ideas podrían ser aplicadas, de forma fecunda, para analizar el proceso de descentralización y la dinámica de la política local en los tiempos del Estado Plurinacional. Las interrogantes son muchas y buenas: ¿Cómo se ha sido afectada la inversión local y la política municipal con el programa “Bolivia cambia, Evo Cumple”? ¿En qué medida las políticas de control y supervisión del gobierno central han hecho que la autoridad residual haya vuelto –o no– a ser centralizada? Faguet transcribe las quejas de las autoridades de Charagua, en 2009, de las dificultades que el gobierno central opone a los desembolsos a los gobiernos municipales o la reducción de transferencias (279). Por otra parte, la Ley de Autonomías parece haber complejizado el proceso de descentralización y retrasado el proceso de consolidación de las autonomías departamentales.

La opinión de Faguet sobre la suerte de la PP y la descentralización municipal en Bolivia conduce a una conclusión fundamental: Realizada con simplicidad, transparencia y sinceridad, la descentralización amplió y profundizó la democracia en Bolivia.

El libro de Jean-Paul Faguet es una obra de Hacienda Federal o Federalismo Fiscal de la mayor relevancia. Tanto por lo sustantivo de su objeto de estudio como por su despliegue de metodologías diversas es una obra que merece ser leída y estudiada.

Comité editorial de la *RBI*

Editor

Mauricio Souza Crespo
Universidad Mayor de San Andrés
souzamm@yahoo.com

Comité Editorial

Pascale Absi
Institut de Recherche pour le Développement
pascale.absi@ird.fr

Xavier Albó
CIPCA
xalbo@entelnet.bo

Luis H. Antezana
Universidad Mayor de San Simón
lhantezanaj@hotmail.com

Denise Arnold
Instituto de Lengua y Cultura Aymara
ilca@accelerate.com

Silvia Arze
Universidad de la Cordillera
silvia.arze@yahoo.com

Rossana Barragán
The International Institute of Social History
rossanabarragan2003@yahoo.com

Thérèse Bouysse-Cassagne
Centre National de la Recherche Scientifique
therese.bouysse.cassagne@gmail.com

Magdalena Cajías
Coordinadora de Historia
magdalenacajias@yahoo.com

Isabelle Combès
Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas
kunhati@gmail.com

Pablo Cruz
Conicet
saxrapablo@gmail.com

Guillermo Delgado
University of California, Santa Cruz
guiller@ucsc.edu

Marco Antonio del Río
Universidad Privada de Santa Cruz
marcodelrio@upsa.edu.bo

James Dunkerley
University of London
james.dunkerley@sas.ac.uk

Andrés Eichmann
Universidad Mayor de San Andrés
apeichmann@gmail.com

Leonardo García Pabón
University of Oregon
lgarcia@uoregon.edu

Raquel Gil Montero
Conicet
raquelgilmontero@gmail.com

Alfonso Gumucio Dagon
gumucio.alfonso@gmail.com

Luis Miguel Glave Testino
Universidad Pablo de Olavide
lmglave@hotmail.com

Laura Gotkowitz
University of Iowa
laura-gotkowitz@uiowa.edu

Alfredo Grieco y Bavio
Museo de la Fundación Pusineri Scala
alfredogrie@gmail.com

Bret Gustafson
Washington University in St. Louis
gustafson@wustl.edu

Alfonso Hinojosa
Universidad Mayor de San Andrés
alfhg67@gmail.com

Christine Hunefeldt Frode
University of California San Diego
chunefeldt@ucsd.edu

Marta Irurozqui Victoriano
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
marta.irurozqui@cchs.csic.es

Brooke Larson
Stony Brook University
brooke.larson@stonybrook.edu

Ana María Lema Garrett
lanitalema@gmail.com

H.C.F. Mansilla
Universidad Mayor de San Andrés
hcf_mansilla@yahoo.com

Françoise Martinez
Université Paris 8
francoise.martinez@u-paris10.fr

José Luis Martinez
Universidad de Chile
jomarcer@gmail.com

Fernando Mayorga
Universidad Mayor de San Simón
fermayorgau@gmail.com

Mario Murillo
Universidad Mayor de San Andrés
marioemurillo@gmail.com

Axel Emil Nielsen
Conicet
axelnielsen@gmail.com

Alba María Paz Soldán
Universidad Mayor de San Andrés
ampazs@ucb.edu.bo

Edmundo Paz-Soldán
Cornell University
jep29@cornell.edu

Tristan Platt
University of St Andrews
tp@st-andrews.ac.uk

Ana María Presta
Universidad de Buenos Aires y Conicet
presta@retina.ar

Hernán Pruden
U. Mayor de San Andrés y U. Nacional de La Plata
hernan.pruden@gmail.com

Hugo Rodas Morales
Universidad Nacional Autónoma de México
rodashugo@yahoo.com>

Josefa Salmon
Loyola University, New Orleans
josefa.salmon@gmail.com

Godofredo Sandoval
Fundación para la Investigación Estratégica de Bolivia
dejecutiva@pieb.org

Javier Sanjinés
Michigan University
sanjines@umich.edu

Carmen Soliz
University of North Carolina, Charlotte
carmen.solizu@gmail.com

Ximena Soruco
Universidad Mayor de San Andrés
ssologur@gmail.com

María Luisa Soux
Universidad Mayor de San Andrés
mlsoux@yahoo.es

Sinclair Thomson
New York University
st19@nyu.edu

Fernando Unzueta
Ohio State University
unzueta.1@osu.edu

Diego Villar
Conicet
villardieg@gmail.com

Marcelo Villena
Universidad Mayor de San Andrés
awroda@yahoo.com

Paula Zagalsky
CISOR, Conicet, Universidad de Jujuy
pzagalsky@gmail.com

Bolivian Research Review

Revista Boliviana de Investigación

Libro-yapa 2

René Zavaleta Mercado
*Notas para una historia
natural de Bolivia*

[Edición de Mauricio Souza C.]

plural
EDITORES

 ASOCIACIÓN DE
ESTUDIOS
BOLIVIANOS


CIDES - UMSA